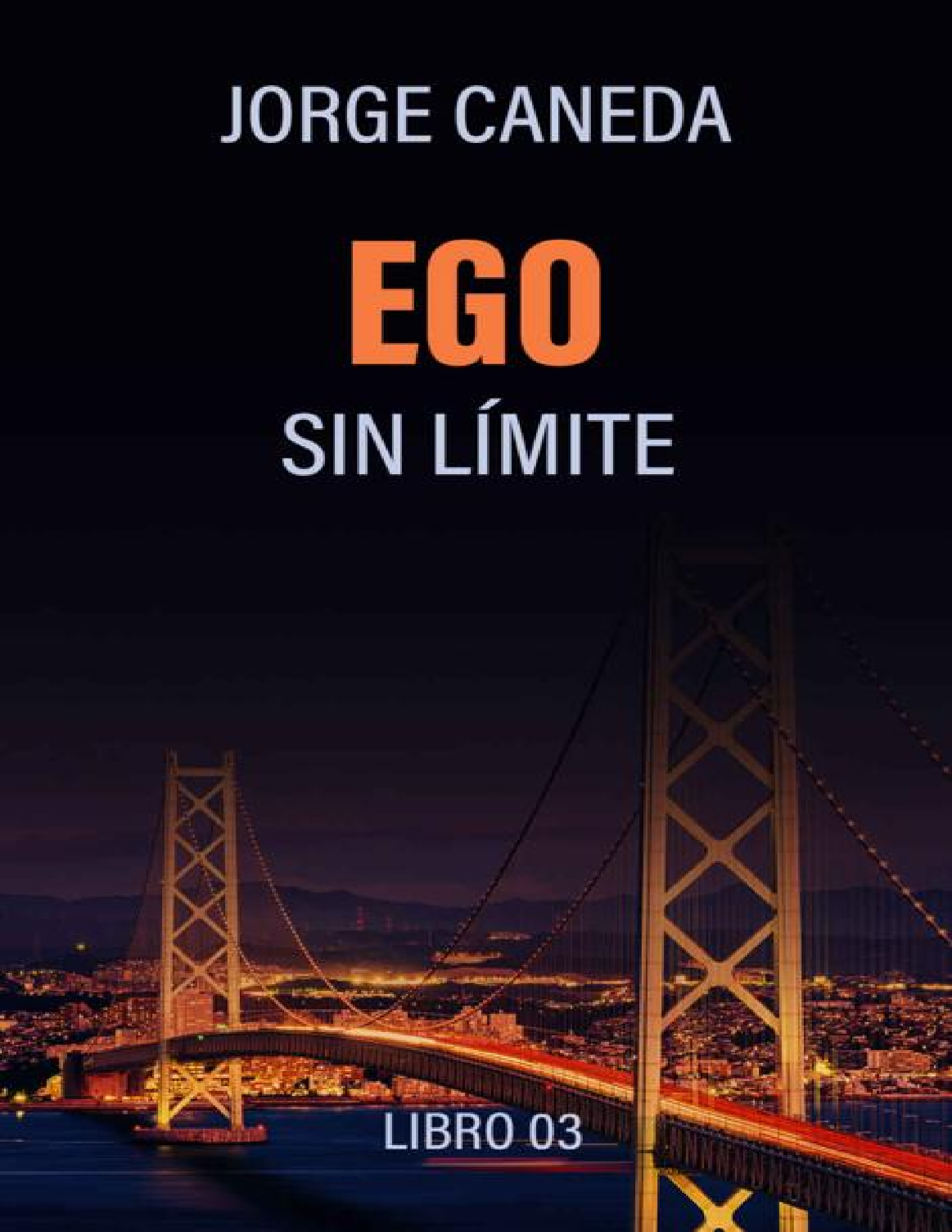


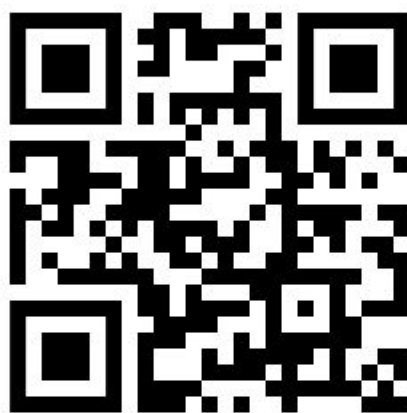
JORGE CANEDA

EGO

SIN LÍMITE

LIBRO 03





**Entra en mi web y descarga gratis la
PRECUELA de esta historia y otros regalos.**

www.jorgecaneda.com



EGO SIN LÍMITE

Jorge Caneda

Libro 03 de la serie
SIN LÍMITE

© 2025 Jorge Caneda

Diseño de portada: A. Victoria Vázquez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

www.jorgecaneda.com

*A las verdades que duelen,
a las mentiras que protegen...
y a quienes aprendieron a vivir con ambas.*

Capítulo 1

Cuando Casandra despertó, no encontró a Iván en la cama. Salió aturdida al pasillo y se asomó a la balconada desde la que observaba las estancias de la planta de abajo. No se molestó en vestirse.

Con la claridad de las primeras horas de la mañana deslumbrándola por los ventanales, lo primero que sintió en sus pies desnudos fueron las astillas de la madera. Tardó unos instantes en percatarse de que la barandilla estaba destrozada, y de que Iván estaba tendido desmadejado y boca abajo sobre un charco de sangre oscura, con el cráneo hundido.

Al principio no fue consciente de lo que veía. Desde aquella posición le parecía un cuadro pintado sobre el suelo, pero después sintió vértigo y sus piernas empezaron a temblar, desequilibrándose hacia delante en un movimiento peligroso hacia el boquete abierto en el pretil.

Retrocedió hacia el dormitorio, se sentó en la cama y un retortijón le revolvió el estómago amenazando con subir a la garganta. La saliva se acumuló en la boca. Su mente divagaba con malas sensaciones en su conciencia, aunque era incapaz de definir la razón por la cual se sentía así. La casa estaba vacía y un silencio tan denso que parecía aplastarla más que su sentimiento de culpa, se adueñaba de todo.

No supo cuánto tiempo se quedó inmóvil, haciendo memoria, viendo su cuerpo desnudo y encogido reflejado en el mismo espejo que utilizó la tarde del día anterior para probarse, bien erguida sobre sus tacones, los vestidos que había comprado.

Buscó entre la ropa esparcida por el suelo hasta encontrar su albornoz. No tenía claro en qué momento el caos había tomado el control de la habitación. Con la cabeza embotada por la resaca, cruzó el umbral del dormitorio. Tres semanas atrás, cuando sus labios besaron los de Iván por primera vez, creyó haber encontrado al amor de su vida. Ahora estaba muerto en el suelo del salón.

¿Habían discutido?

No lo recordaba. Tenía sensaciones encontradas de los últimos días, donde el encanto de su chico había desaparecido.

Siempre daba oportunidades a este tipo de personas, cayendo en el embrujo de su canallesca mirada, por si pudieran cambiar. Como si bastara un chasquido de dedos para lograrlo.

Pero nunca lo conseguía.

Bajo el suave tacto de la bata, caminó hacia la claridad, abrazándose con más fuerza a cada paso que daba.

La madera de la balconada seguía descolgada hacia fuera, a punto de desprenderse un gran pedazo. Esquivó las astillas y descendió por las escaleras, oyendo el sonido de sus propios movimientos y acercándose desde una perspectiva lateral al cuerpo de Iván.

A medida que avanzaba, ralentizaba sus pasos, como si estuviera adentrándose en una cueva oscura, manteniendo la vista en el cadáver.

«¿Cómo es posible que no recuerde nada de lo que ocurrió?».

En el interior de la cocina no había rastro de comida ni de haber cocinado.

El cuerpo yacía con un brazo extendido hacia un costado. La camisa estaba empapada de un rojo oscuro que se había secado en los pliegues, mientras la sangre se extendía desde la cabeza, ensuciando el rostro hacia el suelo. Desde ese ángulo, él la observaba con sus ojos sin vida, como si nada.

Sus labios, que hacía unas semanas sonreían ante la cámara, cuando se enamoró de su espontaneidad y su sonrisa hablando durante horas a miles de kilómetros, estaban ennegrecidos.

Cassandra se arrodilló junto a él, con el impulso instintivo de tocar su rostro antes de que su mente procesara el horror. Su mano

temblorosa flotó sobre su mejilla inmóvil, pero no llegó a tocarlo. Un suspiro de angustia le oprimió el pecho, atrapada entre la incredulidad y el palpito de cariño que sintió hacia él días atrás.

Retrocedió con un espasmo sin apartar la mirada. Iván estaba muerto. Pero quizá... Tal vez... En algún rincón de su ser aún quedaba la sombra de quién fue. Como si en cualquier momento pudiera regresar a la vida.

Nunca había confiado del todo en los hombres. Había aprendido demasiado pronto que las promesas podían ser trampas disfrazadas de ternura y que el afecto podía volverse control como la admiración podía ser posesión.

No era solo una cuestión de instinto, sino de cicatrices, de un pasado que dolía más de lo que admitía.

Y en el fondo, en la sombra de su familia, estaba el reproche de su madre.

Que nunca había elegido bien, que ninguno de sus novios estuvo a la altura de su apellido, que se rodeaba de maleantes y de hombres que solo traían problemas. Y lo peor era que tenía razón.

Pero al final, ¿qué otra cosa conocía? Quizá por eso, cuando se presentó Iván, quiso creer que era diferente. Quizá por eso, cuando todo se torció, no se sorprendió.

Seguro que habrían discutido. Siempre lo hacían en los últimos días. Ni siquiera sabía por qué aguantaba aquellas faltas de respeto. No tenía necesidad. Tal vez fueran sus besos de después. Su sonrisa o sus caricias.

Pero todo había sido una farsa, ya nada tenía que ver con sus invitaciones a través de la cámara ni con la pasión de los primeros días en España y, aun sabiéndolo, se aferró a él como a la promesa de una vida que nunca tuvo. Una vida de éxito, una imagen impecable, algo que su madre aprobaría. Aunque el precio fuera soportar un amor vacío.

Al verlo muerto, sintió un alivio punzante, casi eufórico. Se había acabado. La opresión de su control, la relación sofocante y tóxica, la jaula en la que había estado atrapada.

Pero todo era confuso en sus recuerdos.

«¡Casandra!», oyó.

«Ya va siendo hora de que rehagas tu vida con alguien que esté a la altura de esta familia».

Era una voz metálica que la llamaba en su mente, muy parecida a la de su madre.

Miró hacia el enorme ventanal e intentó relajar la voz de su interior con el paisaje que disfrutaban desde aquel dúplex en el barrio alto más lujoso de Vigo. Observó los edificios de la ciudad y, al fondo, las bateas sobre la ría y los barcos faenando en su tradicional ir y venir a aquellas extrañas estructuras de madera que flotaban sobre el mar.

Pero a su lado seguía el cuerpo de Iván, como una estatua rota que aún conservaba su gesto de arrogancia.

Una sensación de horror invadió su cuerpo.

Sus rodillas flaquearon y tuvo que agarrarse al pasamanos de la escalera para no desplomarse con una respiración que se volvió entrecortada.

¿Cómo podía sentirse así?

La culpa le pesó en el pecho como un nudo amargo que no terminaba de digerir.

Era el shock. Tenía que serlo.

Capítulo 2

1

Cassandra observó la escena durante minutos, con la mirada perdida, sin apenas pestañear. Su mente trataba de conectar con el presente, pero la escena le arrancaba náuseas y un extraño cosquilleo en la garganta.

Trataba de construir una narrativa lógica, pero cada vez que cerraba los ojos, veía la expresión de Iván, gritándole lentamente, tendiendo sus manos engarfiadas hacia ella.

Se preguntaba con qué le había propinado ese golpe en la cabeza. Era un golpe certero, de apenas un par de centímetros de diámetro que se hundía en su cráneo. Observaba a su alrededor, no había ningún objeto pequeño que pudiera haber utilizado para romperle el parietal.

Podría llamar a su madre.

Solo que esta vez no acudiría de inmediato para ayudarla.

«Se ha liado con otro maleante, Raymond», la escuchó decir.

«Consientes mucho a la niña».

«¡Cállate de una vez, Victoria!», dijo su difunto padre en su mente.

—¡Papá! —gritó, saliendo de su ensoñación.

De pronto, su respiración se agitó como el día en el que su padre falleció. Le dolía el pecho cuando inspiraba y apenas podía llenar los pulmones. Se apoyó en el pasamanos observando el desastre, más consciente.

¿Quién la ayudaría? Apenas conocía a nadie desde que había llegado a España, e Iván no tenía amigos íntimos más allá de sus negocios. Nadie en quien confiar.

Tal vez podría hacer la maleta y huir en el primer avión con dirección Nueva York. Pero sería la principal sospechosa y eso la inculparía.

A no ser que eliminara todas las huellas...

«¿Seré capaz de borrarlas cuando ya están por toda la casa? Tal vez solo las que rodeaban el cuerpo. Es demasiado evidente...»

—Mamá... —Ahogó un sollozo.

Victoria sabría cómo hacerlo.

Y un zumbido repentino se instaló en su cabeza.

2

Tres horas después, un dolor agudo bajo las costillas despertó a Casandra y chilló al ver los ojos inertes de Iván, que seguía mirándola. Se había quedado dormida en las escaleras en una postura imposible, aunque el zumbido de su cabeza se había desvanecido. Retrocedió un pie descalzo para no rozar la sangre y luego se sentó y se abrazó las piernas, en cuclillas.

El sol había calentado la estancia, pero ya no daba en el salón, lo que indicaba que habían pasado unas horas desde el amanecer. Se asomó a la cocina, el reloj digital del horno marcaba las diez cuarenta y cinco.

El aire denso del salón mezclaba el olor metálico con el característico perfume caro de su hombre, que aún persistía, como si se resistiera a desaparecer con el espíritu de su dueño.

Darse de alta en el programa que ofrecía aquella plataforma web de citas no era para cualquier bolsillo, por eso Casandra tenía la esperanza de que sería la mejor opción para no encontrarse con tipejos como los de su pasado.

La encandiló en poco tiempo, pero la racha continuaba.

Una sensación extraña le recorría el cuerpo, como si el miedo y el alivio se batieran en duelo en su interior. El asombro la mantenía inmóvil, incapaz de apartar la vista del cadáver, mientras una parte

de ella sentía un placer frío al contemplarlo callado, sin posibilidad de pronunciar una sola e hiriente palabra más.

Quería recordar la escena, el motivo de esa muerte y el golpe en el cráneo, pero no conseguía recordar.

Subió las escaleras, dispuesta a que cualquier imagen llegara a su mente. Caminó despacio por el pasillo que conducía hacia su cuarto, recreándose en la altura de la estancia y sopesando el golpe que se llevó al caer desde allí.

En el dormitorio el desorden era total.

Sería imposible borrar sus huellas en todo aquel descontrol.

Debería llamar a la policía.

Cuanto más tiempo pasara, peor.

Era inocente. No recordaba nada.

¿O sí?

3

Los gritos ininteligibles de una discusión resonaron en la cabeza de Casandra. Iván no soportaba llegar a la oficina y no verla allí. Pero es que ella llevaba dos años viviendo a su manera y no pensaba volver a una relación de sometimiento.

No, otra vez no.

La conservera era un mundo de horarios exigentes y ritmo constante, con trabajadores moviéndose entre el olor penetrante a pescado y el sonido mecánico de las máquinas sellando latas sin descanso. Desde las oficinas acristaladas de la planta superior, el ruido llegaba amortiguado, pero el ambiente tenso se filtraba en cada llamada y en cada mirada.

Casandra no se sentía parte de aquello, ir allí era algo experimental, como un precio que pagaba por demostrar que, al menos en apariencia, tenía una vida al uso. También sabía que cada día en ese lugar era un sacrificio que, tarde o temprano, sabía que tendría que dejar atrás.

Cada vez que Iván subía a la sección administrativa, donde le había reservado un despacho, su humor se torcía si no la encontraba en su puesto. Lo que venía después era peor. La llamada.

Ese tono autoritario exigiendo explicaciones. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿Por qué no trabajaba buscando contactos en Estados Unidos o Reino Unido? Casandra detestaba aquel interrogatorio. No le había rogado puesto de trabajo alguno. Tenía suficiente dinero para vivir tres vidas más sin rendir cuentas a nadie. Lo único que tenía que hacer era gastarlo con las tarjetas anónimas de las criptomonedas robadas por su hijo dos años antes y sin dar explicaciones a nadie.

Y a ella le encantaba Vigo, la ciudad en la costa atlántica donde vivía con Iván desde hacía unas semanas. Tenía mucho movimiento industrializado en su puerto pesquero y astilleros a plena producción. La extensión de la urbe a lo largo de las laderas, con edificios de gran altura y una zona comercial como la de cualquier ciudad importante de Europa, hacía que aquel lugar pudiera competir con cualquier capital.

Le resultaba agradable perderse entre sus calles estrechas y empinadas. La zona antigua todavía conservaba las viejas y estrechas casas, ahora restauradas en hasta tres alturas que no albergaban más que una estancia por planta. Y sus gentes saliendo a la calle desde esos mismos bajos, sin signos de desconfianza y con la mirada serena, como el mar en calma, esperando en silencio sin necesidad de decir nada.

Pero ahora, con la encrucijada de su novio muerto en el salón de su casa, no quería salir del dormitorio.

Por si él todavía estuviera allí tendido, muerto.

Abajo, el móvil de Iván sonó.

Capítulo 3

1

El sonido insistente del teléfono de Iván taladraba los nervios. Casandra no se atrevía a acercarse al cadáver, dejaría huellas y eso sería un grave error.

Si es que era inocente.

El desastre la envolvía como una soga.

Su mente ya se imaginaba el interrogatorio de la policía.

«¿Por qué no cogió la llamada? ¿Tenía miedo a dejar huellas?».

Estaba aturdida, esa sería su excusa. Estaba a punto de llamarles, no quería tocarlo.

«¿Por qué sabía que estaba muerto? ¿No albergaba la esperanza de que todavía pudiera hacer algo por su vida?».

Tal vez debería llamar a una ambulancia y ocultar que ya lo había visto sobre la alfombra tres horas antes.

«¿Se ha drogado? ¿Desde cuándo consume? En un momento sabremos el resultado de la analítica, tendrá que dar explicaciones».

Y ese agujero en el cráneo, ¿qué objeto podría haberlo golpeado?

No había nada a la vista en aquella estancia que pudiera haber sido el arma del delito. Los muebles de líneas rectas y superficies pulidas solo exhibían adornos discretos, como pequeñas esculturas redondeadas y abstractas y cuadros sin marco. Y todo seguía en su lugar, como ella lo recordaba. Aquella casa era un santuario de lujo minimalista y no había nada que pudiera servir como arma, ni siquiera por accidente.

El teléfono paró de sonar y la estancia recuperó su silencio.

Tenía que llamar a la policía y esperar sus instrucciones.

¿O todavía estaba a tiempo de irse? De fingir una salida casual.

«No puedes hacer eso, la autopsia revelará la hora exacta de la muerte», oyó decir a su madre, en su mente.

—Mamá...

Subió a recuperar el teléfono. Se daría unos minutos más antes de llamar a la policía.

Podría llamar a su madre.

«Dejarás una llamada que la policía rastreará cuando investigue el asesinato».

Abrió Ghostline.

La aplicación anónima todavía funcionaba, la había utilizado hacía unos días con su hijo Ethan.

"Mamá, necesito ayuda. Mi novio está muerto en el salón de su casa y no recuerdo qué ha pasado".

Esperó unos segundos sin pestañear, pero Victoria no daba señales de vida.

Intentó calcular la hora en Misuri, pero su mente se negó a sumar o restar; los números flotaban en un vacío incomprensible, atrapada entre el presente y el caos.

Después de unos minutos, escribió un mensaje a su hijo.

"Dile a la abuela que mire lo que le he escrito en Ghostline".

Abajo, el teléfono volvía a sonar.

Su mano temblaba mientras lanzaba miradas furtivas hacia las escaleras.

Y en ese momento, Ethan estaba «en línea».

Victoria abrió la caja registradora, arrancó la calderilla y un puñado de billetes del cajón y lo arrojó al interior de su bolso.

—¡Ethan! Escribe a tu madre. Que nos envíe su ubicación por Whatsapp, debe dejar constancia de que se comunicó con nosotros.

—¿Constancia a quién, abuela?

—A la policía.

Victoria se dio la vuelta después de empujar a su nieto hacia el exterior de la librería y echó un último vistazo, como en una rencorosa despedida a su etapa en Blue Valley.

—¿Dónde tienes el coche? —preguntó el chico.

—En una calle cerca del Hilltop...

—¿Voy a por él?

—¡Corre!

Victoria cerró con llave y avanzó con el cuerpo inclinado hacia adelante, impulsándose con los brazos. Ethan echó a correr para atraparla.

—Dile que llame primero a la policía, después que nos envíe ese whatsapp explicándonos qué ha pasado.

El chico se detuvo para escribir en la aplicación anónima, mirándola de reojo mientras se alejaba.

—Llegaremos mañana a donde quiera que esté.

—Vale, pero espérame, ¡abuela!

—No hay tiempo que perder, hijo...

Victoria se impulsaba agarrándose en el pasamanos que transcurría por el paseo junto al lago, su silueta parecía la de un fantasma entre la niebla y las primeras luces del amanecer.

Ethan la alcanzó de nuevo.

—No debe mentir a la policía. Que diga que no recuerda nada cuando la interroguen, que se limite a decir la verdad contando lo mínimo.

El chico tecleaba a su lado.

—Dice que lo siente...

—Está llorando. Dile que no deje rastro de esa aplicación anónima y que todo saldrá bien, vamos a por ella.

Cassandra secaba las lágrimas con la manga del albornoz. Había entendido cada indicación y sonreía aliviada a medida que se iban sucediendo con rapidez. La noticia de que venían a por ella había supuesto tal alivio que su cuerpo, hasta entonces rígido, se desplomó sobre la cama.

Echó las manos a la cara, ocultando su visión en el alivio de la oscuridad. ¿Cómo había llegado hasta esa situación? ¿Cómo era posible que, de nuevo, un hombre se hubiera apoderado de su vida y después se la arruinase ella misma?

¿Por qué no se quedó con su hijo para seguir viajando por el mundo? ¿Cómo era posible que hubiera tomado la decisión de abandonar el sueño de cualquier persona por un hombre desconocido?

«No era un desconocido, había hablado a través de videollamadas programadas por la agencia de citas, y era encantador», pensaba como excusa.

Pero tenía que haberlo calibrado mejor en cuanto lo conoció.

«Me embaucó con lo de ser útil en la empresa, con ganar mi propio sueldo, un sueldazo para una mujer independiente».

Ya era una mujer independiente, pero no por sus propios méritos. El dinero robado había sido una genialidad de su hijo, ella solo ejecutó el plan que su madre tramó con maestría para proteger el botín.

Cassandra tenía atracción por los hombres problemáticos. Desde su época adolescente, sentía un cosquilleo hacia lo desafiante y prohibido, tal vez fueran sus inseguridades. A su madre le gustaba recalcar ese aspecto negativo de ella.

«Por eso me alejé».

Pero siempre acababa tropezando con la dominancia ajena, una guía o estructura que su subconsciente sabe que le falta. Se sentía cómoda cediendo el control.

Y ahora se lo cedería a su madre. Una vez más.

«Será la última. Si salgo de esta, no me complicaré la vida. Se acabó».

Abrió los ojos. Expondría sus argumentos a la policía.

No recordaba lo ocurrido. No tenía idea de qué había pasado. Pero no ocultaría nada de su relación con Iván. Contaría la verdad, con las mínimas palabras posibles, al menos hasta que llegara su familia.

Ya no sería la mujer que se dejaba arrastrar por emociones, la que necesitaba ser rescatada. No.

«Se acabó hacerme la víctima. Seré como mi madre».

No iba a rogar. No iba a suplicar.

Cogió el teléfono y abrió el buscador. Allí encontró el número.

Cerró los ojos cuando una voz masculina, seca y profesional habló al otro lado:

—Emergencias, dígame en qué puedo ayudarle.

Capítulo 4

1

La policía local se presentó en el piso cinco minutos después. A Casandra le había dado tiempo a malvestirse y abrió la puerta con los ojos irritados echándose atrás como un gato acorralado.

Al principio se sintió aliviada de que la autoridad se hiciera cargo de la escena, incluso esperaba que alguien la pudiera abrazar y sacar de allí para ayudarla a borrar de su cabeza los ojos de Iván, manchados por su propia sangre, mirándola como si lo hubiera traicionado.

Pero los agentes que se presentaron la arrinconaron en la cocina, custodiándole el móvil y observando cada uno de sus movimientos.

Casandra intentó hablar, pero ya no quedaba nada de su actitud orgullosa y su voz se ahogó en su propia garganta. Dos agentes intercambiaban miradas entre sí y no le decían nada de lo que debía hacer o de lo que iba a pasar.

Desde el pasillo llegaban chirridos metálicos y voces distorsionadas de los intercomunicadores de los agentes. Por la rendija de la puerta entreabierta pudo ver sombras moviéndose. Estaban examinando el cuerpo.

Así transcurrieron muchos minutos, sin saber qué estaban haciendo exactamente, hasta que oyó entrar a una persona que se identificó.

—Joaquín Aguilar, inspector jefe de la unidad de homicidios. ¿Qué tenemos aquí?

—Véalo usted mismo.

Unos pasos y unos segundos de silencio.

—Dejen paso a mis hombres, a partir de ahora tomo el mando, limítense a vigilar el perímetro.

Más agentes entraron en la cocina y cerraron la puerta. Casandra no escuchó más que murmullos y en algunos momentos le pareció oír la palabra «sospechosa» desde el otro lado.

—Me gustaría recuperar mi móvil.

—Ahora no, señora. Se lo devolveremos en cuanto sea posible.

Afuera, Joaquín inspeccionaba la estancia en busca de algún rastro que explicara la caída de Iván. A sus casi sesenta años, tras sus ojeras marcadas y una expresión de cansancio, su mirada todavía escrutaba con la seguridad de quien había visto demasiados escenarios como aquel. Miraba cada estancia deteniéndose en los detalles sin dejarse influenciar por los comentarios de su alrededor.

En su mente anotó cada mancha, cada marca, cada posible indicio, guardándolo para él mismo.

—¿Ha visto ese pequeño agujero en el cráneo? —dijo uno de los agentes.

—Lo he visto.

—Esto no se hace con facilidad.

—Depende... Hay gente con destreza.

—¿Cree que el arma puede estar aquí...? —preguntó abriendo los brazos.

—Déjeselo a la científica.

Desde el piso superior observó al muerto.

Algo no encajaba.

Entró en los baños e inspeccionó cada hueco. Después al dormitorio, pero ante el desorden prefirió no alterar las huellas.

Se dirigió a la cocina y abrió la puerta corredera con fuerza, sorprendiendo a Casandra, apoyada a la ventana, y a quienes la vigilaban.

—¿Cómo te llamas?

—Casandra.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—Esta mañana... me he levantado y lo he encontrado así. No recuerdo nada de lo que pudiera haber pasado.

—¿No lo recuerdas o te estás acogiendo al derecho de no declarar?

Cassandra lo miró extrañada.

—No... No recuerdo haberme dormido ni lo que pasó la noche anterior, es muy extraño.

—¿Le hacemos la prueba de drogas, inspector? —dijo un agente extremadamente delgado.

Joaquín negó.

—Tienes acento extranjero, ¿de dónde eres, de algún país del este?

—Soy americana, señor.

—¿Americana? ¿Por qué sabes hablar tan bien nuestro idioma?

—Mi madre es española, aprendí el idioma desde pequeña.

El inspector desafió su mirada desde una posición más elevada.

—Tienes que venir conmigo a comisaría.

—¿No puedo declarar aquí? En mi país...

—Lo harás por las buenas, por las malas te indico tus derechos y te esposamos. ¿Cómo quieres salir de aquí?

En ese momento otro agente entró apresurado.

—Señor, la prensa está comenzando a llegar.

—Os dije que fuerais discretos, al final la habéis liado.

—Ha sido la policía local, señor.

Joaquín refunfuñó y se dirigió a Cassandra.

—Nos vamos antes de que les dé tiempo a realizar las primeras fotos.

Poco después, Cassandra viajaba hacia la comisaría en el asiento trasero de un coche patrulla.

Desde allí observó el movimiento de la ciudad. Admiró sus calles, las zonas ajardinadas, el tráfico, las paradas de autobús y las personas caminando con sus preocupaciones a cuestas. Al menos ellas estaban en libertad.

No se podía creer que estuviera camino de un arresto. ¿Cómo afrontaría esa situación? ¿A qué interrogatorio la someterían? ¿Cómo serían las cárceles españolas? Apenas conocía nada del país.

Maldito Iván, la relación solo fue bien los primeros días. ¿Por qué no lo quiso reconocer entonces? ¿Por qué no irse a otra parte?

¿Quién la retenía allí, con él?

Sintió náuseas y una arcada la impulsó hacia delante, pero su estómago no tenía nada que expulsar. Necesitaba a su familia, tal vez ese era el verdadero sentido de su vida, pero los había apartado a un lado en busca de una felicidad que no era para ella.

Y todo por contentar a su madre. Para demostrar que era capaz de rehacer su vida con un hombre a su lado.

¿O tal vez habría sido por llevarle la contraria?

2

La policía científica llegó cuando Casandra iba camino a comisaría. El despliegue de patrullas llamó la atención de los vecinos y la policía local tuvo que acordonar la entrada a la manzana por la afluencia de vecinos y periodistas de medios locales.

—Los rumores apuntan a que el empresario Iván Monteagudo puede estar muerto en el interior de su vivienda —comentaba una reportera de la televisión de Galicia hacia la cámara—. Al parecer, los trabajadores de Conservas Monteagudo venían sufriendo retrasos en el cobro de sus salarios, por lo que se sospecha que la entidad heredada de su padre podría estar camino de la quiebra.

Los vecinos de la parte baja del barrio se desplazaban curiosos hacia el edificio residencial de lujo, y los que residían en el interior eran interrogados por el policía al mando.

—¿Dónde está Joaquín? —preguntó la subinspectora Rebeca.

—Se fue a comisaría con la principal sospechosa.

—¿Quién?

—Una mujer que estaba viviendo con él desde hacía unos días —el agente señaló hacia el cadáver.

Rebeca observó la estancia, deseando irse de allí. No era plato de buen gusto y odiaba cuando Joaquín dejaba para ella la parte más desagradable.

—¿Algo significativo que hayan dicho los vecinos?

—Dicen que había discusiones casi a diario. Ella se quejaba de que quería manejar su vida y él se ponía más loco.

—Ya, uno de esos cerdos controladores. ¿Hay muchos testimonios así?

—Solo viven un par de vecinos por planta, pero los dos de abajo han declarado eso.

La subinspectora miró de reojo el cadáver y apretó sus labios secos en una mueca de desagrado, apartando la mirada.

—Tomen todas la huellas lo antes posible, este lugar apesta.

—¡Rebeca! Tenemos un vecino que se niega a declarar.

—¿Y eso?

—Un señor mayor, se ha puesto algo agresivo. ¿Lo detenemos?

Rebeca salió al pasillo comunitario y se dirigió al otro extremo, donde tres agentes trataban de razonar con el hombre.

—¡Señor Saavedra, por el amor de Dios! No puede negarse a declarar.

—¡Claro que puedo! ¡No pienso decir nada!

El anciano, con el semblante serio y los hombros encorvados, se apoyaba en el bastón mientras miraba a los agentes desde la puerta entreabierta de su piso, sin entrar en razón, vestido con una chaqueta de lana gastada y zapatillas de casa.

—¡Un momento, señor! No cierre la puerta... —gritó Rebeca apurando el paso.

Saavedra estiró el cuello para mirar por encima del hombro de los agentes.

—Tiene usted razón, no tiene porqué declarar si no quiere. —El hombre levantó su mentón desafiando a los demás—. Pero si no lo hace ahora acabará hablando en calidad de testigo cuando el juez lo cite, y solo queremos saber un par de detalles.

El anciano asentó su posición apoyándose en el bastón con las dos manos.

—No tengo nada que decir.

—¿No vio nada? ¿No oyó nada?

—Ese hombre es un sinvergüenza —afirmó levantando el bastón hacia la puerta de enfrente, donde los de la científica entraban y salían atareados en su trabajo—. Si está muerto, será por algo.

—¿Por qué dice eso? ¿No se llevaban bien?

—Ese cerdo no se llevaba bien con nadie. Era un mal vecino. Si está muerto..., será por algo.

El anciano volvió a apoyarse en el bastón y entrecerró los ojos detrás de los cristales sucios de sus gafas, mirándolos a todos muy serio.

—¿Tenía algún problema con él? —dijo Rebeca.

—Era un prepotente y no tenía respeto a los mayores. Puede preguntar a quien quiera, le van a decir lo mismo.

Saavedra retrocedió y agarró el pomo de la puerta.

—Si está muerto..., será por algo.

Después, dio un portazo.

Capítulo 5

1

Cassandra estaba en la sala de interrogatorios. El zumbido eléctrico del fluorescente se mezclaba con los pasos lejanos en el pasillo y con el crujir de una puerta que se abría y cerraba. Sus ojos recorrieron la estancia buscando algo que le diera esperanza de que todo saldría bien, pero lo único que encontró fue el reflejo sombrío de su rostro en la mesa metálica.

Se sentó en una de las sillas y se abrazó a sí misma, no por frío, sino porque la presión en su pecho no cedía. Nunca se habría imaginado estar en ese lugar tres semanas después de conocer a la persona por la que había apostado para iniciar una nueva relación. Pero allí estaba, intentando ordenar en su mente los días que la habían empujado hasta ese momento.

Las primeras conversaciones por videollamada y lo agradable que parecía Iván desde el otro lado de la pantalla. Sus gestos espontáneos demostraban sinceridad cuando, en silencio, suspiraban observándose el uno al otro, a miles de kilómetros de distancia.

A ella ya no le gustaba viajar, pero su hijo parecía feliz en Tailandia, mezclándose con los nativos y moviéndose con aquellas motos en medio de un tráfico imposible. Echaba de menos la tranquilidad de un hogar, un abrazo sincero de alguien que la apreciara y quedarse dormida sin más. Sin más aventuras que descubrir.

Pero después de que las conversaciones diarias con Iván a través de la cámara se convirtieran en rutina, lo miró a los ojos y, a través de su madura mirada, presintió que era una persona con la que iniciar una vida. Esta vez sí, una persona de provecho.

Decidió viajar a España para conocerlo y abrazarlo lo antes posible, y después de un largo trayecto, allí estaba él, esperándola como si ella fuera la pieza que le faltaba. Con un ramo de rosas rojas y los brazos abiertos para acogerla en su mundo, llevarla a comer a un restaurante de lujo de la capital e iniciar un viaje de cinco horas hacia Galicia en su flamante Audi A8 para finalmente acabar el día en su cama.

—No dejaré que te vayas a un hotel. Ahora que estás aquí, ven a mi casa. Hay sitio de sobra, no tienes por qué dormir conmigo si no quieres.

Y eso había asentado la confianza de Casandra, resultándole imposible ver las señales sobre el carácter de su nuevo amor, entregándose a él aquella misma noche, exhausta por un cansancio excesivo de un viaje desde el otro lado del mundo.

Al día siguiente, el sueño seguía siendo realidad. Se despertó en el dúplex del edificio más alto de la ciudad, se acercó al ventanal y sus grandes ojos apenas pestañearon. Desde allí, la ría se extendía como un espejo de agua salpicado por las siluetas de los barcos, mientras las lejanas islas Cíes se alzaban como guardianes silenciosos del horizonte. La ciudad, en plena ebullición, se desplegaba a sus pies, con sus tejados brillando hacia el sol y, al otro lado de la ría, las colinas verdes abrazando la costa.

Después conoció a sus amigos, pocos, como pasa a menudo, pero más de los que ella había tenido en su vida. Eran honestos y divertidos, como cualquiera habría soñado, y la acogieron en el grupo como si hubieran compartido infancia.

Todo había transcurrido como en un sueño, tal y como ella lo había imaginado desde el primer mensaje. Iván era atento, encantador y tenía ese aura que la hacía sentirse afortunada por conocerlo. Cada detalle, desde los restaurantes exclusivos hasta las palabras susurradas al oído, había sido idílico.

Demasiado perfecto para ser real.

Ahora se daba cuenta.

Nunca habría sospechado que detrás de esa fachada se escondía otra realidad, una sombra que terminaría por torcerlo todo y arrastrarla a un abismo que no veía venir.

¿Qué había pasado la noche anterior? No se creía que no pudiera recordarlo.

Se llevó las manos a la sien, intentando descifrar el caos en su cabeza. Fragmentos sueltos revoloteaban en su mente: la copa de vino en su mano, el rostro de Iván deformado por la furia, el sonido lejano de algo rompiéndose. Pero después, solo un vacío espeso.

No podía unir las piezas y el esfuerzo la hundía más en la impotencia.

La puerta metálica se abrió con violencia. Tras ella, un agente de dos metros que se apartó a un lado:

—Inspector...

Joaquín Aguilar entró en la habitación y tiró sobre la mesa una delgada carpetilla amarilla.

2

Joaquín la observaba de pie, con las manos en los bolsillos. Aunque trataba de mantener una apariencia erguida para infundir respeto, su edad hacía que se encorvara ligeramente dándole un aspecto de veterano desgastado.

—Bien, Casandra. Tu novio está muerto en el salón de su casa... No pareces muy afectada.

—No es exactamente mi novio. —En ese instante los ojos de su madre la miraron atentamente desde el interior de su subconsciente.

—¿Ah, no? ¿Entonces?

«Mamá...», pensó.

—Lo conocí hace poco, no puedo decir que tuviéramos una relación.

—Pues lo parece, teniendo en cuenta que pasabas las noches con él...

Apenas habían empezado y Casandra ya estaba arrinconada. Maldijo su inocencia. Su madre tendría respuestas mucho mejores para ese carcamal con placa. Aunque ella también había pasado lo

suyo cuando robaron las criptomonedas a la mafia mexicana, ya era hora de demostrar que sabía defenderse.

—Parece usted mi madre...

—Tal vez debería hablar con ella, ¿dónde está?

Cassandra recordó las instrucciones que había recibido por Ghostline.

«Decir la verdad, contando lo mínimo».

—En mi país.

—Tu país es muy grande.

Cassandra miró la palma de sus manos, se percibían algo temblorosas y las escondió debajo de la mesa.

—En mi país no debería declarar sin la presencia de mi abogado.

—Ya, pero este no es tu país y tu abogado no vendrá.

—Desconozco mis derechos aquí. —Simuló que se emocionaba—. Ni siquiera recuerdo qué pasó anoche.

—Ya... ¿Desde cuándo conoces a Iván?

Cassandra esperó unos instantes para contestar.

—Algo más de un mes.

—¿Y cómo os conocisteis?

—A través de una agencia de citas.

Joaquín dio unos pasos por delante de ella, de una esquina a otra.

—¿A qué te dedicas, Cassandra?

—Soy comercial de ventas, pero he decidido tomarme una temporada de descanso —mintió con una respuesta que llevaba repitiendo a todo el que conocía desde hacía dos años.

—Eso no es lo que dice tu expediente —dijo, señalando la carpetilla amarilla con la mirada.

Cassandra tuvo la tentación de abrirla.

Joaquín avanzó un par de pasos hacia ella.

—Al parecer, ya estabas trabajando para él.

—Solo quería ayudar, si es que mis conocimientos eran útiles, pero apenas hice unas llamadas.

—Ya... ¿Sabes que puedo pedir un desglose de las llamadas que has realizado?

Cassandra no tenía nada que ocultar en ese aspecto, pero el tono de la pregunta le pareció que sobrepasaba la línea de la intimidación.

—No me ha dicho si tengo derecho a un abogado.

—Siendo una testigo, no. Estás obligada a declarar.

—Quiere decir que no estoy detenida... —dijo aliviada mientras Joaquín guardaba silencio—. Trataré de responder lo mejor que pueda, pero ya le digo que no recuerdo nada de la pasada noche. Estoy preocupada por eso, no es normal, tal vez debería hacerme unas pruebas médicas.

El inspector se dio la vuelta, caminó hacia la pared y se quedó quieto un momento. Después se giró hacia ella.

—¿Sabes qué, Cassandra? Dado que no recuerdas nada, estás detenida. Tienes derecho a guardar silencio y a contar con la asistencia de un abogado. Si no tienes a nadie o no puedes pagarlo, podrá asistirte uno de oficio. —Recogió la carpetilla y se dirigió a la salida—. Mi compañero te indicará el procedimiento.

3

Cassandra cubrió el papeleo sin estar segura de lo que hacía y lo entregó minutos después al agente que custodiaba la puerta del otro lado.

—¿Puedo recuperar mi teléfono? Lo necesito para comunicarme con mi familia.

—Por supuesto que no. Está detenida.

Cassandra vio al fondo del pasillo, más allá de los cristales que separaban el área de detención del servicio administrativo, a Joaquín. Estaba apoltronado en una silla de oficina, charlando sonriente con otros agentes.

—En cuanto llegue su abogado se personará ante usted. Mientras tanto, debe esperar ahí dentro.

—¿Cuánto tardará?

—Dos o tres horas.

Y sin dar más opción, el agente cerró la puerta en sus narices, pasando la llave que sonó como un eco funesto en el silencio de aquella habitación.

Se predispuso a pasar el tiempo sin ponerse nerviosa. Un par de horas en aquel lugar aislada e incomunicada podía generarle estrés y ansiedad, y eso la haría vulnerable.

Es justo lo que su madre habría querido evitar a toda costa si estuviera allí.

Pero no estaba.

Todavía.

Cassandra se sentó y cerró los ojos para concentrarse en su respiración y dejar pasar los minutos intentando poner la mente en blanco.

Pero su mente traía a la superficie fogonazos de recuerdos de la noche anterior. Eran como fragmentos de un espejo roto reflejando imágenes distorsionadas y cortantes que no lograba encajar, lo que hacía que su angustia creciera, atrapada en un bucle interminable que la hacía temblar.

Cuando estaba más ensimismada en sus pensamientos, la puerta se abrió y el agente dejó pasar a una mujer joven de silueta menuda, de hombros estrechos y postura recta, sujetando una carpeta contra el pecho. Sus ojos brillantes y su expresión seria trataban de ocultar su inseguridad, y su manera de moverse hacia el interior de la sala delataron más ganas que experiencia.

—Tania Martín, la abogada de oficio asignada por el colegio.

—Qué rapidez... Creía que tardarías más, pero no. Gracias.

—Bueno, el caso ha despertado un gran revuelo mediático, estaré encantada de representarte, haré todo lo que esté en mis manos para ayudarte.

Aunque Tania se esforzaba por transmitir profesionalidad y su traje de chaqueta estaba impecable, el comentario no fue suficiente.

—¿Mediático?

—Sí, Iván y su familia eran empresarios muy reconocidos en la zona, pero ya estoy contigo —dijo, sentándose enfrente y agarrándole la mano—. ¿Cómo estás?

Cassandra percibió el esfuerzo de aquella niña por ganársela en los primeros momentos, y esa preocupación fingida por llevar un caso mediático la desmoralizó. Sin embargo, el apretón de manos fue suficiente para dejarse llevar hacia la protección de una inexperta.

—No recuerdo nada de la noche anterior.

—Correcto. Esa debe ser tu línea argumental mientras terminamos de estructurar tu defensa. Yo permaneceré aquí y objetaré cualquier pregunta que exceda los límites legales del interrogatorio. —Apretó con más firmeza sus manos—. Responde únicamente lo necesario, con frases concisas, y reitera, de manera consistente, que no recuerdas lo sucedido.

Cassandra la miró con los ojos enrojecidos y los párpados temblorosos.

—Es que no recuerdo nada.

Tania se mantuvo en silencio, en señal de respeto hacia la fatiga mental de su cliente.

—¿Cuánto tiempo voy a estar aquí?

—Mañana se celebrará un juicio rápido, es posible que te pongan en libertad condicional si no ven indicios de culpabilidad.

—¿Condicional?

—Sí, la investigación continuará. ¿Tienes familia a la que avisar?

—Están de camino, vienen desde Estados Unidos. Mañana llegarán.

—Muy bien, hasta entonces confía en mí, ¿de acuerdo?

Ahora fue Cassandra la que apretó las manos de ella, intentando mantener la compostura a pesar de su respiración temblorosa. Sus ojos, cargados de lágrimas, se alzaron hacia la abogada y en un susurro quebrado dejó escapar:

—No sé qué está pasando...

Su cuerpo se inclinó hacia adelante y los sollozos que reprimía rompieron el silencio.

Joaquín entró en la sala abriendo la puerta con una estampida.

—No se asusten —dijo sonriendo—. No me como a nadie.

Tania le estrechó la mano y se hizo a un lado, quedando lo suficientemente visible para que Casandra pudiera verla de reojo.

—Muy bien, Casandra... —comenzó el inspector— Háblame de tu familia.

Tania cruzó los brazos, mirando a los ojos a Joaquín, que no se inmutó.

—Mi familia llegará mañana.

—Sí, ya hemos visto tu conversación de whatsapp con tu hijo. Debe de ser de una familia adinerada, no todo el mundo puede pagar un billete sin reserva de un día para otro.

—La situación es crítica, como comprenderá...

—¿Cómo te ganabas la vida antes de tomarte tu temporada sabática, Casandra?

—Ya se lo comenté antes, señor.

La abogada cambió el peso de su cuerpo con un taconeo adrede que resonó en la habitación. Joaquín sacó las manos de los bolsillos y se sentó delante de Casandra, con su gesto más agradable, extrañamente genuino.

—Comprende que haga este tipo de preguntas, son casi protocolarias.

Casandra se relajó y dejó caer los hombros.

—¿Qué estudios tienes, Casandra?

—Universitarios —mintió, aunque no del todo.

—Y tus padres, ¿a qué se dedican?

—Mi padre falleció hace unos años, era un alto mando del FBI. — El inspector se estiró con gesto de sorpresa—. Mi madre tiene una pequeña librería.

—Y una buena pensión de su marido, supongo.

Casandra asintió y el inspector se recostó en la silla, como si esa parte estuviera zanjada.

—Antes me comentaste que conociste a Iván a través de una aplicación de citas.

—Una agencia de citas...

—Eso... ¿Cuánto tiempo estuvisteis en contacto antes de veros en persona?

—Unas tres semanas —dijo Casandra, recordando las instrucciones de ser escueta.

—¿Te explicó tu novio a qué se dedicaba exactamente antes de eso?

Casandra carraspeó antes de contestar y miró a los ojos atentos de su abogada.

—Ya le dije que las cosas no acabaron de fluir..., no era mi novio.

—Sin embargo, la pasada noche durmió con él.

—No recuerdo lo que pasó la noche anterior, ya se lo dije.

—No ha respondido a mi pregunta...

—¿Cuál?

Tania dio un paso.

—Está despistando a mi cliente, inspector. Tenga en cuenta que está en estado de shock.

—No la veo tan afectada como para eso, pero en fin... Casandra, ¿te explicó Iván a qué se dedicaba?

—Sí, me dijo que era un empresario del sector de la pesca, que le iba bien y que necesitaba a su lado a una persona de fiar..., que estaba cansado de gente interesada y que no le aportaba nada.

—Consideraste entonces que cumplirías con esos requisitos.

—Yo no lo entendí como unos requisitos, pero sí, supongo.

Joaquín se frotó un brazo, como si no supiera qué preguntar.

—Entiendo que empezaste a profundizar en sus negocios una vez que lo conociste en persona, ¿es así?

—Sí, antes de eso no hablábamos de trabajo. No nos interesaba, solo queríamos hablar y hablar de anécdotas, de nuestras maneras de pensar..., y sonreír mucho.

—Pero cuando llegó aquí, él la hizo partícipe.

—Algo, sí. Me presentó a algunos amigos suyos, que también estaban relacionados con su negocio, y a mí no me molestaba que hablaran de trabajo.

—Y eso te llevó a trabajar para él, ¿cuándo te lo propuso?

Casandra entrelazó los dedos, hurgando en su memoria.

—Un día, mientras desayunábamos. Me dijo que la fábrica de conservas que dirigía estaba muy verde en su departamento de exportaciones. Yo misma comprobé después que había cierto descontrol en esa área.

—¿En qué lo notaste exactamente?

—Bueno, la actitud de la gente no era apropiada. —Joaquín reclinó la cabeza con expectación—. No se hacían llamadas, tenían dificultades con el idioma, no sabían venderse. Eso a mí no me supone ningún problema.

—Y ocupaste un puesto de mando en ese departamento, ¿no?

—No exactamente. Iván me puso en un despacho que estaba vacío, noté ciertas miradas de envidia al principio, pero no tuve tiempo de relacionarme apenas con nadie. Digamos que intenté ayudar, pero al final tampoco fue para tanto.

—Eres muy modesta para tener funciones de dirección en una de las empresas más potentes del sector.

—¿Dirección? —intentó sonreír—. No, no, yo no dirigía nada.

—Es curioso que recuerdes todo eso y, sin embargo, de la noche pasada, nada de nada.

Casandra escondió sus manos de nuevo y Tania se inclinó, haciéndose notar.

—Estoy preocupada por eso, ya se lo dije antes a la abogada —mirándola de reojo—, tal vez debería hacerme unas pruebas, no es normal.

—Ya, claro. Pero no va a ser hoy, Casandra. Esta noche la pasarás en estas dependencias, tal vez después.

Casandra los miró aterrada.

—No te preocupes, estarás bien, no nos comemos a nadie —dijo Joaquín, levantándose con una sonrisa fingida—. Te dejo unos minutos con tu abogada y vuelvo enseguida.

Cuando Joaquín salió, la mano inexperta de Tania acarició el hombro de su cliente.

—Lo estás haciendo muy bien.

—Parece que es un hombre razonable —comentó Casandra con una tenue sonrisa.

Capítulo 6

1

Joaquín salió de la sala cerrando la puerta con un movimiento calculado, sin hacer ruido. Necesitaba más información para afrontar la siguiente parte del interrogatorio.

En la oficina, el panorama era el mismo de siempre: compañeros que lo evitaban, refugiados tras un olor a café rancio y escritorios llenos de papeles. Para ellos, Joaquín era un incordio, un recordatorio constante de que aún quedaban inspectores que no se dejaban llevar por la inercia. Se fijó en una agente joven y menos desmotivada que el resto, mirando su pantalla como si contemplara el vacío.

—Laura, ¿se sabe ya quién va a llevar el caso?—preguntó Joaquín, con esa mezcla de prisa y autoridad que usaba para evitar excusas.

La joven levantó la mirada, parpadeando un par de veces antes de buscar en un archivo del ordenador. Tras unos segundos que a Joaquín le parecieron eternos, respondió:

—Parece que será el juez Martínez.

El inspector dejó escapar una imperceptible sonrisa. Martínez era casi colega suyo, alguien que entendía las sutilezas de lo que significaba navegar en aguas grises y que sabía valorar los méritos de un veterano.

—Quiero que alguien revise todo el pasado de Casandra, ¿queda claro? Desde el día que nació hasta esta mañana si hace falta. —Su voz retumbó apagando los murmullos que, hasta ese momento, habían llenado el ambiente—. Tiene estudios universitarios, su padre

era un alto cargo del FBI y su madre es viuda con un pequeño negocio. Que nada quede fuera.

Joaquín tenía un talento especial para proyectar autoridad sin necesidad de elevar la voz y nadie se atrevió a protestar ante la dificultad de acceder a datos que operaban en otro país. Una agente que se sentaba cerca de la salida asintió y preparó la búsqueda en su ordenador.

Mientras el resto volvía al trabajo, Joaquín se dirigió hacia el pasillo cuando llegaba Rebeca. La subinspectora, con el cabello recogido en un moño deshecho, abrazaba un cuaderno de notas. Su semblante era serio y su mirada era una mezcla de cansancio y frustración que no pasó desapercibida para el inspector.

—Siempre dejándome a mí los marrones, Joaquín. Los peores interrogatorios y los momentos más escabrosos de la escena del crimen.

—¿Resultados?—preguntó él, deteniéndola en seco.

Rebeca resopló, pasando una mano por su frente como si quisiera borrar la expresión de exasperación.

—Interrogué a los vecinos. Nadie dijo gran cosa, pero coinciden en que Iván no era precisamente querido. De hecho, muchos parecían aliviados, como si su muerte fuera un problema menos.

Joaquín cruzó los brazos y la miró en silencio unos segundos.

—No necesito que me digas lo que ya sabemos, Rebeca. —Su voz era baja, pero cortante—. Quiero nombres, datos. Algo que nos diga cuál ha sido la razón concreta para matarlo.

Rebeca contuvo una respuesta impulsiva. Sabía que Joaquín no toleraba excusas ni rodeos.

—Seguiré presionando. Pero, si ellos no hablan, tendremos que buscar por otro lado —replicó al fin, sin ceder del todo.

Joaquín asintió ligeramente, satisfecho con la respuesta. Había algo en la determinación de Rebeca que, aunque a veces lo irritaba, también lo impulsaba a confiar en ella en los momentos críticos.

—Hazlo. Y encárgate de supervisar lo que encuentren sobre Casandra. Quiero ese informe antes de la medianoche. —Con esas palabras dio por terminada la conversación y continuó su camino.

—Un momento... —dijo ella alzando la voz—. ¿Quién va a ocuparse de la prensa? ¿Sabes la que han montado ahí afuera?

—¡Ocúpate tú! —respondió dándose la vuelta sin dejar de caminar.

—¡Claro, como siempre! ¿Y cuál es el plan con ellos?

—El que sabes hacer a la perfección. ¡Hablar y hablar para no decir nada!

Rebeca lo observó irse, apretando con fuerza el cuaderno que llevaba en las manos. Había trabajado bajo el mando de Joaquín suficiente tiempo para entender que la perfección era lo mínimo que esperaba, pero también sabía que en esa perfección había grietas, y esas grietas a veces decían más que todas las órdenes que daba.

2

Cuando Joaquín regresó, se encontró a Tania consolando a su cliente acariciándole en su espalda.

—Bien, sigamos.

—Mi cliente necesita descansar, está en shock después de lo vivido.

—Le quedan muchas horas para descansar hasta el juicio de mañana.

—Ya, pero debería tomarse un par de horas...

El inspector tomó asiento y guardó unos segundos de silencio en señal de negativa. Casandra miró a la abogada e hizo un gesto para indicarle que podía seguir.

—Bien, Casandra. Sigamos hablando de tu papel en esa empresa. ¿Qué hacías exactamente?

—Poca cosa, intenté ayudar tanteando algún posible cliente en mi país.

—¿Y qué resultados obtuviste?

—Ninguno, algún restaurante se interesó, pero no llegué a concretar nada.

—¿Y eso?

—Lleva tiempo ganarse la confianza de la gente, no es algo que se haga de la noche a la mañana.

—¿Y cómo se tomaba eso Iván? ¿Se impacientaba por tus malos resultados?

Cassandra se echó hacia atrás, debía tomar precauciones con una respuesta que no facilitara su inminente acusación.

—No. Él sabía que eso es así. Trató de que estuviera lo más a gusto posible en mi puesto. No me dejaba sola mucho tiempo.

—Te vigilaba, entonces.

—Yo no lo sentí así, creo que solo quería que estuviera a gusto.

—¿En qué te basas para decir eso?

—Porque era agradable conmigo, lo acompañé a alguna reunión importante que le surgía a lo largo de las mañanas, quería que me integrara en la empresa.

—¿Lo acompañabas por obligación?

Cassandra miró a su abogada para comprobar si ella tenía la misma sensación, pero no obtuvo confidencialidad alguna.

—Lo acompañé porque quise.

—No veo normal que una persona inexperta en la empresa asista a reuniones de ese calibre.

Ahora Cassandra también estaba de acuerdo en eso, pero en aquel momento se lo tomó como un juego divertido y no se había percatado de cómo era la personalidad de Iván. Quería tiempo libre para ella, explorar la ciudad, perderse en sus comercios y descubrir la gastronomía, como había hecho los dos últimos años con los lugares que visitaba, pero él siempre encontraba algo con lo que mantenerla ocupada en torno a él.

—Creo que él quería que me integrara en la empresa lo antes posible, que me involucrara para delegar en mí lo que no podía conseguir con sus empleados.

—¿Quieres decir que no confiaba en su personal?

—No hasta el punto de delegar grandes responsabilidades... Esa es mi percepción. Exceptuando a su contable, en el cual confiaba sus números, el resto no estaban a la altura para él.

—¿Por qué dices que quería delegar en ti si ya tenía al contable?

—Bueno, supongo que no encajaba en el perfil deseado.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que esa persona no era eficiente, sabía que su lealtad estaba por encima de todo, pero eso no quiere decir que pudiera darle trabajos de responsabilidad.

Joaquín respiró profundamente y se levantó.

—Ya, bueno, Casandra... Háblame de la pasada noche. ¿Qué ocurrió?

—No lo recuerdo, ya se lo dije.

—Esa coartada no te va a liberar de prisión mañana. Al contrario, empeoraría la situación, ¿verdad, letrada? —dijo, pasando al lado de Tania.

—No tienes por qué contestar a eso, Casandra —respondió ella.

El inspector se paró a su lado con una postura relajada. Pero detrás de la sutil inclinación de su cabeza y el imperceptible arqueado de una ceja, sus pensamientos viajaban con rumbo muy distinto.

—Yo creo que, por su bien, debería explicarse —dirigiéndose a Tania.

—Es que no es ninguna coartada, es la verdad —interrumpió Casandra.

De pronto, Joaquín se abalanzó sobre ella, golpeó la mesa con la palma de la mano y gritó.

—¡A ver, Casandra! ¡Que el juez de mañana no va a tener compasión contigo! —Se situó en frente, inclinando su cuerpo hacia ella, sin obtener respuesta—. ¡Letrada! Debería advertir a su cliente de que ese tipo de excusas son inútiles conmigo.

Tania se quedó inmóvil. Su respiración se detuvo por un segundo, con los ojos abiertos de par en par en una mezcla de sorpresa y vergüenza.

—Se lo repito, inspector... —murmuró Casandra con los ojos enrojecidos, casi con un hilo de voz—. No recuerdo nada.

Joaquín dio otro golpe seco sobre la mesa que resonó en las paredes. Casandra dio un respingo y Tania se tensó.

—¡No puedes no recordar nada! —gritó Joaquín, inclinándose hacia ella—. Tienes que darme algo. Algo, Casandra. Una discusión, un detalle, un maldito ruido. ¡Algo que explique cómo llegaste a despertarte junto a un cadáver!

Cassandra lo miró con los ojos anegados en lágrimas, temblando como una hoja. Tartamudeó algo incomprensible antes de romper en un llanto descontrolado.

Joaquín se enderezó, con las manos en las caderas, respirando profundamente, tratando de calmarse.

—¿Nada? ¿Eso es lo que tienes? —dijo, esta vez con un tono más bajo, pero igual de cortante—. Estás en un lío muy grande y te estás hundiendo más con cada «no recuerdo».

—¡No estoy mintiendo! —sollozó Cassandra—. ¡Es verdad! Todo está borroso...

—Todo borroso, dices —respondió ladeando la cabeza mientras la observaba con una mezcla de exasperación y burla.

Tania abrió la boca para hablar, pero no salió palabra alguna. Joaquín se giró hacia ella, clavándole la mirada.

—¿Tiene algo que decir, letrada? ¿O solo está aquí para hacer bulto?

Tania bajó la cabeza, sin responder.

—Escucha... —gruñó Joaquín, volviendo su atención a Cassandra—. Lo que hagas ahora determinará tu futuro. Si no colaboras, ¿sabes lo que pasará? Yo sé lo que pasará. Un juez verá esto, verá tu falta de memoria y todas esas pruebas que te incriminan, y no habrá mucho más que decir.

Cassandra trató de responder, pero las palabras se atragantaron entre sollozos.

—Por favor... —susurró, cubriéndose el rostro con las manos—. No sé qué pasó.

Joaquín dio un paso hacia la puerta, llevándose las manos a la cabeza.

—Esto no está funcionando —dijo casi para sí mismo. Se detuvo un momento, observando a Tania, que permanecía inmóvil y con la mirada clavada en la mesa.

—¿Quiere un consejo, abogada? —añadió con sarcasmo antes de salir—. Haga su trabajo antes de que esto termine peor para su cliente.

La puerta se cerró con fuerza, dejando a Tania y Cassandra en un silencio opresivo, entre una mezcla de culpa y temor.

Permanecieron en silencio mientras los pasos de Joaquín se alejaban por el pasillo. Tania suspiró, recomponiéndose antes de girarse hacia Casandra.

—Mañana será el juicio rápido —dijo con un intento de sonrisa tranquilizadora—. Haré todo lo posible para que esto termine bien para ti. Trabajaré con mis compañeros de despacho toda la tarde y toda la noche con los informes que me aporten. Todos estarán interesados en este caso. Prometo que estaré allí preparada para todo, ¿de acuerdo?

Casandra levantó la mirada, sus ojos vidriosos se clavaron en los de su abogada. Estaba paralizada y apenas asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Tienes que ser fuerte —añadió Tania, inclinándose ligeramente hacia ella—. No estás sola en esto. Recuerda decir la verdad, como has hecho hoy.

Sin decir más, la joven se dirigió a la puerta y desde allí miró una última vez, como si quisiera transmitirle alguna seguridad que ni ella misma poseía. Casandra se levantó, a punto de llorar. Era la única persona que tenía a la que aferrarse y sintió en lo más profundo el significado de estar sola. Avanzó unos pasos y la abrazó. Tania entendió que tal vez aquello fuera algo más que una oportunidad profesional.

Capítulo 7

1

Rebeca salió de la comisaría seguida de cerca por un grupo de agentes que la escoltaban hasta la zona acordonada para la prensa. Las cámaras y micrófonos se alzaron al instante, esperando de ella una revelación explosiva.

Se detuvo frente a ellos, carraspeó y se dirigió a la multitud con tono profesional, sin dejar espacio a interpretaciones innecesarias.

—Lamentamos informar que el empresario Iván Monteagudo ha sido hallado muerto en su domicilio. La investigación ha comenzado y, por el momento, no podemos adelantar ninguna conclusión sobre las circunstancias de su fallecimiento. Trabajamos para esclarecer los hechos con la máxima diligencia.

Los murmullos se intensificaron y, como era de esperar, la primera pregunta no tardó en llegar.

—¿Se trata de un suicidio o están investigando un asesinato? —soltó una periodista, adelantándose a los demás.

—Todas las hipótesis están abiertas —respondió Rebeca con calma—. Es demasiado pronto para determinar la causa exacta de la muerte.

—¿Hay algún sospechoso? —preguntó otra voz desde el fondo.

—Estamos recabando pruebas y tomando declaraciones. No podemos adelantar más información en este momento.

—Se ha mencionado a una extranjera que mantenía una relación con Monteagudo —insistió otro reportero—. ¿Es cierto que una mujer americana está siendo interrogada?

Los flashes se intensificaron y Rebeca supo que la prensa ya había conseguido su primer chivatazo. Los empleados de la

conservera no habían tardado en soltar la información.

—No comentamos sobre personas concretas —sentenció—. La investigación sigue en curso, cuando tengamos datos concluyentes los haremos públicos.

Algunos periodistas insistieron con más preguntas, pero Rebeca no se inmutó. Había dicho lo que tenía que decir. Ni una palabra más. Con la misma determinación con la que había llegado, se dio media vuelta y regresó al interior de la comisaría, dejando tras de sí el zumbido de especulaciones y titulares en construcción.

2

Minutos después, dos agentes entraron en la sala. Sin mediar palabra, le indicaron a Casandra que se levantara y la esposaron con un gesto mecánico. La escoltaron por los pasillos de la comisaría y ella agradeció la luz natural y el espacio abierto de las oficinas. Mientras avanzaban, notó las miradas furtivas de algunos policías, en especial la de una mujer con el cabello despeinado.

—No tienes pinta de matar a una mosca —susurró Rebeca para sí misma—. Pero a veces las apariencias inocentes son las peores.

Después se adentraron en un laberinto de pasillos grises y estrechos. Las paredes estaban cubiertas de carteles informativos y tableros de anuncios. Finalmente, llegaron a una puerta metálica que uno de los agentes abrió con un chirrido.

—Aquí estarás hasta mañana —dijo uno de ellos.

Casandra entró al calabozo. El espacio era pequeño, con una litera metálica, un inodoro en una esquina y una luz tenue que parpadeaba de vez en cuando. El agente cerró la puerta detrás de ella y el sonido de la llave girando en la cerradura resonó entre las paredes.

Ahora sí que estaba sola.

Se sentó en la litera, mirando sus manos, aún enrojecidas por la presión de las esposas. Sus pensamientos comenzaron a atropellarse, cada uno más caótico que el anterior. En su mente vio

la reacción de su madre, Victoria, la mezcla de bronca, desprecio y preocupación que siempre caracterizaba sus intervenciones.

«Seguro que ya está preparando el sermón», pensaba, con un intento de sonrisa.

La rabia bullía en su interior.

«No es justo».

No debería estar allí. ¿Por qué había terminado enredada en algo tan sórdido? Solo quería rehacer su vida, salir de la sombra asfixiante de Victoria y ser alguien por su cuenta. ¿Por qué, a pesar de todo su dinero, siempre acababa dependiendo de su madre?

—¿A santo de qué? —susurró, apretando los puños sobre su regazo.

Era la rabia lo que la había llevado a ese punto, lo sabía. Desde el principio había sentido que algo andaba mal con Iván. Su actitud demasiado complaciente, su mirada hipócrita... Todo en él le resultaba sospechoso, pero a ella le valía, y en lugar de alejarse, algo en su interior había decidido afrontarlo. Tal vez había sido el orgullo, o tal vez el deseo de demostrar que podía manejarse sola. Ahora todo eso parecía una terrible ironía.

Se llevó las manos a la cara, tratando de noquear pensamientos que no dejaban de martillarla. Por más que lo intentaba, los recuerdos de la noche anterior seguían siendo fragmentados y borrosos. Solo pequeños fogonazos surgían en su mente: el sonido de los vasos chocando, gritos que habían escalado rápidamente, la mirada de desprecio de Iván...

Cassandra cerró los ojos con fuerza para exprimir los detalles que le faltaban, pero lo único que consiguió fue reflatar la rabia en su interior.

Era una rabia tan intensa que por un momento deseó haberlo matado.

Y ese pensamiento la golpeó como un latigazo.

—¿Lo hice? —se preguntó en un susurro, casi con miedo a escuchar su propia voz.

No, no podía ser.

Aunque su mente estuviera llena de lagunas, estaba segura de que no lo había hecho.

Pero el deseo había estado ahí.

Era innegable.

La imagen de Iván, su expresión arrogante y la manera en que la había manipulado la llenaban de una furia que seguía viva en su interior.

—Solo quería que se acabara todo... —murmuró, dejando caer las manos sobre su regazo.

El silencio de la celda parecía amplificar sus pensamientos, cada uno más oscuro que el anterior.

No sabía cómo iba a enfrentarse a lo que venía.

No sabía si Tania sería capaz de ayudarla, si podría confiar en ella.

Y, sobre todo, no sabía si podría enfrentarse a su madre sin sentir que había fallado de nuevo.

La tarde se alargó interminablemente y el frío de la celda se coló en sus huesos. Casandra se recostó en la litera, mirando el techo, con la mente atrapada entre el presente y el caos de sus recuerdos fragmentados.

Al día siguiente llegaría el juicio, pero esa noche estaría sola con sus pensamientos y con la sombra de una culpa que no sabía si merecía.

3

Después de un insípido bocadillo y un botellín de agua, Casandra se envolvió en la pequeña manta y cerró los ojos intentando dormir para que las horas pasaran más rápido. Pero las imágenes se sucedían en su cabeza como un torbellino impidiéndole conciliar el sueño, mezcladas con extraños deseos e hipótesis catastrofistas de cómo acabaría su vida.

Casandra estaba sola. Completamente sola.

De madrugada, el sueño llegó como un puñal. Su madre apareció primero, su pequeña silueta con el mentón afilado levantado y su mirada de decepción perforándole el alma.

—Otra vez, Casandra —le dijo con voz cortante—. Siempre metida en problemas, siempre eligiendo a la persona equivocada. ¿Cuándo aprenderás?

Casandra intentó responder, justificarse, pero su madre se desvaneció en la penumbra y en su lugar apareció Ethan. Sus ojos eran fríos, distantes, con ese gesto indiferente característico suyo.

—Lo tenías todo —siguió con una media sonrisa de fastidio—. Un futuro, dinero, libertad. Y decidiste volver a enredarte con otro idiota. Ahora mírate.

Casandra extendió una mano hacia él, pero Ethan se desvaneció en sombras y, en su lugar, apareció Iván. Su rostro estaba demacrado, ensangrentado, pero sus ojos estaban llenos de reproche.

—Te di todo lo que necesitabas para triunfar —susurró con voz rota—. Un negocio, una oportunidad, todo en bandeja. Y me diste la espalda.

—¡Déjame en paz! —gritó Casandra, girando sobre sí misma, pero Joaquín apareció a su lado, con los brazos cruzados, observándola con una expresión de absoluto desprecio.

—Ni siquiera recuerdas qué pasó esa noche —murmuró con sorna—. Eres un desastre. Un testigo sin memoria. Un caso perdido. El juez dictará la sentencia que te mereces.

Casandra jadeó, intentando huir, pero el sueño la atrapó de nuevo, envolviéndola en una espiral de imágenes confusas: un objeto en sus manos, el eco de un golpe, el sonido de su propia respiración entrecortada.

Despertó con un sobresalto, el corazón martillándole el pecho, la piel helada de sudor.

La celda seguía ahí. El frío, el silencio, la soledad.

Pero en medio del caos de su mente, una pequeña luz le sostuvo la cordura: al día siguiente vería a su madre y a su hijo. Y, a pesar de todo, lo único que deseaba era abrazarlos.

Capítulo 8

La sala del juzgado era pequeña, sin el dramatismo de las películas, pero lo suficientemente imponente como para hacer sentirse a la agotada Casandra más vulnerable de lo que ya estaba. Sentada en el banco de los acusados, con las muñecas libres, pero las manos entrelazadas, sentía que cada mirada la atravesaba. Tania estaba a su lado, sosteniendo una carpeta de papeles.

El juez Martínez, un hombre de unos cincuenta y tantos con rostro curtido y una voz que llenaba la sala sin esfuerzo, presidía la audiencia.

El fiscal comenzó con una exposición breve pero contundente:

—Señoría, la acusada, Casandra Hudson, estaba en la escena del crimen junto al cadáver de Iván Monteagudo. Las pruebas preliminares indican que hubo una fuerte discusión entre ellos antes de los hechos. Los testimonios de los vecinos confirman haber escuchado gritos provenientes del apartamento. A pesar de sus declaraciones de falta de memoria, creemos que existen indicios suficientes para vincularla al caso.

El juez asintió, tomando notas en un bloc. Luego dirigió la mirada hacia Tania, que tardó unos segundos en levantarse, incomodándolo.

—Señoría, mi cliente ha cooperado desde el principio con las autoridades. No hay pruebas directas que la incriminen. Además, en su móvil no se ha encontrado nada relevante, solo mensajes personales y privados que confirman una relación amorosa reciente con la víctima. Esto demuestra que no había motivo para actuar en contra del fallecido.

Después llegó la declaración de Joaquín Aguilar, que entró con paso firme y se mantuvo con una postura rígida y mirada impasible. Aunque el juez y él eran conocidos, no había espacio para informalidades en ese entorno.

Después de las primeras preguntas, Joaquín interrumpió con voz firme:

—Permítame puntualizar, señoría. Aunque en el móvil de la acusada no hay mensajes incriminatorios, la relación entre ella e Iván Monteagudo era volátil. Tenemos declaraciones de vecinos que mencionan episodios de discusiones previas. Esto, sumado a su incapacidad para recordar lo ocurrido, nos lleva a considerar su posible implicación.

Tania apretó los labios, Joaquín había tomado el control del momento. Miró brevemente a Casandra, quien mantenía la cabeza gacha, luchando por mantener la compostura.

El juez levantó una mano, deteniendo cualquier intervención adicional. Su mirada evaluadora pasó de Joaquín a Tania y finalmente se posó en Casandra.

—Señorita Hudson, ¿quiere añadir algo a lo que se ha expuesto?

Casandra alzó la cabeza con esfuerzo. Su voz salió quebrada, casi inaudible:

—No... no recuerdo nada, señoría. Lo único que sé es que no lo hice. Yo... solo quería rehacer mi vida. No tenía motivos para... —Su voz se apagó y bajó la mirada de nuevo.

El juez hizo una pausa prolongada antes de hablar, como si estuviera midiendo cada palabra.

—Entiendo la situación, pero los indicios son fuertes. —Joaquín relamió sus labios—. No obstante, carecemos de pruebas concluyentes en este momento. Además, no hay acusación particular presentada, aunque podría surgir en los próximos días.

El fiscal levantó la vista sorprendido y el rostro de Joaquín reflejó una calma calculada. Tania miró a Casandra, quien levantó la cabeza con una mezcla de incredulidad y esperanza. El juez continuó:

—Teniendo en cuenta la falta de antecedentes de la acusada y la insuficiencia de pruebas directas, este tribunal determina que la señorita Hudson quede en libertad condicional mientras se continúan

las investigaciones. Deberá presentarse ante este juzgado semanalmente y no podrá abandonar el país sin autorización previa.

Un murmullo recorrió la sala. Tania respiró aliviada, aunque sabía que aquello no era una victoria definitiva. El juez levantó la voz para dirigirse a Casandra:

—Señorita Hudson, queda en libertad condicional. Esto significa que deberá informar puntualmente de su paradero, y queda advertida de que cualquier incumplimiento de estas condiciones resultará en su detención inmediata. Tendrá que proporcionar un lugar de residencia provisional antes de abandonar estas instalaciones y estar siempre localizada por si se le requiere para un interrogatorio. La sesión ha terminado.

Joaquín dio un paso hacia el juez, susurrándole algo al oído antes de salir con gesto controlado. Nadie supo qué le dijo, pero parecía insatisfecho.

Casandra se giró hacia su abogada, con los ojos humedecidos en una mezcla de alivio y temor.

—Gracias, Tania. No sé cómo...— comenzó, pero su voz se quebró.

La joven le puso una mano en el hombro, mirándola con ternura y determinación.

—Esto no ha terminado, Casandra. Haz lo que te diga y saldremos de esta. Te lo prometo. Por ahora, tienes que decir dónde te alojarás. ¿Ya lo has pensado?

Casandra negó con la mirada perdida, su mente aún estaba embotada por los acontecimientos.

—Buscaré un hotel... —respondió, apenas audible.

—Lo buscaremos juntas —dijo Tania sacando el móvil de su bolso para abrir la aplicación de búsqueda con un toque de urgencia en su rostro.

Casandra se dejó llevar, agradecida y aliviada.

—¿Cuándo me devolverán mi móvil?

—En cuanto firmes los papeles. —Tania apoyó su mano en la espalda de Casandra, invitándola a salir de allí—. Seguiré trabajando en el caso, tenemos una oportunidad y mañana estaré contigo.

Cassandra caminó pensativa aceptando las opciones que Tania le presentaba para el alojamiento según lo que veía en la pantalla de su teléfono. Tomaron asiento mientras esperaban a ser atendidas en las oficinas del Juzgado y Tania se alejó de ella unos metros para proceder con la reserva telefónica del hotel. El aire fresco que entraba por las ventanas de los despachos la golpeó como un recordatorio de que, aunque estaba libre, la sombra del caso seguía persiguiéndola.

A pesar de estar rodeada de personas y del ajetreo de las oficinas, una sensación de soledad la oprimió. Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. Su mente se llenó de pensamientos caóticos.

Deseaba la llegada de su madre para que aquella sensación desapareciera, pero ya podía sentir su bronca atravesando kilómetros.

Victoria no la entendería, nunca lo hacía.

«Deberías saber ocuparte de tus asuntos», imaginaba que le diría, con ese tono entre cortante y decepcionado que conocía tan bien.

«Solo quería algo que fuera mío, algo diferente».

Pero desde la tarde anterior sabía que había algo más.

Algo oscuro.

Había deseado que Iván desapareciera de una forma u otra. Y ahora la idea de haber cumplido ese deseo la perseguía como una sombra, a pesar de que su mente se resistía a recordar qué había sucedido esa noche, como si se protegiera de un dolor que aún no estaba lista para afrontar.

Y entre los fragmentos dispersos, esa sensación.

Esa certeza incómoda de que había querido matarlo.

«¿Qué pasó realmente?», susurró en su mente.

—¡Ya está! —dijo Tania tocándole el brazo, sacándola de sus cavilaciones—. Reservado.

Cassandra salió a la superficie de sus pensamientos y observó que, al fondo del pasillo, tras la puerta de salida, la policía retenía a los periodistas que se agolpaban en busca de una imagen exclusiva.

—Tranquila, saldremos por detrás. Un compañero nos está esperando en su coche.

Capítulo 9

1

Victoria se ajustó las gafas de sol mientras cruzaba las puertas automáticas del aeropuerto de Oporto. Agarraba el bolso con la espalda recta y caminaba con pasos ligeros al lado de Ethan, que llevaba las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta con el rostro impassible.

Habían tomado un vuelo nocturno desde Nueva York y, aunque el cansancio se infiltraba en sus gestos, ninguno lo demostraba. Subieron a un coche alquilado, un modelo discreto que Victoria había elegido expresamente para pasar desapercibidos y no hacer ningún derroche que pudiera delatar el uso desmedido del dinero.

Ethan se sentó al volante y programó la ruta hasta el hotel que Casandra les indicó en el whatsapp que acababan de recibir. Victoria miraba el paisaje a través del cristal, impaciente por coger la autopista.

El trayecto hacia Vigo transcurrió en un silencio casi absoluto. Solo el murmullo del motor y el roce de los neumáticos contra el asfalto acompañaban el viaje. Ethan mantenía los ojos fijos en la carretera, mientras Victoria razonaba mentalmente las posibilidades para manejar la situación. Para ella, se trataba de una cuestión de supervivencia y protección de su familia, y no iba a consentir que ninguno de ellos, ni siquiera Casandra, se desmoronara ante la situación que tenían que abordar.

—¿Estás nervioso? —preguntó Victoria de repente, rompiendo el silencio.

Ethan se encogió de hombros, sin apartar la vista del horizonte.

—No. Pero mamá sí lo estará. Esto debe de ser un infierno para ella.

—Nos ocuparemos. Lo importante es mantener la calma, estar unidos y actuar con inteligencia. Ya lo hicimos hace un tiempo, y juntos salimos adelante y muy beneficiados.

Ethan no dijo nada, solo miraba la recta de cinco carriles que se abría ante ellos en aquella soleada mañana.

Llegaron al hotel poco después del mediodía. Por allí merodeaban algunos periodistas, pero Ethan estacionó el coche en el aparcamiento subterráneo, como un cliente cualquiera, asegurándose de elegir un lugar alejado de las cámaras de seguridad.

Cuando subieron a la habitación de Casandra, el reencuentro fue un torbellino de emociones.

Abrió la puerta con el rostro pálido y los ojos hundidos, pero cuando vio a su madre y a su hijo, algo en ella se relajó. Abrazó primero a Ethan, que la rodeó con sus brazos en un gesto cálido pero breve. Luego se giró hacia su madre, quien le dio un beso rápido en la redondeada mejilla, casi protocolario, y la sujetó por los hombros.

—Estás bien —afirmó Victoria, más que preguntar.

Se fundieron en un breve pero sincero abrazo que disfrutó oliendo su clásico perfume. Era como estar en casa durante unos segundos que la transportaron a sensaciones, ahora agradables, del pasado.

—Mejor ahora que estáis aquí —admitió Casandra, dejando escapar un suspiro. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las contuvo.

Victoria entró en la habitación, inspeccionándola con la mirada, y no tardó en encontrar lo que buscaba: posibles riesgos. Después los empujó a los dos hacia el pasillo, fuera de aquella estancia.

—No podemos quedarnos aquí —declaró tajantemente—. Si alguien ha puesto micros o está escuchando, este no es un lugar seguro.

Casandra se cruzó de brazos, extrañada.

—Tengo que estar localizada. No puedo irme de este hotel sin avisar a las autoridades.

Victoria la miró muy seria, pero antes de que pudiera responder, Ethan intervino con suavidad.

—No vamos a abandonar la ciudad, mamá. Solo nos moveremos a otro hotel. Podemos avisar a quien tengamos que avisar, pero necesitamos un lugar donde podamos hablar con tranquilidad.

Casandra vaciló, pero la lógica en las palabras de su hijo fue suficiente para convencerla. Aunque no le gustaba la idea, sabía que tenía razón.

Recogieron sus pocas pertenencias y bajaron por las escaleras. Frente a la entrada principal, una docena de cámaras y micrófonos esperaban alguna declaración o una imagen exclusiva.

Ethan lideró el camino, comprobando que no hubiera nadie en el trayecto hacia el aparcamiento. Cuando llegaron al coche, Victoria indicó con un gesto que Casandra se subiera al asiento trasero.

—Agacha la cabeza y no mires por la ventana —ordenó en voz baja.

Casandra obedeció sin protestar. Ethan se colocó en el asiento del copiloto, mientras Victoria tomaba el volante.

Media hora más tarde estaban instalados en otro hotel, a solo unas calles de distancia. Victoria había elegido las habitaciones en el piso superior, lejos del bullicio de la calle y con las ventanas cerradas. Casandra se dejó caer en la cama, agotada tanto física como emocionalmente.

—Esto es una locura —murmuró, cubriéndose el rostro con las manos.

Victoria, de pie junto a la ventana, cruzó los brazos.

—Es una locura porque tú lo has permitido. Pero ahora vamos a solucionarlo. No tienes que hacerlo sola.

Ethan, sentado en una silla junto al escritorio, observó a su madre con una expresión indescifrable.

—Vamos a salir de esta, pero tienes que confiar en nosotros —Su voz era calmada pero firme.

«¿Vosotros?».

La ausencia de bronca de su madre y aquellos ánimos de su hijo pusieron a Casandra más nerviosa. Para ella, Ethan seguía siendo su pequeño niño, ni siquiera debería estar viéndola en una situación tan desesperada. Que esa frase viniera de él no entró dentro de su comprensión. Se acercó y deslizó los dedos por su cabello revuelto, intentando domarlo como solía hacer cuando era un niño. Luego su mano descendió hasta su rostro, rozando la aspereza de la barba que había crecido en los últimos días.

2

Ethan observaba, sentado sobre la cama, el rostro cansado de su madre estirada en la butaca. Victoria caminaba por la habitación, parándose delante de la ventana para observar la calle desde una altura de quince pisos.

—¿Quién te ha representado en el juicio?

—Tania Martín, me ha ayudado mucho, ha estado muy pendiente de mí.

—¿Asistencia gratuita?

Casandra asintió, intuyendo la reacción que tardó en confirmar un par de segundos.

—Contrataremos al mejor.

—Mamá..., es buena.

—¿Lo es? ¿O te lo pareció? ¿Qué experiencia tienes en eso, Casandra?

Se hizo un silencio y Ethan aprovechó la pausa para levantarse e indagar en la cafetera y apoderarse de unas galletas de cortesía que el hotel ponía a su disposición.

—Hablemos al menos con ella.

—¿Para qué?

—No sé mamá, para que nos dé su opinión. Trabaja en un bufete de la ciudad, me ha dicho que los demás compañeros están al tanto, y entre todos...

—¿Qué bufete es ese que permite que sus abogados estén en el turno de oficio?

—Hablemos con ella y después decidimos.

—Estamos perdiendo el tiempo mientras el mejor abogado no venga a vernos.

Casandra se levantó y fue a por su móvil.

—Le debo una explicación, por su ayuda y su amistad.

—¿Amistad? Qué ingenua has sido siempre, hija... Esa chica solo buscará su interés.

Casandra pulsó en la pantalla.

—¿Tania?... Sí, soy yo... Ha llegado mi familia, necesitamos reunirnos contigo en cuanto puedas.

—¡Ahora! —dijo Victoria girándose hacia ella.

Ethan dejó los azucarillos en su lugar y regresó a sentarse.

—Entiendo... El caso es que me he cambiado de hotel, no sé si tenemos que hacer alguna comunicación al juzgado...

Victoria cruzó los brazos, mirándola a los ojos.

—Vale, te paso los datos para que puedas hacer esa comunicación de inmediato, pero ¿cuándo puedes venir?

Victoria avanzó unos pasos decidida con el brazo extendido, reclamando el dispositivo. Casandra intentó girarse, pero ella se lo quitó de las manos.

—¡Buenos días! Soy Victoria, la madre. Verás..., nos vamos a comer en un rato, hace una temporada que no nos vemos, por lo que tenemos mucho que contarnos. Cuando volvamos a las cinco, si no estás aquí, estás despedida, ¿está claro?

Casandra miró a su madre con la boca entreabierta y una mirada incrédula.

A Ethan aquello lo transportó a un par de años antes, cuando la situación extrema que habían vivido con el robo de las criptomonedas a la mafia mexicana le inspiraba tanto miedo como respeto. Pero ahora, mientras miraba a su abuela y a su madre, ya no sentía lo mismo. Había cambiado el temor por un creciente entendimiento hacia su abuela, y eso le había dado confianza en sus propios actos y pensamientos.

Victoria le devolvió el teléfono haciendo caso omiso a la muela de reproche de su hija.

—Y ahora pediremos algo para comer al servicio de habitaciones y comenzarás a explicarnos cómo diablos hemos llegado a esta situación.

Ethan se levantó, cogió el teléfono de su madre y lo apagó. Después extrajo la tarjeta y llevó el dispositivo al baño. Victoria hizo un gesto de complacencia.

Capítulo 10

1

Victoria ocupaba la butaca más cómoda y Casandra se apoyaba de lado en la silla del escritorio. Ethan se había descalzado y las observaba sobre la cama, sentado con las piernas entrecruzadas.

—Me esperaba que fuera un empresario de la capital. No me había explicado que la empresa operaba en la costa.

—¿Se lo preguntaste alguna vez?

—No, solo lo supuse.

—¿Creías que España era solo una gran ciudad y que no se podría prosperar en otras partes?

—No creí nada, mamá. Simplemente no pensé en ello.

—O sea, que te vas a la aventura a un país en el que nunca has estado, sin tener ni idea de cómo va.

Casandra miró a su hijo. Intentaba mantener la paciencia, pero su estado emocional pendía de un hilo. El hilo sobre el que a Victoria le encantaba hacer malabarismos.

—¿Y fue a recogerte al aeropuerto?

—Sí

—¿A propósito?

—Según él, sí.

—¿Y qué te dijo cuando arrancó hacia aquí?

—Primero me llevó a comer a un restaurante lujoso. Todo iba bien. Después nos montamos en su coche, dijo que nos íbamos para casa. Yo insistí en que me buscaría un hotel, pero ya estábamos en marcha y fue cuando me soltó que estábamos a unas cinco horas de camino.

—Y tú ahí, a solas con él, a la aventura... Estarías encantada.

En ese momento alguien golpeó la puerta.

—¡Servicio de habitaciones!

Victoria hizo un gesto a Ethan para que abriera.

—¡Buenos días! —exclamó un camarero, sorprendiéndose de encontrar a tres personas en la habitación—. Les dejo lo que han pedido.

—Muy amable, gracias —respondió Victoria.

El camarero se quedó de pie, frotándose las manos y mirando hacia los recovecos de la estancia.

—¿Está todo a su gusto? Si necesitan algo no duden en pedírmelo ahora.

—Todo está bien, joven.

—Perfecto... —dijo con una última sonrisa, mirando a los ojos a Victoria—. Les dejo tranquilos.

—Se lo agradezco, váyase.

Desplegaron las bandejas del carrito, lo acercaron a la cama y situaron las sillas a su alrededor. El arroz estaba caldoso, como siempre lo había preparado Victoria en su casa, y se estremecieron de agrado al percibir el olor a marisco que provenía del humeante vapor.

—Ya te había mentido antes de que llegaras.

—¿A qué te refieres? —preguntó Casandra, esperando a que su madre la sirviera.

—A que nunca te había dicho a qué se dedicaba realmente ni dónde radicaba su negocio.

—Sabía que era empresario, pero no me mintió porque nunca quise saber los detalles. Cuanto menos preguntara, menos preguntaría él sobre mí, ya sabes lo que siempre nos dijiste: explicaciones las justas.

—A ver, Casandra, ¿es que no lo ves? Te mintió. Esas cosas se cuentan sin que te las pregunten. Empezaste mal desde el principio.

—Yo hice lo mismo, no le conté nada de mi vida profesional, ni él preguntó demasiado.

—Me das la razón... —Sirvió a su nieto una cucharada adicional.

Casandra cogió los cubiertos para empezar a comer.

—Entonces..., ¿qué tengo que hacer cuando conozca a una persona, mamá? Dame tú el guion, porque no te aclaras.

—¿Que no me aclaro?

—No, primero que si contemos lo justo para que nadie se entere de que somos millonarios, no vaya a ser que aten cabos con el robo que hicimos, ahora que si no es normal no contar nada... Necesito un guion para mentir de manera creíble.

—Lo que necesitas es a una buena persona. Alguien que te quiera por tu feminidad, que cada vez la cuidas menos —dijo mirando su aspecto—. No engreídos y prepotentes, que parece que no sabes ser mujer. Yo no te enseñé eso.

Casandra puso los cubiertos con fuerza en la bandeja.

—¿Y qué me enseñaste, mamá? Porque, hasta donde yo sabía, la familia tenía que estar unida y quererse para siempre, pero ya vi que en cuanto papá se murió no tardaste mucho en tener un novio —dijo acercándose a ella, pero Victoria no se inmutó—. Incluso estás viviendo con él... Por cierto, ¿qué tal está tu hombre? ¿Le has dejado comida preparada para que no tenga que hacer trabajo de mujeres?

Ethan miró a su madre con los ojos muy abiertos.

Victoria comía como si nada, aunque Casandra esperaba ansiosa el numerito.

—Come, hija. Charlie y yo ya no estamos juntos.

Casandra miró a su hijo en busca de una explicación.

—Esto está exquisito —comentó él.

—Casandra, tienes que entender que, desde que robamos esa millonada, nuestro perfil tiene que ser muy bajo. Para todo. Es la única manera de pasar desapercibidos y que nunca nos descubran.

—Un perfil bajo no tiene que ver con olvidar a tu difunto marido y juntarte con el primer bohemio de un pueblo perdido de Misuri.

—Tal vez sí. Si tu familia te deja sola en ese pueblo, una tiene que hacer cosas que no levanten sospechas.

Casandra cogió el tenedor y engulló con rapidez.

—Todo lo llevas a tu terreno, mamá. Todo lo haces por protegernos a nosotros, claro. Y yo tengo que cargar con ese lastre allá a donde vaya. —Dio un sorbo al vino albariño que Ethan había servido—. No voy a discutir contigo tus historias de amor.

—Ni yo contigo, Casandra.

2

Ethan saboreaba el sorbete de limón de su abuela, que se lo había entregado después de solo mojar los labios, con una mirada que apenas fue un destello de complicidad.

—Me lo dejó caer una vez en una cena informal con sus amigos.

—¿Qué amigos? ¿Estaban vinculados a la empresa?

—Creo que no, o tal vez fueran colaboradores, porque sabían que el negocio obtendría grandes ganancias si se expandían a Reino Unido, pero él se quejaba de que no tenía personal de confianza para llevar a cabo esa área.

—Y aprovechando que tú hablas inglés...

—Exacto. A mí me pareció interesante la oportunidad...

—¿Crees que te prepararon una encerrona en esa conversación, como si ya lo tuviera planeado con sus socios?

Casandra se tomó un tiempo para pensarlo, pero enseguida hizo un gesto de negación.

—La conversación se desarrolló en un ambiente muy agradable y todo fue espontáneo. Sus amigos se tomaban a broma que quisiera ponerme a trabajar. Creo que a ellos también los cogió por sorpresa, pero él hablaba en serio.

—¿Ponerte a trabajar? ¿Qué eras? ¿Su mantenida? —Su hija la miró extrañada—. ¿Te das cuenta cómo te expresas?

Ethan dejó el vaso del sorbete sobre la bandeja y observó a su madre mientras esta le daba vueltas a la cabeza.

—No te entiendo, mamá. Yo estaba encantada en ese ambiente.

—Claro, hija.

—No es lo que estás pensando. Él me presentó a sus amigos como una ejecutiva que me estaba tomando un respiro, una persona de negocios que puede permitirse tomarse un tiempo sin trabajar.

—Pero eso no es exactamente así, Casandra.

—Da igual, mamá. Me adulaban, por eso y por hablar tan bien español siendo americana.

—Ambas cosas me las debes a mí.

Cassandra se levantó de golpe y la silla estuvo a punto de caerse al arrastrarse por el parqué.

—Ponle el nombre que quieras, mamá. Me querían por ese personaje. —Ethan estaba atento a sus movimientos—. Yo no era la fulana de nadie.

Victoria abrió un pequeño sobre de miel y lo extendió sobre las filloas.

—¿Y no has pensado que tal vez a ese chico le interesara idolatrarte delante de sus amigos?

—No veo más intención que la de engrandecer su persona gracias a tener una gran mujer a su lado.

Victoria levantó la vista hacia ella, empequeñeció los ojos y levantó su mentón.

—Háblame más sobre ese individuo.

—Iván...

—Cuéntame, ¿notaste en algún momento que evitaba tratar ciertas conversaciones delante de ti?

Cassandra tomó asiento de nuevo.

—Al principio no, pero después de unos días me percaté de que había ciertas llamadas en las que se alejaba de mí para hablar.

—¿Pudiste escuchar algo? ¿No hay nada de lo que puedas sospechar?

—¿Algo como qué?

—Algún negocio sucio que no quisiera que te enteraras, alguna frase suelta que te llamara la atención.

—No, yo me lo tomaba como un acto educado. Se alejaba y lo veía preocupado, supongo que serían conversaciones delicadas de negocios. Cuando volvía siempre era encantador conmigo.

Victoria se echó la mano al mentón. Ahora pensaba más profundamente, pero se le había ido esa mirada maligna que precedía a alguna frase de las suyas cargadas de doble intención.

—Y no lo puedes asociar con nada de la empresa, algo que fuera mal... o algo que pasara las últimas horas que recuerdes estar con

él.

—No... Ahora mismo no veo relación.

—Y dices que cuando regresaba volvía a ser una persona encantadora, ¿no te llamó la atención esa doble personalidad? ¿No se le notaba que fingía?

—Yo estaba en una nube, mamá. Me estaba enamorando de verdad...

Victoria miró a su nieto. Ethan llevaba unos minutos anclado en su gesto inexpresivo y, solo para los ojos de su abuela, levantó de manera casi imperceptible sus cejas.

—¿Qué pasa? ¿No es lo más normal del mundo? Cada día nos gustábamos más y nos entendíamos. Él me decía que tenía la sensación de que nos conociéramos de toda la vida.

—Hija...

—No, mamá... No me vengas con esas, a cualquiera le habría pasado lo mismo. Conoces a una persona encantadora, exitosa, con un círculo social sano... Si es que hasta con sus amigos congeniaba muy bien, me acogieron como si fuera de su pandilla de toda la vida.

Victoria suspiró y Casandra entendió que necesitaba reforzar su argumento.

—Y luego está este lugar...

—¿Qué le pasa a este lugar?

—¿Que qué le pasa? Mira hacia afuera. Lo tiene todo para empezar una nueva vida, mamá.

—Tienes muchos lugares en el mundo donde ser feliz.

—Es igual, déjalo. No conoces esta zona, ya lo irás viendo.

Victoria se levantó y observó la ciudad desde la altura de aquel ventanal. El hotel estaba situado en la zona baja de la ciudad, donde un trasatlántico estaba desembarcando a miles de turistas, probablemente escandinavos.

—Vale, hija... —dijo, dándose la vuelta—. Ahora cuéntenos cuándo empezaste a notar que ese Iván no era de fiar.

Casandra tenía un dolor de cabeza permanente desde que se había levantado el día anterior y había encontrado a Iván muerto en el salón. Pero no se había dado cuenta de que todavía persistía hasta que se dejó caer en la cama y apoyó su cabeza en el almohadón.

Ethan había ocupado el asiento de su butaca y Victoria tapaba los restos de comida y apartaba el carrito hasta la entrada.

—Bien, hija... De momento, tenemos que los primeros días no caíste en nada raro, que estabais muy enamorados, hasta el punto de que ese hombre quiso meterte en su empresa, en el departamento de exportaciones.

Casandra puso las manos sobre la sien y apretó ligeramente, buscando alivio.

—Sí. Creo que confiaba mucho en mí. Tal vez esa fuera una carencia suya, que no tenía gente en la que apoyarse en su empresa.

—Y encontró en ti el bastón que le faltaba.

—Tal vez... —dijo incorporando la cabeza.

—¿Obtuviste algún resultado? ¿Alguna venta destacable?

—No, mamá... Colocar un producto en otro país lleva su tiempo, hay que hacer contactos, ganarse la confianza... No me dio tiempo para más.

—¿Es posible que se impacientara por eso al no obtener resultados?

—No me cuadra... Además, él mismo me puso en sobreaviso de que pasaría eso.

—¿Tenía urgencia por vender fuera del mercado español?

Casandra se incorporó, apoyándose con los codos y los antebrazos sobre la cama, en una postura de equilibrio entre reposo y alerta, con los hombros tensos y la mirada perdida.

—Es posible...

—Es que parece que ese puesto estuviera esperándote a ti, hija. ¿No te pareció raro?

—No..., hasta ahora.

Ethan se incorporó, sacó su teléfono y tecleó.

—Pero ya te digo, mamá. A mí nunca me metió prisa para obtener la primera venta.

Victoria se acercó a su nieto, con paso lento, observándolo como quien contempla un tablero de una partida de ajedrez.

—En las noticias dicen que la empresa podría estar pasando por dificultades económicas —dijo el chico.

—¿Tenías constancia de esto, Casandra?

—No, nunca hablamos de eso.

—Mira si hay noticias sobre esa quiebra de una fecha anterior a la de ayer.

Ethan indagó unos segundos.

—No veo nada destacable, solo que es una empresa heredada de su padre, famoso empresario gallego.

Casandra miró hacia el techo y, justo cuando su madre estaba a punto de continuar, la interrumpió.

—Un momento..., en una reunión a la que asistí con sus otros socios, estos hablaron de alguna dificultad con alguna... ¿financiación?

—¿Qué exactamente?

—Algunos requisitos que tenían que cumplir los balances de la empresa para que los bancos los categorizaran bien.

—Entonces no cumplían...

Casandra se dejó caer hacia atrás y observó el techo.

—No lo sé. Él siempre disipaba las dudas con facilidad. Tenía mucho carisma para eso y enseguida se metía a la gente en el bolsillo.

—¿Crees que lo respetaban?

—Sí, era lo que me gustaba de él.

—¿Y no sería que simplemente le reían las gracias por ser hijo de quien era?

Casandra siguió mirando al techo, sin responder.

—Ethan, ese padre tuyo, ¿sigue vivo? —preguntó Victoria.

El chico tecleó en su móvil.

—No, muerto hace seis años.

—¿De enfermedad?

—Sí.

Victoria se acarició el pelo y miró hacia el mar, viendo cruzar dos barcos que se encontraban a mitad de recorrido entre la ciudad y la villa del otro lado de la ría.

—Hija, después de esa reunión, ¿hubo más con esos socios?

—Creo que sí.

—¿Por qué no asististe?

—No me lo propuso, yo tampoco quería meterme en esos asuntos.

—Tal vez no quería que te enteraras de que las cosas no iban bien... —dijo Victoria, más para sí misma—.

Casandra se incorporó, aturdida tras una sensación de vértigo. Ethan se levantó y se sentó a su lado.

—¿Estás bien, mamá? ¿Has recordado algo?

Casandra negaba, pero su mente proyectaba unas imágenes en su cabeza. Su mano, en dirección al pecho de Iván, como si quisiera empujarlo.

—Estoy bien...

Victoria se acercó y le puso una mano en el hombro.

—¿Podemos seguir? —Casandra asintió—. ¿No eres capaz de encontrar en tu mente una señal, algo que ocurriera a partir de lo cual él se volvió más distante?

—Fue paulatino, pero creo que más bien se debió a que yo me distancié.

—¿Por qué?

—Yo no quería estar allí todo el día, una cosa era echarle una mano o trabajar unas horas y otra estar el día entero. Yo quería conocer la ciudad, ocuparme con otras actividades, ya sabes.

—Ya, el dinero es lo que tiene, te hace más independiente.

—Eso es. No quería atarme de esa manera y él insistía.

—Hasta que el amor se esfumó. —Casandra asintió—. Pero tú no.

—Estoy cansada de que quieran hacer conmigo lo que se les antoje —dijo, levantándose—. No soy la muñequita de nadie.

Victoria cruzó los brazos y observó como Casandra caminaba malhumorada por la habitación.

—Y aun a pesar de que discutíamos, todavía me iba a trabajar con él por las mañanas. Él quería darme más responsabilidades, creo

que para atarme a la empresa.

—¿Qué tipo de responsabilidades?

—No sé, papeles. Una mañana me llevó al notario para firmar un poder.

—¿Cómo al notario? ¿Firmaste algo?

—No firmé nada.

—¿Para qué era ese poder?

—Para que yo pudiera hacer algunas operaciones bancarias porque él a veces estaba ocupado y necesitaba agilidad en algunos trámites. Y lo quería delegar en mí...

Victoria se acercó a su hija y la sujetó por los hombros.

—Pero no firmaste nada, ¿verdad?

—No, el notario leyó el documento muy rápido, no le entendí bien. Me autorizaba para hacer transferencias o algo así, pero solo firmó él.

—¿Y llegaste a firmar alguna transferencia? —preguntó Ethan, al otro lado del dormitorio.

—No, nunca realicé ninguna operación.

Victoria se separó de ella y caminó aliviada hacia la ventana. Ethan desbloqueó su teléfono y tecleó de manera distraída.

—¿Cuándo firmaste ese poder ya estabais mal?

—No..., en esos momentos ya empezábamos a discutir, pero no a diario como los últimos días.

—O sea, que él siguió confiando en ti a pesar de que vería señales de que lo vuestro no tendría futuro.

—¡Ay, mamá! No sé en qué momento ni en qué minuto, ¿qué importancia tiene eso? —Se echó las manos a la cara, como si quisiera quitarse el sudor—. Al principio nos iba muy bien y después se enfrió todo lentamente, no hay más.

—Sí hay más, hija. Cada matiz es importante. Un empresario de ese calibre no comete un error de apoderar a una persona para que maneje el dinero de la empresa, cuando tendrá financieros y contables a su alrededor en quien delegar.

—¿Qué financieros? No había nadie.

Victoria se sentó en la butaca, dispuesta a escuchar esa explicación.

—La persona más fiable allí era un contable que es la persona más inocente y con menos iniciativa que te puedas imaginar.

—Pero igual hace bien su trabajo.

—Tenía pinta, sí, pero poco más.

—¿Y no había un director financiero o algo?

—Yo no vi a nadie mamá, aquello era una fábrica de conservas. Muchas mujeres manipulando los productos en planta y unas oficinas desorganizadas donde nadie se fiaba de nadie.

Ethan y Victoria miraban al frente con la vista perdida, como si ninguno de los dos estuviera allí.

—Y cámaras, muchas cámaras —continuó Casandra—. Estaba obsesionado con eso, hasta grababa las reuniones que hacía con sus socios y después las reproducía en casa.

—¿Y eso?

—Ni idea, decía que era para estudiar el comportamiento de los socios y el suyo propio, para mejorar en sus exposiciones. Lo rebobinaba y lo veía una y otra vez.

—Eso es un indicio de que era un controlador, ¿no crees?

—No sé, mamá, últimamente nada era normal.

—¿Y en su casa tenía cámaras? —intervino Ethan.

Casandra negó, apoyándose contra la pared y cruzando los brazos, cansada de recordar a aquel hombre.

Victoria miró su reloj.

—Son casi las cinco. Hora de despachar a esa letrada. Bajemos a la cafetería.

Capítulo 11

1

La cafetería del hotel tenía un aire impersonal. Las mesas, dispuestas en líneas ordenadas, parecían más funcionales que acogedoras. Victoria, con su postura erguida irradiaba autoridad, lo que hacía que los camareros estuvieran atentos a cualquier petición. Casandra, a su lado, toqueteaba la cucharilla de su café, nerviosa. Ethan observaba el ir y venir de la calle a través del lejano ventanal, buscando la presencia de algún periodista, pero sin dejar de prestar atención a la conversación que estaba por comenzar.

Tania llegó con un maquillaje perfecto, con pasos rápidos pero inseguros. Entró acompañada por un hombre de mediana edad, con un traje bien cortado y una expresión en la que sus ojos hundidos miraban hacia todas partes. Al contrario que ella, parecía cómodo en este tipo de escenarios.

—Buenas tardes —saludó Tania con una sonrisa, y abrazó a Casandra, que se levantó de golpe.

Victoria se incorporó con lentitud, esperando a que las chicas acabaran su numerito, y extendió la mano con una mirada neutral.

El hombre dio un paso al frente y le estrechó la mano.

—Soy Marcos Fuentes, el abogado titular del despacho. He tomado la decisión de llevar personalmente este caso.

Victoria le dedicó una mirada acorde con su seria expresión.

—¿Ah, sí?—preguntó, ladeando la cabeza como si estuviera examinando un insecto—. Curioso que nos enteremos ahora de su «decisión».

Fuentes retiró la mano con un leve movimiento de incomodidad, pero su tono se mantuvo firme.

—Es un caso extremadamente mediático, de hecho, no deberíamos vernos aquí. Mi experiencia es necesaria para garantizar los mejores resultados —dijo, tomando las dos sillas más próximas que vio disponibles en las mesas de al lado—. Con el debido respeto, la señorita Tania aún no tiene las competencias necesarias para manejar algo de esta envergadura.

Tania miraba fijamente la mesa mientras tomaba asiento. Ethan observaba con interés, mientras Casandra lanzaba una rápida mirada a su madre, temiendo lo que vendría.

Victoria se sentó y se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Señor Fuentes —dijo con un tono tan dulce como venenoso—, le agradezco su preocupación, pero no estoy segura de que necesitemos de su experiencia.

—Permítame discrepar. Ustedes necesitan un abogado competente. Este no es un caso para aficionadas. —Señaló a Tania—. Yo la representaré.

La joven levantó la vista por un instante, avergonzada. Casandra iba a intervenir, pero Victoria alzó una mano, deteniéndola sin ni siquiera mirarla.

—Tiene razón, señor Fuentes. No es un caso para aficionadas. Pero usted no se dignó a representar a mi hija en el juicio de esta mañana.

—Como comprenderá, señora, mi bufete tiene otros casos y no todos se pueden aplazar.

—¿Ni siquiera por uno tan mediático?

—El mundo no se puede parar —dijo, con su sonrisa perfecta de blanco artificial.

—Todo depende del dinero que se ponga sobre la mesa.

—Sobre eso llegaremos a un acuerdo enseguida, pero no es lo más importante ahora. Tenemos que poner todo nuestro empeño en demostrar la inocencia de su hija.

—¿Usted ya sabe si es inocente?

El abogado se quedó desconcertado, en silencio durante unos instantes. Casandra miraba a su madre con los ojos abiertos de par en par, cargados de una súplica silenciosa.

—Tal vez deberíamos empezar por ahí, ustedes me dirán —dijo Marcos Fuentes, levantando su cabeza como quien afronta un desafío.

Victoria se recostó en la silla, tomándose un instante para evaluar la situación. Sus ojos se detuvieron en la joven abogada, enfundada en una americana rosa que contrastaba con sus pendientes nuevos. Llevaba un maquillaje excesivo, innecesario para su piel naturalmente impecable. Después, desvió la mirada hacia Ethan, que no apartaba los ojos de ella, como si intentara descifrar un enigma invisible entre los dos jóvenes.

—No tengo nada que decirle, yo a usted no lo he contratado.

—Tal vez usted no, pero a su hija se le han prestado unos servicios de asistencia jurídica desde mi despacho, por lo que ahora son mis clientes —dijo exponiendo de nuevo su rostro más agradable—. No se preocupe, desde este momento están en las mejores manos.

—Ah, que ya somos sus clientes. ¿Pero no dice que nos ha asistido una inexperta? ¿No pretenderá cobrarnos después de eso?

—Ya le digo que ese no será el problema, esta semana concretaremos una reunión en mi despacho para empezar a perfilar la defensa.

Victoria se inclinó hacia delante y con la mano de dos dedos agarró el pocillo de su café y lo apartó hacia un lado. Ante la asombrada visión de los abogados de aquella mano deforme, tomó una mínima ventaja.

—Tal vez no lo he expresado bien. Ahora que somos su cliente, lo que quiero decirle es que no necesitamos sus servicios.

—¿Cómo dice?

—Está despedido.

El silencio que siguió a esas palabras fue tan pesado que pareció absorber el sonido ambiente de la cafetería.

—¿Perdone?

—Lo ha oído perfectamente —respondió Victoria, recostándose con calma en su silla. Luego, con un gesto casi imperceptible, se dirigió hacia un camarero que se aproximaba—. Por favor, tráiganos otro café.

—¿Los señores desean tomar algo? —preguntó dirigiéndose a los recién llegados.

—No, ya se van —intervino Victoria antes de que pudieran responder.

Casandra dio un respingo, poniéndose de pie.

—¡Mamá, no puedes hacer esto!

Victoria se levantó con elegancia y miró a su hija.

—Ven conmigo —ordenó.

La llevó hacia un rincón apartado de la cafetería.

—¿Qué crees que estás haciendo?—susurró Casandra.

—Protegerte. Ese hombre solo complicaría las cosas. ¿Acaso no ves cómo es?

—Yo quiero que sea Tania, tiene algo especial. Y ella solo necesita apoyo de alguien con más experiencia.

Victoria suspiró y miró hacia la mesa. La joven abogada seguía en una postura avergonzada mientras su jefe se había levantado y daba unos pasos sobre sí mismo. Ethan, sentado, observaba a Tania de arriba abajo. Esa escena le dio una idea. Quizá lograrían alcanzar lo que ni siquiera el mejor abogado del mundo sería capaz de argumentar.

—Escucha, Casandra. Vamos a hacerlo a mi manera, ¿de acuerdo? —Extendió la mano para acariciarle la mejilla—. Te quiero, hija. Y no voy a dejarte sola, pero esto habrá que hacerlo bajo mis condiciones.

—¿Tus condiciones? —dijo, emocionándose y recomponiéndose casi al instante.

—Exacto. Volvamos, hay trabajo por hacer.

Regresaron a la mesa. Fuentes cruzó los brazos ofendido. Victoria puso su mano en el hombro de Tania y miró al abogado directamente.

—Ya le hemos dado suficiente de nuestro tiempo, señor Fuentes. Puede retirarse.

—Esto es inadmisibile —murmuró él, pero finalmente recogió sus cosas y se fue.

Tania permaneció quieta, mirando la escena con una mezcla de incomodidad y alivio.

Victoria sonrió, una sonrisa que podría interpretarse como cálida si no fuera por el destello calculador en sus ojos. Aun así, Casandra suspiró aliviada.

—Ahora, hablemos de cómo puedes ayudarnos a descifrar qué ha ocurrido.

—Señora, yo no soy investigadora. Mi experiencia es puramente legal.

Victoria asintió lentamente.

—Eso es lo que me gusta de ti. No eres una abogada tradicional. Eres flexible. Este caso será tu gran oportunidad.

—No creo que esté preparada para algo tan... mediático —respondió Tania, bajando la vista.

—Precisamente por eso deberías hacerlo —intervino Victoria, inclinándose hacia ella—. ¿Sabes lo que significaría este caso en tu carrera? Serás la abogada que ayudó a limpiar el nombre de una madre soltera injustamente acusada. Es un golpe maestro para cualquier currículum.

Ethan, hasta entonces en silencio, añadió con suavidad:

—Y te ayudaremos en lo que necesites.

Tania lo miró, sorprendida por su intervención y la calidez en su tono. Victoria no dejó pasar la oportunidad.

—Tienes aliados aquí, Tania. Aliados que pueden hacer cosas que tu jefe jamás entendería. Por lo que a nosotros respecta, estás contratada.

Tania tomó aire profundamente.

—Me despedirán del bufete.

—Es lo mejor que te puede pasar. Deja que lo adivine... Desde que acabaste la carrera estás en ese despacho sin cobrar un sueldo, te sustentas gracias al turno de oficio que has tenido que buscarte por tu cuenta, y estás estancada, como si no pusieran de su parte para enseñarte más. ¿Me equivoco en algo?

Tania guardó silencio y después levantó la mirada, resignada.

—Está bien. Lo haré. Pero necesito que sepan que será un camino complicado.

—Eso ya lo sabemos y te lo compensaremos de la manera más justa —respondió Victoria con satisfacción—. Ahora, manos a la

obra.

Casandra sonrió y apretó la mano de la abogada. La conversación continuó, con Tania explicando los detalles mediáticos del caso y las opciones legales que tenían. Victoria tomó nota mental de todo, mientras Ethan miraba a la abogada, y después de un rato todos subieron a la habitación.

2

La habitación del hotel estaba sumida en el constante tecleo de Ethan y Tania en sus portátiles. La mesa, desplazada hacia el centro de la habitación de manera improvisada, tenía papeles esparcidos, hojas con garabatos desordenados y una taza de café frío que nadie se había molestado en retirar.

Ethan movía sus ojos rápido entre las líneas de texto, analizando una web llena de datos mercantiles que después plasmaba en una hoja de cálculo.

Tania, al otro lado, revisaba un mapa digital de la comarca, marcando con precisión cada punto relevante.

Casandra, sentada a los pies de la cama, daba pequeños sorbos a una tila que apenas humeaba.

Victoria, en una butaca, cruzó las piernas con elegancia, esperando más datos, como si fuera la directora de una orquesta. Con su postura autoritaria y segura, parecía más una detective experimentada que una madre preocupada.

—¿Qué tenemos hasta ahora? —preguntó con voz firme, mirando a Tania y luego a Ethan.

La abogada levantó la vista.

—Iván estaba vinculado a la administración de al menos tres empresas en la comarca. Todas con sede en pequeñas naves ubicadas en aldeas de la zona. Una constructora, una lavandería y una agencia de exportaciones —respondió mientras giraba la pantalla de su portátil para mostrar los datos.

Ethan añadió sin levantar la vista:

—Los socios de esas empresas son personas que no se repiten, y en todas ellas Iván tenía la mayoría de las participaciones de esas sociedades.

—Y esas entidades no tienen un volumen de facturación reseñable, apenas llegan a los cien mil. Esto para Iván debía de ser un pasatiempo —añadió Tania.

Victoria asintió, como si todo eso fuera demasiado obvio.

—Necesitamos saber quiénes son esos socios.

—También tienen empresas con otras personas —continuó su nieto—. Ninguno se repite, no veo relación entre ellas. Personas diferentes, actividades diferentes.

Cassandra se levantó, ningún nombre le sonaba de nada. Se acercó a la ventana y fijó su mirada en el horizonte, a través del cristal. El sol, en su fase de descenso, teñía los edificios con pinceladas de oro viejo, mientras el azul profundo del mar se extendía hacia el horizonte. Las nubes dispersas se coloreaban de rosa atrapando los últimos rayos de la tarde. La escena era tan perfecta como un cuadro, pero a Cassandra aquel paisaje le parecía una broma macabra que no hacía más que reforzar el desorden en su mente, como si el mundo insistiera en mostrar su belleza indiferente frente a su caos interno.

Cerró los ojos, y un destello fugaz cruzó su cerebro: Iván gritando, un vaso rompiéndose, su propia mano temblando. Abrió los ojos de golpe, pero no dijo nada.

Victoria la miró de reojo y, por un momento, su voz adquirió un matiz más suave.

—Hija, ¿estás bien?

Cassandra asintió mecánicamente.

—Intento recordar. Pero no sé si quiero hacerlo.

—Deberías intentarlo. Cada detalle puede ser crucial.

Tania, sintiendo la incomodidad de Cassandra, intentó redirigir la conversación.

—Mañana podemos visitar la sede de estas empresas y ver qué encontramos. También podemos hablar con el vecino que compartía planta con Iván. Quizá vio o escuchó algo relevante.

Victoria hizo un gesto, aprobando la propuesta.

—Eso es exactamente lo que haremos. Pero no daremos pasos en falso, iremos con una estrategia clara. Nadie debe saber que estamos investigando.

Casandra se giró hacia ellos.

—¿De qué sirve averiguar a qué se dedicaba Iván en esas empresas? No me van a juzgar por eso.

—Cualquier cabo suelto puede ser una vía para que recuerdes algo, hija. O incluso para descubrir al asesino.

—No sé... Es como jugar a ser detectives, y esto no va a demostrar mi inocencia. Cosa de la que ya no estoy completamente segura.

—Para eso ya venía el jefe de esta muchacha —dijo señalando a Tania—. Para ir por ese camino todavía estamos a tiempo. Ahora vamos a explorar otros terrenos que nos puedan dar pistas.

Casandra echó las manos a su cabeza, como si quisiera darse un masaje a sí misma.

—No quiero volver a esa celda, ¿sabes?

—Ni a esa ni a ninguna, hija.

Tania se levantó y puso la mano en el hombro de Casandra.

—Si te quedas más tranquila, puedo quedarme un rato más y trabajamos en tu defensa, como si mañana fuera el juicio.

—Un rato más no, te quedarás toda la noche, tus gastos corren de nuestra cuenta —aseguró Victoria.

Casandra miró a la abogada con esperanza. Ethan levantó la cabeza, expectante a la reacción de Tania, mientras Victoria ya se daba la vuelta, dando la propuesta por aceptada.

—Llamaré a casa, no quiero que mis padres se preocupen.

Casandra respiró aliviada y Ethan sonrió.

La decisión estaba tomada. Tania se quedaría en el hotel esa primera noche. Para Victoria, era una oportunidad para afianzarla dentro del círculo.

Mientras terminaban de cenar en la habitación, los informativos se hacían eco de la noticia.

—Las declaraciones de la subinspectora de la unidad de homicidios no han esclarecido nada del asunto. Algunas fuentes cercanas a la empresa mantienen la hipótesis de que Iván Monteagudo ya habría heredado la entidad de su padre en una situación de bancarrota, por lo que ahora la hipótesis de un ajuste de cuentas es la que más fuerza cobra.

Cassandra se secaba las manos con una servilleta de tela.

—¿Bancarrota? Yo no tuve la sensación de que esa empresa pasara apuros. Iván no escatimaba con sus amigos ni conmigo cuando salíamos.

—Eso no tiene nada que ver, hija. Los empresarios de tres al cuarto son muy dados a no querer rebajar su estatus, a costa de quien sea.

Tania, atenta a la televisión, levantó la mano para que guardaran silencio. Victoria la miró de reojo. Un empleado de la conservera hablaba abiertamente.

—Me deben un par de meses. Al principio nos dijeron que se debía a una dificultad temporal, pero ahora ya no daban explicaciones de nada.

—¿Y qué va a ser de nosotros? —preguntó una operaria, acercándose al micrófono—. Tenemos que seguir viniendo aquí, sin cobrar un duro, porque si dejamos de hacerlo no tenemos derecho a nada.

—Eso, ¿quién va a mirar por nuestros hijos? —dijo otra, secundando la moción.

El reportero tomó la palabra girándose hacia la cámara.

—Como pueden ver, la muerte de Iván Monteagudo no solo deja incógnitas en la investigación, sino que puede dejar desamparadas a muchas familias gallegas que dependen de esta industria para vivir.

Victoria se inclinó sutilmente hacia Ethan y le habló en voz baja, sin que Tania pudiera escucharla.

—Haz que se sienta cómoda —susurró—. No es fácil convencer a alguien que no nos conoce para que nos ayude en una investigación

como esta. —Ethan la miró extrañado—. Sería una lástima que se arrepintiera.

—Vale, abuela, pero ya sabes que yo practico el desapego. — Esbozó una media sonrisa.

—Claro, claro...

Victoria nunca dejaba nada al azar.

—Tania —dijo en voz alta, cambiando de canal—. No creo que ver estas noticias le siente bien a Casandra. ¿Por qué no nos relajamos todos un poco?

—Te lo agradezco, mamá —contestó su hija, incorporándose para lavarse las manos.

—¿Por qué no os vais Ethan y tú a la cafetería y charláis sobre esto sin estar Casandra presente? Yo me quedaré con ella.

Ethan se incorporó y cogió su chaqueta.

—A estas horas seguro que hay un buen barman y podemos probar algo decente.

Tania dudó por un instante, pero la intensidad del día la había dejado con ganas de algo fuerte. Miró a Casandra, como si esperara que ella interviniera, pero la mujer simplemente sonrió con aprobación.

—Me vendrá bien una copa —aceptó finalmente.

4

La cafetería del hotel tenía una iluminación tenue, el ambiente justo entre lo elegante y lo íntimo. Había pocos clientes a esas horas y les daba la privacidad suficiente para sentirse lejos de todo lo que estaba ocurriendo fuera. Ethan, con la confianza de quien maneja bien estas situaciones, tomó el control de la velada, pidiendo un par de cócteles y animándola a probarlos.

—Este te va encantar —dijo, empujando un vaso hacia ella—. Tiene el equilibrio perfecto entre dulce y ácido.

Tania tomó un sorbo, dejando que el alcohol le quemara suavemente la garganta. Y sonrió.

—No está mal. Para ser un tipo de fuera que investiga negocios clandestinos, tienes buen gusto en tragos.

Ethan pasó una mano por su cabello despeinado, apartándolo de la frente con un gesto despreocupado, y soltó una carcajada.

—Digamos que sé cómo disfrutar las noches largas. Mi bebida favorita es el bourbon.

Se quedaron en silencio un instante, mirándose por encima de los vasos. Tania notó la manera en la que la observaba, con esa mezcla de curiosidad y algo más difícil de descifrar. Era fácil sentirse cómoda con él, a pesar de saber que formaba parte de una familia que cruzaba líneas extrañas.

—No te pareces a tu madre, y mucho menos a tu abuela —murmuró ella, sin apartar la vista de su copa.

Ethan estiró su postura.

—Pues son mi familia.

—Eso no significa que seas como ellas.

Él sonrió, apoyando un codo en la mesa y acercándose un poco más.

—¿Eso crees?

Tania sostuvo su mirada por un momento más de lo prudente y fue la primera en apartar la vista, riendo suavemente para romper la tensión.

—Deja de mirarme así. No hace efecto después de dos cócteles.

Ethan se reclinó en su silla, divertido.

—Dame un par más y verás.

La noche se alargó entre copas, conversaciones y miradas que decían más que las palabras. Y en algún lugar del hotel, Victoria observaba a Casandra dormir, con la certeza de que su nieto actuaría como ella quería.

Capítulo 12

1

Ethan conducía con las manos firmes en el volante. Victoria, sentada en el asiento del copiloto, miraba el horizonte que se desplegaba a través del parabrisas, como si el paisaje pudiese ofrecerle respuestas. Casandra y Tania iban detrás, cada una atrapada en sus propios pensamientos.

Las imágenes de aquella noche seguían acechando a Casandra, que intentaba distraerse fijando su mirada en las bateas que se alineaban como piezas de ajedrez sobre el agua, mientras el coche cruzaba el puente colgante de Rande. Los cables de sujeción de la estructura pasaban a su vista como gigantescas cuerdas tensadas en un arpa colosal y, a medida que el vehículo avanzaba, estos surgían de manera oblicua y desaparecían en un ritmo hipnótico que la hacía sentirse diminuta, atrapada entre el asfalto, el inmenso vacío de la ría bajo ellos y la culpa de un posible asesinato.

—¿Vas bien, mamá? —preguntó Ethan sin apartar la vista de la carretera.

Casandra no respondió. Sus dedos jugueteaban nerviosos con el asa del bolso, y Tania, sentada a su lado, la observaba con discreción. Poco después, tomaron una salida que los llevó hacia carreteras secundarias, plagadas de curvas.

El navegador los llevó por pistas que los alejaban de los pueblos y serpenteaban entre colinas verdes y casas desperdigadas. El coche rebotaba con cada bache y la vegetación parecía cerrarse sobre ellos, rozándoles las ventanillas.

—¿Estamos seguros de que este es el lugar? —preguntó Tania, inclinándose hacia adelante para mirar el mapa en la pantalla que

ofrecía el vehículo.

—Eso dicen los datos —respondió Ethan—. Pero no parece que por aquí se pueda gestionar ninguna empresa.

La primera parada fue en un caserío ruinoso, con paredes de piedra desgastadas por el tiempo y musgo que cubría el tejado a medio derrumbar. En el galpón de al lado, con su portón entreabierto, herramientas oxidadas y un tractor que parecía llevar décadas sin moverse.

—Voy a bajar —dijo Victoria.

—¡No! —advirtió Tania—. Alguien podría estar viéndonos.

—¿Quién? Aquí no hay nadie.

La casa estaba aislada al comienzo de un espeso monte y la maleza se le estaba echando encima. En aquel lugar no había vecinos y Victoria se bajó del coche con decisión, inspeccionándolo todo con sus inquietos ojos azules. Ethan y Tania siguieron sus pasos, pero Casandra prefirió quedarse junto al coche.

—La empresa de construcción tiene aquí su domicilio social —recordó Ethan mientras señalaba la dirección en su tablet—. Esta empresa declaró unos balances modestos pero reales. ¿Cómo puede operar desde aquí?

Victoria dio unos pasos hacia el galpón.

—Esto no tiene sentido. Es un decorado, un disfraz.

Casandra miraba la casa y los alrededores, perdida en sus propios recuerdos, intentando darles forma.

Pero nada.

—Mamá —la voz de Ethan interrumpió sus pensamientos—, ¿has recordado algo?

—Si lo recordara, ya lo habría dicho.

Tania observó la interacción con cautela mientras sacaba algunas fotos del lugar con su teléfono.

La segunda y tercera paradas fueron aún más desalentadoras. Todas las direcciones llevaban a casas en estado similar: deterioradas, abandonadas y sin signos de actividad reciente.

—No tiene sentido —murmuró Tania, revisando los documentos que había descargado—. Estas empresas no tienen empleados registrados, pero mueven dinero. Tal vez tengan otro domicilio

donde ejerzan la actividad. Podríamos averiguar a quién pertenecen estas viviendas, aunque dudo que estén registradas.

—No son más que tapaderas —dijo Ethan, mirando a su abuela.

Victoria cruzó los brazos y asintió lentamente.

—Esto apesta a fraude, tenemos que seguir el rastro.

Tania miró a Victoria con cierta decepción. El caso se le iba a hacer grande y sintió que su aportación a la familia estaba cerca de acabarse.

A Casandra la sensación de ser una pieza en un juego que no entendía se le hacía insoportable.

—Esto no nos lleva a ningún sitio —dijo finalmente, con la voz quebrada—. Todo lo que estamos viendo son ruinas.

Victoria la miró con severidad.

—A veces para entender el presente hay que desenterrar el pasado, aunque esté lleno de polvo, escombros... y malas compañías.

Casandra no respondió, pero sus manos se cerraron mientras miraba al suelo.

A pesar de que aquel lugar estaba en plena naturaleza, algo la oprimía, como si estuvieran haciéndola prisionera.

—Quiero irme de aquí, me da mala vibración.

Tania hizo las últimas fotos.

—Vayamos a ver a ese vecino del edificio de Iván. Tal vez él nos pueda desvelar si oyó algo esa noche.

—Iremos Ethan y yo —ordenó Victoria—. Casandra y Tania os quedareis en el hotel, es mejor que ese hombre no la vea por el momento, condicionaría su declaración y puede que la prensa aún esté por allí.

—Vale —dijo Tania—. Pero antes quiero ir al Registro Mercantil a obtener los balances oficiales de estas empresas.

Hacia última hora de la mañana subieron al coche y regresaron a la autopista.

Después de estacionar en el hotel, Ethan siguió los pasos de Tania, que caminaba apresurada por la zona vieja de Vigo. Las calles estrechas, cerca del puerto, se transformaron en un laberinto para él. Algunas casas en estado ruinoso contrastaban con otras recién restauradas y sus pendientes, donde apenas penetraba el sol, hacían de aquel lugar un escenario sombrío donde el tiempo había atrapado de manera desigual el abandono y el renacimiento.

El edificio al que se dirigían apareció frente a ellos entre calles donde no entraría un vehículo. Ethan se detuvo y dejó escapar un leve silbido. El peso de la fachada de piedra de tres plantas, con su aire sobrio y sus arcos firmes, lo impresionó. Allí custodiaban secretos enterrados en papeles, en nombres y cifras que parecían inofensivos pero que podían esconder toda una red de conexiones turbias.

—¡Vamos! —indicó hacia la estrecha entrada que para ella no era más que una rutina de su profesión.

Las gruesas paredes de piedra también formaban parte de la estética en su interior, mezclando elementos modernos con la antigüedad de aquel entorno. Tania se manejaba con soltura y pronto llegaron al mostrador donde los atenderían.

Después de cumplimentar los formularios oportunos, un hombre les indicó las tasas a pagar.

—¿Admiten tarjeta? —preguntó Ethan mientras Tania rebuscaba en su bolso.

—Por supuesto.

El chico sacó su tarjeta y la pasó por el lector lo más rápido que pudo. A Tania no le dio tiempo a fijarse que se trataba de una tarjeta sin nombre, completamente negra con unas líneas en relieve de color plata.

—Ya está, esperad ahí y os entregaremos las certificaciones enseguida.

Ethan y Tania se sentaron, cada uno con una carpeta en el regazo. Había un leve zumbido en el ambiente: el susurro de las impresoras al fondo, el tintineo de las teclas en los ordenadores y el ocasional carraspeo de algún empleado. No eran los únicos

esperando; algunas personas revisaban sus teléfonos con gesto ausente y otras cuchicheaban.

La abogada deshizo el silencio entre ellos.

—Bueno, al menos nos han dicho que no tardarán mucho. Aquí la paciencia es una virtud que hay que cultivar —comentó mientras cruzaba las piernas y ajustaba la carpeta contra ellas.

Ethan, que estaba distraído mirando el reloj de la pared, soltó una breve risa.

—¿Paciencia? Esa es precisamente mi mejor cualidad. Supongo que ya lo habrás notado.

—Oh, claro que lo he notado —dijo, con una sonrisa apenas disimulada—. Eso es muy bueno, todo buen investigador tiene que tenerla.

—¿Investigador? Eso suena demasiado formal. Solo intento que esto no se nos vaya de las manos y que mi familia discuta lo menos posible. —Ethan se inclinó un poco hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, y la miró de reojo—. Aunque debo admitir que, sin tu ayuda, estaría perdido en este lugar. ¿Tú siempre has sido tan buena manejando este tipo de asuntos?

Tania levantó una ceja, divertida.

—¿Buena? Si todavía estoy empezando mi carrera profesional. Digamos, más bien, obstinada.

Ethan asintió, como si procesara algo más allá de sus palabras.

—Obstinada, esa es la palabra. Pero supongo que esa es una buena cualidad en este campo, ¿no? No rendirse hasta que encuentras lo que buscas.

—¿Eso crees? —apoyándose contra el respaldo y cruzando los brazos, con una expresión que oscilaba entre la seriedad y la curiosidad—. Porque, si soy honesta, a veces me pregunto si esa obstinación es lo que me tiene atrapada.

—¿Atrapada? —Había algo en el tono de Tania que le intrigaba, algo que iba más allá de los papeles y los balances que esperaban—. ¿En qué sentido?

Tania dudó por un momento, mirando hacia el suelo, antes de responder.

—No sé, como si todo esto..., todo lo que hago..., fuera solo un enorme círculo. Aprender, trabajar, esperar a que algo cambie. Pero nada cambia realmente. Y aquí estoy, esperando otra vez, como siempre.

Ethan la observó en silencio, tratando de encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, dijo:

—Bueno, al menos ahora no estás esperando sola.

Tania lo miró de reojo y no pudo evitar sonreír.

—Supongo que eso es algo.

El momento se interrumpió cuando una funcionaria salió por una puerta lateral con una carpeta de documentos en la mano.

—¿Tania Martín?

—Aquí —respondió ella, poniéndose de pie rápidamente. Ethan hizo lo mismo, sintiendo que la conversación quedaba inconclusa. Mientras se dirigían hacia el mostrador vio la silueta menuda de ella caminando con el mismo traje de chaqueta ajustado del día anterior. Una parte de él se dio cuenta de que aquella charla, aunque breve, había dejado una pequeña grieta que, por alguna razón, deseaba explorar.

3

La habitación de Casandra era, de nuevo, el centro de operaciones. La mesa estaba cubierta de papeles con anotaciones junto a tazas de café y platos con migajas que permanecían allí, junto a los portátiles que Ethan y Tania utilizaban como su principal herramienta de investigación.

La abogada paseaba de un lado a otro agitando los papeles.

—Estos números no tienen sentido, mira —dijo a Ethan deteniéndose ante él—. El balance arroja unas deudas desorbitadas y no tienen ni un euro en sus cuentas bancarias. Son empresas sin patrimonio, sustentadas por un volumen de facturación que desaparece de las arcas cada año.

—¿Cómo si cobraran por sus servicios pero no les pagaran a sus proveedores?

—Algo así...

Victoria los observaba en silencio. Los dos jóvenes hacían buen equipo, y se sintió orgullosa de la decisión que tuvo en la cafetería, cuando presintió que sería bueno que Tania se quedara con ellos.

—¿Y eso de qué nos sirve? —dijo Casandra exasperada—. Eso no demuestra nada para mi inocencia.

—Mientras no recuerdes nada de aquella noche, tenemos que agarrarnos a esto —contestó Tania, con un tono pausado para calmar su impaciencia—. Si conseguimos encontrar algo que relacione esto con la noche del asesinato, abriríamos una línea de investigación que determine la causa.

Casandra se apoyó en el cristal del ventanal, con los ojos llenos de lágrimas.

—Recuerdo una discusión muy fuerte... —comentó entre sollozos.

Victoria se acercó a ella y acarició su espalda.

—Quería matarlo, mamá... —Se dio la vuelta y estiró sus brazos hacia ella.

«Quería matarlo».

Victoria abrazó a su hija y miró a su nieto haciéndole un gesto afirmativo.

—Tenemos que hablar con ese vecino, ya —dijo él, cogiendo su cazadora.

En ese momento el móvil de Casandra, que estaba encima de la cama, sonó.

Todos se giraron hacia él, Tania se asomó para ver la pantalla.

—Es el número de la policía, debes cogerlo.

El rostro de Casandra, empapado por las lágrimas que se escurrían por sus redondas mejillas, se descompuso en una máscara de puro horror.

Capítulo 13

1

Casandra caminaba de nuevo hacia la sala de interrogatorios de la comisaría. Revivía la pesadilla de dos días antes. Solo el leve contacto de las manos de Tania en su espalda, guiándola por los pasillos, lograba anclarla a la realidad y darle un atisbo de cordura.

Joaquín Aguilar estaba allí cuando entraron, sentado frente a una carpeta gruesa llena de documentos. Se limitó a señalarlas para que tomaran asiento.

Casandra, con las manos temblorosas, obedeció torpemente. Tania, más tranquila, sacó su libreta y la dejó sobre la mesa.

—Señorita Hudson, gracias por venir. —La voz del inspector tenía un tono monocorde y sus ojos hundidos la perforaban—. Hemos encontrado algo preocupante entre la documentación de las empresas de Iván Monteagudo.

Casandra tragó saliva.

—Entre los papeles requisados hay una escritura notarial donde apareces como apoderada de una de las empresas secundarias de Monteagudo.

—Eso no es así... —comenzó Casandra, pero Joaquín levantó una mano, cortándola.

—Permíteme terminar. Esta empresa realizó una serie de transacciones significativas, incluyendo una transferencia de fondos a una cuenta en Panamá. —Hizo una pausa, dejando que las palabras calaran—. Necesito que nos expliques tu papel en esas operaciones.

Casandra abrió la boca para responder, pero las palabras se atoraron en su garganta. Tania intervino antes de que el silencio se

prolongara demasiado.

—Mi cliente no tiene conocimiento de ninguna transferencia. Si pudiera mostrarnos los documentos, aclararíamos esta situación.

Joaquín deslizó un papel por la mesa hacia ellas. Era un justificante bancario, sellado por la entidad financiera.

—Esto no demuestra nada, no hay ninguna firma de puño y letra —aseguró la abogada.

El inspector deslizó otro papel.

—Es un certificado de los servicios centrales de la entidad, en el que acreditan que la transacción se realizó a través de la banca online con las claves personales de la señorita Hudson.

—Reconozco... —dijo Casandra, con la voz quebrada— que sabía de la existencia de un poder, pero yo no hice ninguna transferencia.

—¿No recogiste las claves en persona para operar con la banca online?

—Desconocía que eran para una empresa secundaria, creía que era para Conservas Monteagudo.

—¿Recuerdas recoger las claves en la entidad o no? Porque en el banco sí te recuerdan.

Casandra asintió con un gesto.

—Pero no tengo ni idea de esa transferencia —añadió rápidamente mirando al inspector—. Iván y yo fuimos a recoger juntos las claves, pero nunca pensé que... que él podría...

—¿Estás diciendo que firmaste operaciones sin leerlas? —preguntó Joaquín, con un tono más acusador.

—Sí. Bueno, no... —Casandra titubeó, buscando la mirada de Tania, pero solo vio en ella una expresión de asombro—. Nunca he firmado nada.

—A ver, ¿sí o no? Es fácil, una cosa o la otra —dijo Joaquín, inclinándose hacia ella.

Casandra miró sus ojos hundidos en las sombras de sus cuencas. Y reaccionó.

—No, por supuesto. Esas claves debía de tenerlas Iván, ni siquiera recuerdo dónde se guardaron.

—En el banco aseguran que te las entregaron a ti.

—Pero él me las quitaría de las manos.

—¿Quitaría? —El inspector inclinó ligeramente la cabeza, su voz estaba impregnada de ironía.

Tania miraba a Casandra, confundida de que ese dato no se hubiera comentado durante las horas que llevaban juntas.

—Tal vez se las entregué yo, no sé. Confiaba en él —dijo al borde del llanto.

—Entregar unas claves financieras, señorita Hudson, es imprudente.

Tania intervino de nuevo, esta vez con más fuerza.

—Inspector, mi clienta no es una experta en gestión empresarial ni en temas legales. Iván Monteagudo la manipuló, está claro.

—Quizá —respondió Joaquín, cruzando los brazos—. Pero el hecho es que en el interrogatorio de hace un par de días se jactaba de ser una comercial empresarial y, qué curioso, no mencionó nada de esa manipulación. ¿Qué opinas, Casandra?

—Estaba... aturdida —dijo titubeando—. No recuerdo lo que ocurrió.

—Ah, sí... Es verdad que estabas pasando por un episodio de amnesia, ¿cómo vas con eso? ¿Has recuperado la memoria?

—¡No puede tratarla así, inspector! —protestó Tania.

—Bueno... —comentó él, mirando ahora a la abogada—. Lo cierto es que tenemos una transferencia de dinero que lleva su firma. Y a menos que nos aporte algo que lo contradiga, esta evidencia no juega a su favor.

Casandra cerró los ojos un momento, intentando mantener la compostura. Una maraña de recuerdos fragmentados pasó por su mente. Oyó a Iván con su tono persuasivo y revivió la sensación de incomodidad que ella había ignorado, justo después de firmar aquel poder.

¿O había sido antes?

—¿Qué ocurre, señorita Hudson? —La voz del inspector la sacó de su ensimismamiento.

—Recuerdo... —balbuceó ella, intentando organizar sus pensamientos—. Recuerdo que cuando recogimos las claves en el banco, él las guardó en el bolsillo de su chaqueta y dijo que era por

seguridad. Que siempre debía tener una copia de todo. No pensé que...

Tania la interrumpió suavemente.

—Casandra, ¿alguna vez firmaste algo en blanco?

—No..., bueno, no que yo recuerde. Aunque ese día... —se llevó las manos al rostro, desesperada— firmé un papel para que me entregaran las claves.

Tania tomó la palabra de nuevo, con un tono más profesional.

—Inspector, está claro que mi clienta es una víctima aquí. Iván Monteagudo la utilizó como pantalla para estas operaciones. Le pedimos más tiempo para recopilar pruebas que respalden nuestra versión.

Joaquín se recostó en su silla, observándolas con atención.

—Tienen cuarenta y ocho horas —dijo finalmente, tras un largo silencio—. Después de eso, las cosas podrían complicárseles más de lo que ya están.

Casandra asintió sintiendo que el peso del mundo caía sobre sus hombros mientras Tania recogía. Al levantarse, miró al inspector una última vez, pero no encontró en su rostro nada que indicara simpatía.

Salieron de la sala en silencio. Afuera Casandra se apoyó en la pared, respirando con dificultad.

—Esto no pinta nada bien, ¿verdad? —susurró.

—Encontraremos la forma de salir de esta, Casandra.

Pero Tania parecía menos convencida de lo que quería aparentar.

2

La habitación de Casandra estaba envuelta en la cálida luz dorada de las últimas horas de la tarde. Los rayos del sol se filtraban a través de las cortinas entreabiertas, tiñendo de naranja los muebles y proyectando largas sombras sobre las paredes. Victoria, sentada en el sillón más cercano a la ventana, cruzaba las piernas y

mantenía una postura erguida, observando el caos controlado, sin intervenir.

Cassandra caminaba de un lado a otro, como un animal enjaulado. Se detuvo de pronto, girándose hacia el grupo.

—Iván planeó esto al detalle. Él quería que yo fuera la responsable si algo salía mal. El poder, las transferencias... Todo está perfectamente diseñado para apuntarme a mí. —Hizo una pausa, apretando los labios mientras cruzaba los brazos sobre el pecho—. Supongamos que no fui yo quien lo mató, ¿por qué alguien lo hizo?

Ethan levantó la vista de su portátil.

—Quizá alguien se dio cuenta de sus planes y decidió adelantarse. —Golpeó suavemente el teclado con los dedos, como si buscara las palabras exactas—. Podría ser alguien que estuviera metido en el mismo desfalco, alguien que también tuviera algo que perder si todo salía a la luz.

Tania, sentada junto a él, ladeó la cabeza, intentando encajar las piezas de un rompecabezas demasiado complejo.

—O... tal vez lo mataron para encubrir algo más grande. —Se giró hacia Cassandra—. Si Iván manejaba tantas empresas, es posible que estuviera blanqueando dinero o desviando fondos hacia otras cuentas. Quizá alguien en la sombra decidió que él era un riesgo y lo eliminó antes de que pudiera cometer un error.

Cassandra soltó un bufido y se dejó caer sobre la cama, apoyando la frente en las manos.

—No sé... No sé si fue alguien cercano a él o simplemente cometió un error al confiar en la persona equivocada. Pero estoy segura de que Iván era tan meticuloso que no se habría dejado traicionar tan fácilmente.

Victoria seguía sin decir una palabra, observando atentamente a cada uno, evaluando sus teorías en silencio.

Ethan rompió la quietud con un tono más bajo.

—También podría ser algo personal. Iván no era precisamente un santo. —Se encogió de hombros, evitando la mirada de Cassandra—. Quizá alguien quiso vengarse o... tenía una deuda con las personas equivocadas.

Tania asintió lentamente.

—Eso tiene sentido. Si Iván era tan manipulador como parece, es probable que haya hecho enemigos en el camino.

Casandra levantó la cabeza hacia su madre, con sus ojos llenos de incertidumbre, buscando su ayuda como en tantas ocasiones.

Victoria tomó la palabra.

—Hija..., ¿no te das cuenta de que has sido su plan desde el principio?

—¿Qué principio, mamá? ¿Cuándo llegué a Madrid?

—No, cuando lo conociste por internet.

Casandra enderezó la espalda, dispuesta a escuchar.

—Ese hombre se buscó un peón con el que hacer su jugada en alguna partida que nosotros desconocemos. Y te encontró a ti. Fuiste su plan todo ese tiempo.

Casandra intentó hablar, pero Victoria levantó la mano. Su mirada fija hacia ella era impenetrable. Pretendía agitar la mente de su hija para que recordara, o tal vez para que descartara que ella no era la asesina y ayudarla así a tranquilizar el ruido de su mente.

La única certeza era que, a pesar de los avances, la verdad sobre la muerte de Iván Monteagudo aún estaba fuera de su alcance, pero tomarían forma otras hipótesis más allá de una simple discusión entre dos personas que no estaban enamoradas.

Solo que el tiempo corría en su contra.

Victoria se levantó del sillón, con una expresión que no permitía dudas.

—Es hora de que sigamos avanzando. Tenemos demasiadas preguntas y pocas respuestas. Hijo... —dijo mirando hacia Ethan—. Tu madre necesita descansar, más que nadie, necesita recordar, pero Tania y tú iréis esta noche a echar un vistazo a esas sedes de empresa fantasma que hemos visitado esta mañana.

—No, mamá —protestó Casandra—. ¿Y si les pasa algo?

—Solo un vistazo, con mucha cautela, sin bajarse del coche.

Casandra miró a Tania, pero ella parecía dispuesta a formar parte del plan.

—Ya oíste al inspector, tenemos las horas contadas, Casandra. Y no se me ocurre mejor manera para aprovechar las de esta noche.

Capítulo 14

1

El Toyota Yaris circulaba por la autopista que llevaba hacia el puente colgante. La noche envolvía todo en un manto de oscuridad interrumpido por las luces titilantes de la ciudad y las villas que se encontraban en frente, al otro lado de la ría. Tras el volante, Ethan observaba los imponentes cables del puente, que se alzaban como colosales cuerdas tensadas sobre el horizonte nocturno y que se perdían de vista en su ascenso hacia el cielo.

—De noche parece aún más impresionante, ¿no crees? —comentó, rompiendo el silencio.

Tania, que miraba hacia los parpadeos de los barcos en el mar, asintió.

—Sí. Siempre me ha parecido una mezcla entre obra de arte y una proeza diseñada para beneficio del viajero. Aunque, si te digo la verdad, ahora mismo solo pienso en que vamos a cruzarlo para algo que podría meternos en un lío.

Ethan esbozó una media sonrisa y aligeró la velocidad para respetar los límites establecidos en el puente.

—¿Te arrepientes de venir conmigo?

—¿Bromeas? —dijo ella, girándose hacia él. Su rostro quedó iluminado por la tenue luz del cuadro de mandos—. Soy abogada, vivir al borde del reglamento tiene que ser mi día a día.

Rieron suavemente y, por un instante, la tensión que arrastraban desde el hotel se disipó.

—Aunque no puedo negar que esto tiene un aire... peligroso —añadió Tania.

—Es lo interesante de la vida, ¿no?

El coche dejó atrás el puente, y pronto las luces de la ciudad desaparecieron dando paso a la oscuridad rural en el que pronto tomarían una salida.

El camino se volvió más estrecho y serpenteante a medida que se adentraban en la comarca. Los faros del Yaris iluminaban árboles altos y sombras profundas que parecían moverse con el viento. Cuando finalmente llegaron a las coordenadas que habían marcado, Ethan redujo la velocidad.

—Ahí está —dijo en voz baja, señalando una casa desvencijada.

El lugar tenía un aire inquietante. Los puntos de luz de las farolas de aquella pista de asfalto deteriorado estaban muy alejados unos de otros, por lo que las zonas oscuras eran frecuentes. La casa estaba ubicada en una zona tenebrosa y las paredes desconchadas y el tejado medio derruido le daban un aspecto tétrico tras los años de abandono.

Sin embargo, desde una de las ventanas rotas algo captó su atención.

—¿Eso es una linterna? —preguntó Tania, inclinándose hacia el parabrisas.

Ethan frenó a punto de detener el coche.

—No, sigue avanzando —dijo Tania—. Ya habrá oído el motor.

—¿Hacia dónde? No sabemos si esta pista sigue en condiciones...

—Según el mapa va a dar al otro lado del pueblo. Nos alejaremos y pararemos más allá.

Avanzaron entre la oscuridad del monte, sin más farolas que iluminaran la carretera y llegaron a una intersección con un sendero sin asfaltar.

—¿Dejamos el coche ahí y regresamos andando?

—No, avanza un poco más —susurró Tania mirando hacia todas partes, como si alguien fuera a escucharlos—. En estos lugares, con el silencio de la noche, el sonido recorre grandes distancias.

Siguieron un poco más y lo dejaron en el siguiente sendero que se adentraba hacia el oscuro monte. Salieron en silencio y se quedaron paralizados a oscuras ante el imponente sonido de la noche. Era un susurro incesante de las hojas de los árboles agitadas

por la brisa en el que podían percibir un denso silencio de fondo, como si el monte entero respirara con cautela.

Tania se apresuró a agarrar el antebrazo de Ethan que ya había encendido la linterna de su móvil.

Caminaron juntos de regreso hacia la casa, sus pasos parecían mantener el equilibrio sobre una cuerda floja imaginaria en la oscuridad.

—¿Y si pasa un coche y alguien nos ve? —dijo Ethan.

—Nos dará tiempo a escondernos entre la maleza.

—¿Y qué pensarán si ven el coche?

Tania miró hacia atrás, hacia la dirección en la que habían dejado el Toyota. Su silueta se perdía entre las sombras del monte, casi invisible en la distancia. Luego, giró hacia Ethan.

Él sostenía el móvil con la luz de su linterna apuntando hacia el suelo, iluminando apenas el camino pedregoso. Su rostro, tenso pero concentrado, se recortaba contra la penumbra, y la mezcla de su juventud y la seriedad con la que se tomaba cada paso la hizo vacilar.

Tania se agarró todavía más a su antebrazo y reanudaron con paso apresurado el camino hacia la casa. Después de unos metros, Ethan se detuvo un momento y giró hacia ella.

—Estás asustada.

Tania quiso negarlo, pero algo en su forma de decirlo, en su tono bajo y casi susurrado, la hizo sentirse expuesta.

—No es miedo... Es precaución.

Una parte de ella deseaba que él hablara más, que llenara el vacío insondable de la noche con su voz y su calor, mientras otra, más primitiva, le advertía que esa cercanía era peligrosa. No por la situación, sino porque empezaba a distraerla de todo lo demás.

—Bueno, precaución o miedo, los dos sirven.

Caminaron con pasos más decididos.

Se acercaron a la casa y desde la distancia distinguieron movimientos en el interior.

—Voy a grabar —susurró Ethan, accionando su móvil.

Tania asintió, alerta, mientras sus ojos seguían cada movimiento. Entre las sombras apareció la figura de un hombre. Vestía ropa

oscura y llevaba guantes. En sus manos sostenía una carpeta y un portátil que parecía desconectado pero encendido, con la luz de la pantalla iluminando brevemente su rostro.

—¿Está buscando algo? —murmuró Tania.

Ethan ajustó el zoom de la cámara del móvil.

—Sea lo que sea, parece importante.

El hombre colocó el portátil sobre una mesa improvisada y extrajo documentos de la carpeta. Parecía que tomaba fotos con un pequeño dispositivo.

—Esto tiene que ver con las empresas de Iván, seguro —dijo Ethan, grabando cada movimiento.

Tania le tocó suavemente el brazo.

—Ethan, tenemos que salir de aquí.

El hombre, ajeno a su presencia, guardó el portátil y los documentos en una mochila. Antes de salir de la casa, echó un vistazo rápido alrededor, como asegurándose de que no lo seguían.

Ethan y Tania se escondieron detrás de un árbol, conteniendo la respiración hasta que la linterna del hombre se apagó y su silueta se desdibujó en la oscuridad, avanzando con un leve desequilibrio, en dirección contraria.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Tania en un susurro.

Ethan se llevó el dedo a la boca y aguardaron varios minutos, alerta a cualquier movimiento. Después, regresaron al coche, con una mezcla de excitación y temor ante el descubrimiento que acababan de presenciar.

Nadie había pasado por allí. Encendieron el motor y continuaron hacia el otro lado del pueblo para no regresar por delante de la casa. Cuando llegaron a la carretera principal, una patrulla de la guardia civil estaba estacionada en el arcén y dos agentes les dieron el alto.

Ethan bajó la ventanilla y uno de ellos, corpulento y de mediana edad, lo saludó de manera formal llevándose la mano al borde de la visera.

—Documentación del vehículo y carnet de conducir, por favor.

El chico abrió la guantera para sacar el contrato de alquiler junto con los demás papeles que les habían dado en el aeropuerto, se lo entregó y buscó el carnet en su cartera.

—Tranquilo —susurró Tania al ver su nerviosismo.

Ethan le entregó el carnet americano y el agente lo observó extrañado.

—¿Cuánto tiempo lleva en España?

—Solo unos días —dijo girándose hacia Tania, para corroborar que no tenía por qué mentir.

El agente se alejó del vehículo y le entregó el carnet a su compañero, que se metió dentro del Patrol mientras el otro verificaba el contrato.

—¿Nos estaban esperando, o qué?

—Solo es una coincidencia, nos iremos pronto. Y si esto se complica haré una llamada, no te preocupes.

En un par de minutos el agente estaba de vuelta, deteniéndose en observar la oscura carretera por la que había llegado el Yaris. Después alumbró con la linterna hacia el copiloto, deslumbrando a Tania, e hizo un gesto con una pequeña sonrisa.

—Adelante, puede circular —dijo, entregándoles la documentación.

2

Victoria se había instalado en la habitación de su hija y a Casandra le agradaba como nunca su presencia. Su madre ya no la recriminaba, solamente velaba por su bienestar y, como era una sensación que apenas recordaba, la hacía sentirse resguardada.

Pasaban los minutos mirando hacia un televisor al que prestaban atención y Victoria giraba la cabeza de vez en cuando, mirándola para comprobar que estaba bien.

Las dos estaban a la espera del regreso de Ethan y Tania que, de camino al hotel, ya les habían anunciado que habían visto algo.

—¿Qué ha pasado, hijo? —preguntó ansiosa Casandra, cuando les abrió la puerta.

—Hemos grabado un vídeo.

—Puede que tengamos algo —dijo Tania con una sonrisa de esperanza.

Victoria les hizo un gesto para que bajaran el tono de voz a aquellas horas de la noche.

Ethan pasó el vídeo a su portátil para que todos pudieran verlo con mejor resolución. En el primer vistazo Casandra tenía un gesto de extrañeza en su rostro.

—Ponlo otra vez. —Y pidió a su hijo que le dejara ocupar su sitio para verlo mejor.

Casandra acercó su rostro a la pantalla y ella misma accionó los comandos para retroceder y avanzar.

—Es uno de los socios.

—¿Qué socios? —dijo su madre.

—Este tío estaba en aquella reunión a la que yo fui.

—¿Estás segura?

—Sí, lo recuerdo.

En ese momento un flash recorrió la mente de Casandra como un relámpago.

Iván caminaba próximo a la balconada del segundo piso del dúplex. Se alejaba de ella.

Y quiso empujarlo.

Casandra se levantó de golpe.

—¿Estás bien, hija?

Ella asintió con los ojos muy abiertos y se acercó a la ventana.

Todos guardaron silencio, observando cómo se recomponía. Ethan dio un paso hacia ella.

—¿Has visto algo en tus recuerdos, mamá?

Casandra los miró fugazmente y negó. Después se dirigió a ellos.

—¿Qué hacía ese tío ahí?

—¿Sabes su nombre? Puede que fuera uno de los socios de esa empresa fantasma.

—No puede ser —dijo Victoria—. Pensemos un momento. En la reunión de socios de Conservas Monteagudo a la que asistió Casandra, ese hombre estaba presente. Pero si ninguno de los socios de la conservera coincide con los nombres de las empresas fantasma..., alguien en la empresa grande estaba al tanto de sus

trapicheos con esas empresuchas. No solo eso, probablemente estaba encubriéndolos o, peor aún, participando activamente en ellos.

Casandra se asomó de nuevo al portátil y reprodujo el vídeo una y otra vez, confirmando lo que había visto. Después los miró, buscando alguna reacción que la ayudara a encontrar un hilo conductor.

Y lo encontró en su madre.

—¿Quién, dentro de Conservas Monteagudo, tenía tanto poder como para permitir que eso ocurriera sin que nadie levantara una ceja?

—¿A qué te refieres, abuela?

—A que posiblemente los fondos que se enviaron a Panamá desde esa empresa fantasma provengan de la conservera.

—Sería difícil determinar eso —intervino Tania—, habría que solicitar una auditoría que tardaría meses en ejecutarse.

—¡Vamos! No nos hace falta que nadie lo confirme. Esas empresas fantasma no tienen ni sede social. Habrán facturado algún trabajo ficticio a la conservera para justificar la obtención del dinero para desviarlo después a un paraíso fiscal.

—Claro, y ese socio lo sabía —dijo Ethan.

Casandra se sentó al borde de la cama, abrumada.

—Hija, necesitamos saber si hubo alguien más en casa de Iván la noche de su asesinato.

—No, mamá.

—¿Por qué estás tan segura de eso?

Casandra los miró a todos, con las lágrimas a punto de desbordarse.

—Porque yo quería empujarlo.

—¿Empujarlo?

—Desde arriba, empujarlo y que se matara, mamá. —Se echó a llorar.

Tania se hizo a un lado, respetando el momento íntimo de la familia mientras la arropaban.

—¡Mamá, escucha! —dijo Ethan. —Casandra levantó el rostro—. Hayas sido tú o no, tenemos que encontrar algo que incrimine a

otro, ¿lo entiendes?

—Hijo... —susurró Victoria.

El chico se acercó más.

—Mañana visitaremos a ese vecino y encontraremos algo a lo que agarrarnos para que seas inocente. Y si no lo encontramos, nos las apañaremos para inculpar a quien sea.

Victoria reconoció en la mirada de su nieto la esencia de la familia y extendió los brazos. Los tres se fundieron en un largo abrazo, conjurándose para salir adelante.

Tania retrocedió unos pasos observándolos como una intrusa.

Había algo conmovedor en la manera en que se unían, una fuerza que les daba sentido en medio del caos. Pero al mismo tiempo, la determinación implacable que se leía en sus rostros le erizó la piel. Por primera vez, sintió el peso real de lo que significaba estar en ese cuarto: no era solo defender a Casandra, era cruzar líneas que no siempre podrían desandarse.

Capítulo 15

1

Casandra observaba la tertulia desde la butaca sin quitar los ojos de la pantalla. El magacín matinal seguía su guion habitual, pero ya no dedicaba tanto tiempo al asunto de Iván.

Un periodista maduro, con tono cansado, tomó la palabra y soltó su teoría:

—No me creo esa amnesia. Si no recuerda nada, tal vez teme contradecir alguna prueba.

—No podemos crucificar a la sospechosa sin información sólida —dijo una tertuliana más joven—. Una laguna mental tras un suceso violento no resulta descabellada.

Victoria bajó el volumen, no quería agravar el malestar de su hija. Ethan, que estaba sentado en el borde de la cama, miraba el televisor atento a cada detalle. La presentadora notaba la brecha en la mesa, así que intervino y trató de reconciliar las posturas.

—Ya no hay novedades sobre este caso. La policía mantiene silencio y la sospechosa jura que no recuerda nada. Parece que esta investigación irá para largo.

Tania dejó el móvil en la mesita y se fijó en Casandra. Sintió que las palabras de aquellos tertulianos pintaban un retrato injusto para ella. Nadie mostraba matices sobre lo ocurrido y el magacín, sin más transición, pasó al siguiente bloque.

Victoria cogió el mando, se volvió hacia su familia y notó el gesto abatido de Casandra.

—Date una ducha bien caliente y tómate tu tiempo, hija. Te esperaremos en la cafetería, atentos por si hubiera periodistas.

Poco después, el agua caía como una lluvia constante sobre la cabeza de Casandra con una agradable sensación que lograba aliviar su angustia. El vapor llenaba el baño, envolviéndola en una neblina tan densa como sus pensamientos. Apoyó las palmas en los azulejos fríos de la ducha, inclinándose hacia adelante mientras cerraba los ojos.

—No tuve por qué hacerlo —dijo de forma apenas audible entre el murmullo del agua que golpeaba el suelo.

Que en los últimos días Iván Monteagudo despertara en ella impulsos de rabia y desprecio no significaba que esos sentimientos la hubieran llevado a matarlo.

Recordó su mirada altanera.

«—¿Qué haces que no me has llamado en lo que va de tarde?».

Sus palabras manipuladoras.

«—Cuando fuiste al baño, mis amigos dijeron que les parecías ideal para ese cargo en el departamento de exportación».

Y el peso de la culpa que siempre terminaba echándole encima.

«—Me he pasado la calle, ¿has visto alguna señal que prohibiera girar en la anterior?».

Pero una cosa era desear que él desapareciera y otra completamente distinta haber sido capaz de quitarle la vida.

Salió de la ducha y agarró la toalla con manos temblorosas. Mientras se secaba, intentó concentrarse en un pensamiento único: no recordar no significaba que hubiera hecho algo. Si fuera así, lo sabría, ¿no?

Su madre había dejado la ventana entreabierta y la sensación de frescura de la mañana la reconfortó. Bajarían al comedor, necesitaba salir de entre aquellas paredes y tomar un café en un lugar normal. Habían pasado unos días y la prensa tendría que ocuparse de otros asuntos de actualidad.

Caminó hacia la ventana con el albornoz puesto mientras se frotaba el pelo con la toalla, pero algo en el suelo llamó su atención.

Al darse la vuelta, vio un pequeño sobre, como si alguien lo hubiera metido desde el otro lado por debajo de la puerta.

Era un pliego cerrado que tuvo que romper para sacar una nota impresa.

«Sabes lo que hiciste. Y no lo olvidarás jamás».

Casandra arrojó el papel como si quemara y este flotó en el aire, como si la brisa fresca de la mañana la empujara a jugar a marearla.

El papel se posó en el suelo con un leve susurro, como un último suspiro.

2

Ethan revisaba la nota a contraluz. No quería tocarla con los dedos, consciente de que cada huella era valiosa. Al otro lado de la habitación Tania ponía sentido común a la situación.

—Debemos entregar la nota a la policía para que analicen cualquier resto de huellas —dijo, fijando sus ojos en Victoria.

La abuela la miró un instante, sin pestañear. Allí, junto al radiador, decidió que no sería tan simple. Si la policía se involucraba, perderían la iniciativa. Las investigaciones se volvían inestables cuando se encendían los focos en una sola dirección, y esa dirección apuntaba hacia ellos.

—Si la entregamos, se acabarán las pistas y perderíamos el hilo que necesitamos —replicó.

Casandra, encorvada en la silla, alzó la mirada cansada del peso de una sospecha que la perseguía a cada rincón.

—Hay que ir a la policía, mamá. Es la prueba de que alguien más sabe lo que pasó. Quiero que sepan que tal vez soy inocente —rogó en busca de una solución definitiva.

—Esa nota te implica a ti, hija. La policía se agarraría a eso y dejaría para más tarde la investigación de si hubo alguien más.

—Ya, pero... —suplicaba Casandra.

—¿No has visto la televisión? La prensa quiere noticias suculentas, Casandra. Hay una audiencia a la que entretener.

En ese momento, Ethan desvió la vista del rectángulo de papel y volvió a mirar la pantalla inactiva del portátil. No tenían certezas,

pero aquella nota apuntaba a que alguien trataba de mover sus hilos.

—¿Quién habrá sido? —resopló frustrado.

—El socio que sale en el vídeo, tal vez —sugirió Tania, apuntando a la imagen grabada la noche anterior.

Victoria recorrió la alfombra con calma. Parecía urdir una teoría en su cabeza.

—El que ha dejado esa nota presupone que has sido tú quien asesinó a Iván —afirmó sin rodeos.

—Podría tratarse de una táctica de presión —apuntó Tania—. Te incitan a reconocer la culpa, quizá para negociar una pena menor, y así evitan que alguien destape un plan turbio con esas empresas fantasma.

—Y así seguir con el plan delictivo con esas entidades —concluyó Ethan, mirando a su abuela, que le correspondió con un gesto de aprobación.

Victoria paseó su mirada por el gesto abatido de Casandra.

—Se aprovechan de la duda que flota sobre ti, hija. Tienen ventaja mientras no tengamos claro lo que pasó.

Victoria aflojó la pañoleta que le cubría el cuello. Ese pedazo de papel era el único hilo de esperanza que podía conducirlos hacia la verdad.

—No sabemos a ciencia cierta que Casandra sea inocente —continuó—. Esa nota no tendrá huellas. Habrá sido escrita y colocada con todo el cuidado.

Tania objetó con un suspiro.

—Hay gente muy torpe. Pueden quedar rastros.

Victoria se acercó a la ventana y observó el cielo encapotado. El día anticipaba un día triste con nubes bajas sobre la ciudad.

—Debemos aguardar. Esto, en el fondo, nos conviene. Es una nota privada, la han enviado porque algo no encaja en sus planes. Si esperan más de nosotros, que manden un segundo mensaje.

La frase sobre «un segundo mensaje» hizo estremecer a Casandra. Se inclinó impaciente, y el recuerdo de Iván, muerto sobre la alfombra, confundió todavía más su mente.

—¿Qué hay que esperar exactamente? —preguntó.

—La siguiente evidencia, hija. Ten la mente en blanco, no recuerdes nada. Eso los hará dudar. Desearán moverte como pieza clave, y así...

—Así cometerán un error —concluyó Ethan.

Y en esa habitación todos comprendieron lo arriesgado de aquel plan. No tenían otra salida. Alguien estaba ahí fuera, jugando con información y chantaje. Esperar, aunque doliera, era su única baza.

3

Cassandra salió del baño sujetando los móviles entre las toallas. Los habían dejado allí apagados para evitar cualquier intrusión.

—Tengo dos llamadas perdidas de la policía —dijo en voz alta, mostrando con manos temblorosas su pantalla a la abogada que revisó la hora de aquellas llamadas, intentando adivinar las intenciones del inspector.

En ese preciso instante, su teléfono sonó con una vibración seca que hizo que todos se sorprendieran.

—¿Dónde está su cliente, letrada? —exigió Joaquín Aguilar, con un tono grave que llegó a todos en la habitación.

—Se encuentra conmigo.

—¿Y por qué tenía el teléfono apagado? ¿No le explicó su obligación de estar localizada?

La abogada los observó a todos.

—Estábamos en el ascensor del hotel, quizá no había cobertura.

Al otro lado, Joaquín forzó un silencio adrede para dar a entender que no confiaba en ella.

—Su tono empieza a cansarme, inspector. Lo de «letrada» suena hasta sarcástico. Estamos colaborando, y usted lo sabe. Si no lo ve, tal vez no comprende de verdad lo que sucede.

Victoria, con la espalda erguida, parpadeó sorprendida al escuchar la creciente firmeza de aquella muchacha que hasta hacía poco parecía insegura.

—Vengan para acá, letrada. Tenemos otro interrogatorio —
sentenció, finalizando la llamada.

Cassandra sujetaba la toalla contra su pecho, con el pelo empapado.

—¿Otro interrogatorio? —balbuceó.

Tania bajó el teléfono despacio.

—Tranquila, arréglate y toma algo. Pienso hacerle esperar por su rudeza.

Las gotas de agua humedecían su frente. Victoria le apartó un mechón mojado que se le pegaba a la mejilla.

—Venga, yo te secaré el pelo, hija —dijo mientras se preguntaba cuántos interrogatorios quedarían aún por afrontar.

Capítulo 16

1

Joaquín se tomó su pequeña venganza por el tiempo que le hicieron esperar y, después de hacer lo mismo con ellas durante hora y media en aquel cuarto en el que a Casandra le pesaban las malas experiencias, entró de repente con una carpeta en la mano, sin dirigirles ni una fugaz mirada.

—Bien, ¿cómo vais con esas pruebas que te harán inocente? Se te está acabando el tiempo.

—Inspector —dijo Tania, con un toque de irritación en la voz—. Entramos en fin de semana, entiendo que ese plazo es extensible a principios de la semana que viene.

Joaquín tomó asiento.

—Yo que tú cambiaría de abogada, Casandra. Trabajaré aquí este fin de semana, pero parece que la letrada se quiere tomar un par de días libres. Tú verás...

Y sacó de la carpeta un informe que ojeó echándose hacia atrás, como si estuviera jugando una partida de póker.

—Comencemos. Señorita Casandra..., porque eres señorita, ¿verdad?

Casandra lo miró extrañada y después se dirigió a Tania. Antes de que la abogada pudiera rebatirle, Joaquín siguió hablando.

—Definitivamente sí. Nunca estuviste casada, aunque tienes un hijo de un individuo que se dio por desaparecido. ¿No sabes nada de él?

—¿A qué viene esto, inspector?

—A lo que a mí me dé la gana, letrada. ¡Responde!

—No, no sé nada de él —dijo Casandra bajando la vista.

—Vaya..., un niño que ha crecido sin su padre. Ha tenido que ser duro para ti.

Cassandra se mantuvo en silencio.

—Resulta que hace un par de años un novio tuyo también apareció muerto en extrañas circunstancias —Joaquín miró a Tania, cuyo dato la cogió por sorpresa—. Tampoco sabes cómo pudo ser eso, claro, a pesar de que tú y tu familia fuisteis investigados por el robo de una fortuna de criptomonedas que ese novio tuyo... —separó los folios para enfocar su visión—, Jason se llamaba..., operaba el día en el que apareció muerto.

Tania fijó la mirada en su cliente, pero Cassandra apartó la vista.

—Fuimos investigados injustamente por aquello y resultó que éramos inocentes —dijo, incorporándose y enfrentándose a él.

—Ya, también salisteis indemnes de la acusación por asesinato.

—No fue asesinato... La autopsia determinó que murió por sobredosis accidental de un medicamento.

—Claro. Y tampoco pudiste casarte. Y qué mala suerte que ahora otro novio tuyo...

—¿Cómo puede jugar así con los sentimientos de mi cliente? —gritó Tania, arrastrando la silla al levantarse.

—Siéntese, letrada. Me temo que su cliente tiene todas las papeletas en este otro asesinato.

—Un momento, inspector —interrumpió Cassandra—. No se confunda, yo no soy culpable de nada, las autoridades estadounidenses le pueden certificar eso. Llame al FBI.

—Claro, al FBI... Justo donde tu padre tenía un alto cargo.

—Le vuelvo a decir que soy inocente y no tiene pruebas de lo contrario, como tampoco las tiene en este trágico suceso donde, sí, tengo muy mala suerte. ¿No ha pensado que tal vez me quieran cargar a mí una culpa a cuenta de ese otro suceso?

—¿Qué quieres decir?

Tania se adelantó, con intención de suavizar la declaración.

—Mi cliente quiere decir que más bien puede ser una víctima en todo este embrollo.

—No, Tania. No quiero decir eso —aclaró, mirando a los ojos de Joaquín—. Lo que quiero decir es que a alguien le pudieron venir

muy bien mis antecedentes para querer inculparme ahora de este asesinato.

—No te pases de retorcida, Casandra.

—A mí no me lo parece. Ya tiene acreditado por el FBI que fui inocente de la muerte de Jason —dijo, señalando hacia los informes que Joaquín tenía en la mano—. Imagine que soy inocente en este otro asesinato, ¿no le parece demasiada casualidad que hayan querido inculparme a mí?

—Eso no se sostiene.

—Tampoco se sostiene que quieran meterme en la cárcel sin pruebas.

Joaquín entrecerró los ojos. Y Casandra continuó.

—¿Y no le parece demasiada casualidad que yo no consiga recordar nada de esa noche?

El inspector se levantó.

—Sí, inspector —continuó Tania—. Deberían empezar a valorar otras líneas de investigación más que apuntar directamente a mi cliente.

Joaquín se echó a andar y abandonó la sala dando un portazo.

Tania y Casandra se levantaron y caminaron hacia la puerta. Al otro lado, un guardia les dijo que podían irse.

Cuando salieron de la comisaría, caminando por la acera en busca de un taxi, Tania agarró por un brazo a Casandra.

—Vais a tener que contarme toda la verdad. ¿Qué ocultáis de vuestro pasado?

—No ocultamos nada, Tania. Te contaremos lo que necesitas saber, no hay nada que esconder.

Un taxi daba la vuelta a la esquina y Tania se apresuró a levantar el brazo.

—Has estado sublime en el interrogatorio. Veo que estás cogiendo fuerzas —dijo Tania.

—No te creas, más bien han sido los genes de mi madre.

Todos escuchaban el relato que Casandra, con un hilo de entusiasmo en su voz mostraba en la conversación.

—Tenías que haber visto la cara de ese hombre, mamá.

Victoria levantaba la barbilla, con cierto orgullo, pero mostrando la seriedad de que todavía había mucho por descubrir.

—Has hecho bien, hija. Por fin me demuestras que eres capaz de tomar las riendas de tu vida.

—Las he tomado desde hace tiempo, mamá... Lo que pasa es que...

—¿Es que qué? —la interrumpió—. No te confíes, Casandra. Que hayas puesto en su sitio a un inspector de la vieja escuela no quiere decir que hayamos avanzado gran cosa.

El rostro de Casandra se oscureció de nuevo y a Victoria no pareció importarle.

—Debemos avanzar más en nuestras propias investigaciones. Esta noche Tania y tú —dijo, señalando a Ethan, sentado con las piernas cruzadas sobre la cama—, volveréis a esa casa abandonada. A ver si conseguís ver algo nuevo.

—¿Te refieres a ver a alguien?

—Si fuera así, no entréis.

—Yo no pienso entrar en esa casa oscura —protestó Tania desde su silla al fondo de la habitación.

Victoria la miró, pero no le dijo nada.

—No me mire así. No me voy a jugar la vida por este caso. De momento tienen mi apoyo como cabeza pensante y defensora de la inocencia de Casandra, pero no pienso jugármela de esa manera.

—¿De momento? —preguntó Victoria, con cierto aire de indiferencia.

—No me habéis contado toda la verdad —dijo, levantándose—. Casandra me ha puesto al tanto de lo sucedido con el caso del robo de las criptomonedas. He indagado algo en internet.

Victoria echó la cabeza hacia atrás y se enderezó todavía más.

—Parece un caso importante y no me lo contasteis.

—Tania, ya te dije que para nosotros es un asunto zanjado. No queremos recordar nada de lo ocurrido.

—Tendríais que habérmelo explicado. Necesito saber qué clase de personas sois. —Esto último lo dijo mirando a Ethan.

—Si ya te lo contó Casandra, ya está contado.

—No es suficiente para mí. —Se cruzó de brazos y caminó hacia la ventana.

—¿Qué más quieres saber, Tania? —preguntó Ethan alzando la voz.

La abogada se dio la vuelta, sorprendida por ese tono altivo del muchacho.

Ethan se puso en pie y cogió la mano de su abuela.

—Ya te habrás fijado en esta mano, mírala bien otra vez —dijo, levantándola hacia ella mientras Victoria se dejaba hacer—. Solo tiene dos dedos, y en lugar de los otros tres, un áspero muñón. —Ethan se lo llevó a su mejilla.

Casandra lo miraba, horrorizada.

—Me da grima cada vez que lo veo y mucho más cuando ella me toca. No me acostumbraré jamás a esta mano. —Hizo una pausa, mirándola a los ojos—. Ella fue la que más consecuencias sufrió cuando la mafia nos perseguía culpándonos de ladrones.

Tania los miraba en silencio.

—No sé qué más necesitas saber. A nosotros no nos apetece hablar del tema porque ese muñón nos lo recuerda cada día.

Ethan soltó a su abuela y se alejaron unos de otros, quedándose en silencio unos momentos.

—Solo quiero saber una cosa.

Ethan la miró dándole permiso para que preguntara.

—¿Tenéis vosotros las criptomonedas que siguen sin aparecer?

Casandra tomó la palabra.

—¿Crees que si fuera multimillonaria habría venido a complicarme la vida con este imbécil a España?

Victoria mantuvo su mirada impávida y Ethan su típica expresión imperturbable.

Tania respiró hondo, tomó su chaqueta y su bolso, y salió de la habitación cerrando la puerta con cuidado tras de sí.

—¿Se va? —preguntó Casandra mirándolos—. ¿Volverá?

—Se va a ver sus padres —dijo Victoria.

—Pero... no puede dejarnos así.

—Claro que puede. Son sus padres. —Le dirigió una mirada demoledora.

Ethan se subió de nuevo a la cama. Victoria se dirigió a él.

—Tenemos que espabilar en nuestra investigación. Esta tarde tú y yo nos vamos a ver a ese vecino de Iván. —Después se dirigió a Casandra—. Tú te quedarás aquí, encerrada y sin abrir a nadie más que a nosotros.

Capítulo 17

1

Victoria y su nieto caminaron a primera hora de la tarde por las calles próximas al edificio donde Iván residía con la intención de observar si la prensa estaba en las inmediaciones. Pero la noticia había pasado a un segundo plano y lo peor del impacto mediático ya había quedado atrás. Tampoco había rastro de la policía ni de su investigación cuando se acercaron al portal del edificio.

Ethan estaba a punto de timbrar al telefonillo del Ático B, pero su abuela lo detuvo.

—¿Qué vas a decirle? —El chico se quedó mirando los botones—. Esperaremos a que salga alguien para entrar nosotros.

A pesar del cielo gris y la brisa fresca, Victoria se quitó la chaqueta y la puso sobre el antebrazo, ocultando su horrorosa mano. Desabrochó un botón de la blusa y se aireó el cabello, despeinándolo levemente para darle más cuerpo.

Pero la espera se hizo larga y Victoria perdía la paciencia.

—Estate atento por si abren la puerta, voy a alejarme un poco, llamamos la atención estando juntos.

—Sobre todo tú..., con ese escote.

—Tú que sabrás...

Ethan hizo el gesto de una leve sonrisa y la abuela lo miró con nostalgia. Hacía mucho que no reían juntos. Habían pasado unos días desde la última alegría en Blue Valley. Aquel pueblo del interior de Misuri le parecía ahora un recuerdo lejano.

La puerta se abrió y un hombre de traje y maletín salió con prisa, calle abajo. Ethan puso el pie a tiempo, antes de que el portón se

cerrara y se coló dentro, esperando a su abuela mientras subía la pendiente.

—Déjame hablar a mí —dijo Victoria.

—Lo que tú digas, abuela. —El chico le guiñó un ojo.

En la última planta no había rastro de la investigación. El pasillo estaba impoluto. Las paredes claras de piedra pulida con pequeñas vetas negras dotaban de elegancia aquella zona común.

Se quedaron mirando la puerta de la vivienda de Iván y a Victoria le pareció extraño que su hija hubiera llegado a aquel punto del planeta, lejos de su familia, en busca de una nueva oportunidad. Hizo un gesto de fastidio y encararon el fondo del pasillo hacia la puerta del vecino.

Timbraron dos veces, ni un solo ruido dentro.

—Parece que no hay nadie —susurró Victoria.

—Igual está durmiendo la siesta.

—Pero no se oye nada dentro. Puede que sea algo sordo —dijo pulsando el timbre de manera insistente.

Ethan se acercó a la puerta. No escuchó nada.

—Podemos esperarlo —sugirió el chico.

—Vayamos a hablar con los vecinos de abajo mientras tanto.

En el momento en que se dieron la vuelta la puerta se abrió con un gran chasquido que resonó como un eco metálico en el pasillo.

El señor, vestido de ropa recién comprada pero calzado con unas pantuflas de casa, se apoyaba dubitativo en su bastón, como si este fuera un arma que pudiera usar en cualquier momento.

—Buenas tardes, señor —saludó Victoria con una voz suave—. No queremos molestarle. Soy la madre de Casandra, la chica que estos días estaba con su vecino, Iván. Y él es su hijo.

Victoria dio tiempo suficiente al señor para que pudiera fijarse bien en ella, y después en Ethan, aunque lo mirara de soslayo.

—Viene usted muy fresca —dijo finalmente levantando la punta del bastón hacia ella.

Victoria simuló ruborizarse.

—Las pendientes de esta ciudad me han hecho entrar en calor —comentó sonriéndole.

Aquel numerito a Ethan lo puso nervioso. Nunca había visto a su abuela en esa disposición.

El vecino se quedó en silencio mirándola y después se fijó en el chico, de arriba abajo.

—¿Qué quieren? No tengo nada que decir, ya se lo dije a la policía.

Victoria se acercó a él y el vecino sujetó con fuerza el bastón.

—Verá, nosotros no somos la policía —dijo con voz dulce—, pero seguro que cualquier detalle que pueda aportarnos nos puede ayudar.

—¿Ayudar a qué?

—A demostrar la inocencia de mi hija. —Miró a su nieto de reojo y él se acercó—. De momento está en libertad, pero no por mucho tiempo. No recuerda nada de esa noche ¿sabe? Lo está pasando muy mal.

—¿Cómo que no recuerda?

—No, señor —dijo Ethan—. Ella está segura de ser inocente, pero no puede aportar nada que lo demuestre.

—¿Acaso no recuerda las discusiones de cada noche?

—De otras noches tiene recuerdos, sin embargo, sobre esa noche dice que...

—Pues ya está —resolvió el vecino, interrumpiendo a Victoria—. Esa noche fue como las anteriores. O peor. —Hizo una pausa para reflexionar mirando hacia el suelo—. Sí, bastante peor.

Ethan se inclinó ligeramente.

—¿Puede decirnos si escuchó alguna palabra en concreto? Cualquier detalle ayudaría a recuperar la memoria a mi madre.

—¿Por quién me has tomado? No me gusta poner la oreja cuando la gente discute. Cada vez que los escuchaba, subía el volumen del televisor. Además, el acento extranjero chillando de esa mujer me ponía nervioso.

—¿Por qué? —preguntó Victoria.

El señor sacó un pañuelo de tela perfectamente doblado de su bolsillo y se limpió la comisura de los labios.

—Póngase la chaqueta o va a coger frío.

Victoria pensó que su escote ya había hecho suficiente y le hizo caso con cuidado de no enseñar su mano de dos dedos.

—No entiendo qué pintaba una extranjera con ese imbécil. ¿Acaso no hay hombres de donde quiera que haya venido?

—¿Por qué dice que era un imbécil?

—Porque lo era. No soporto a los prepotentes. Y punto.

El hombre dio un paso atrás, como si quisiera dar por zanjada la conversación y volver a su cueva.

—¿De verdad que no escuchó nada ese día?

—Ya se lo dije, no me gusta poner la oreja. Solo sé que la discusión se paró de repente y ya no volví a escucharla, fue un alivio.

—¿Y ya está? —preguntó Ethan.

El hombre lo miró atentamente y entrecerró los ojos, como si fuera a contarle un secreto.

—Tienes el mismo acento que tu madre —el chico asintió, sosteniéndole la mirada—. Después de una hora, oí un portazo.

—¿De la puerta principal? —Victoria señaló hacia atrás.

—Pensé que ella se iba para siempre. Es lo que tenía que haber hecho.

—Entonces, ¿Casandra salió del piso?

—No era ella. Después de un rato, ese impresentable volvió con alguien más.

Victoria y Ethan intercambiaron una mirada con los ojos abiertos de par en par, y ella se volvió hacia el hombre con una expresión de súplica.

—¿Usted los vio?

—Con estos ojos, sí. A través de la mirilla.

—Señor... —dijo Ethan—, ¿declararía eso a la policía? Sería de gran...

El hombre levantó el bastón hacia ellos.

—¡Fuera de aquí! ¡Vete con tu acento extranjero a otra parte!

—Señor, si no lo hace por las buenas, lo llamarán a declarar...

—¡No tengo nada que declarar! ¡Y ustedes no han estado hoy aquí! ¡Lo negaré todo!

—¿Prefiere que una inocente vaya a la cárcel cuando usted puede remediarlo? —dijo Victoria, esta vez sin rastro de la vulnerabilidad que había simulado.

—Ese hombre está muerto, y no me da pena. Cómo haya sido no es asunto mío.

Retrocedió y, cuando estaba a punto de cerrar la puerta, añadió:

—Repito, ustedes no han estado aquí.

2

Ethan mostraba una alegría contenida. Se apoyó en el respaldo de la butaca, tamborileando los dedos con una sonrisa discreta, observando cómo ellas conversaban.

—Sí, Casandra. Ese viejo nos confirmó que Iván regresó con alguien más.

—No recuerdo nada, mamá... —dijo con una mezcla entre sonrisa y desesperación.

—Ya no hace falta que recuerdes, hija. Ahora tenemos algo a lo que agarrarnos. Seguiremos investigando.

—¿Por qué no se lo contamos al inspector? Está esperando que le mostremos algo...

—Porque ese vecino nos advirtió de que no iba a declarar nada ante las autoridades.

—Pero podrán obligarlo.

—Eso será lo último. De momento, tenemos algo de tiempo para ver si podemos tirar de este hilo suelto.

Casandra dio unos pasos en círculo sujetando el pelo que se le metía delante de la cara.

—A veces tengo dudas de si soy inocente.

—Eso da igual ahora. Tenemos más personas involucradas en esa noche, sea quien sea el asesino, tenemos que apañárnoslas para demostrar que no has sido tú o para inculpar a otro.

—¿Cómo?

Victoria necesitaba pensar y se fue hacia el ventanal, donde las luces de la ciudad empezaban a resplandecer con la puesta de sol al fondo, sobre las islas Cíes, que imponían su silueta en un mar dorado.

—Ethan, esta noche iremos tú y yo a esa casa abandonada. Casandra, ¿podrás quedarte sola un par de horas?

—Supongo... —dijo mirando a su hijo con pena.

—Encontraremos la forma, mamá —aseguró, extendiendo los brazos para que ella fuera a su cobijo.

En ese momento, alguien llamó a la puerta. Se miraron y Victoria acudió antes de que nadie se incorporara.

—Pasa hija, ¿cómo estás?

Tania estaba de vuelta. Llevaba puestos unos vaqueros con ropa más cómoda y un retoque de maquillaje le había quitado la expresión de cansancio que arrastraba en las últimas horas. Entró arrastrando una pequeña maleta con ruedines.

—¿Qué tal tus padres? Se habrán alegrado de verte —continuó Victoria después de cerrar la puerta.

—Sí, claro. Me he tomado una comida de las de mi madre y he cogido algo de fuerzas. He hablado con ellos y... vengo para seguir ayudando.

—¡Bienvenida! —dijo Casandra, soltando a su hijo para abrazarla a ella.

Se miraron a los ojos, con un brillo lleno de esperanza.

—Lucharemos hasta el final —prometió la abogada.

—¿Y tienes alguna novedad del caso, hija? —preguntó Victoria.

—No, ¿y vosotros?

—Sí. Hemos hablado con el vecino.

Tania miró a Casandra y a Ethan, y al ver su expresión alegre, sonrió de oreja a oreja por primera vez desde que se conocían.

A Ethan le pareció una sonrisa preciosa.

Capítulo 18

1

Ethan devoraba el último trozo de tarta de queso que sobraba de la cena. El aire de la habitación estaba viciado y Victoria accionó el dispositivo del ventanal para entreabrirlo y dejar entrar aire fresco.

—Es mejor que vaya yo, Victoria —dijo la abogada, mirando hacia Ethan—. Ese lugar puede ser peligroso, tal vez haya que echar a correr...

Cassandra, sentada con la espalda recta y las manos en su regazo, observaba más tranquila cómo su familia se organizaba para que todo saliera bien.

—Gracias, hija, pero ya lo teníamos decidido.

—Porque yo aún no estaba aquí.

Ethan dejó el plato sobre la bandeja y apartó el carro de servicio hacia la puerta, sonriendo ante la idea de regresar con ella.

—Abuela, Tania tiene razón. Ese lugar es oscuro, la otra noche nos salvamos por los pelos. Si nos vieran, siempre podríamos echar a correr sin que nos identificaran, pero contigo...

—Conmigo no correremos riesgo de que nos vean.

—Victoria, no conoces ese lugar de noche, es peligroso para una persona de...

—Conozco perfectamente mis limitaciones, Tania —dijo, girándose bruscamente hacia ella—, pero sé suplirlas con otras cosas —levantó su mano tenaza para señalarla—. He dicho que voy yo, y punto.

La abogada abrió los ojos, sorprendida por la firmeza en la voz y el cambio de actitud repentino. Dio un paso hacia atrás, como si el gesto de la mujer la hubiese empujado sin tocarla.

Ethan miró de reojo a su abuela, pero no se atrevió a intervenir. Casandra desvió la mirada, fijándola en las sombras alargadas que proyectaba la lámpara de la mesilla.

Aunque nadie dijo nada, el silencio estaba lleno de todo lo que no se dice.

Hasta que Victoria bajó el brazo.

—Vamos, Ethan... Es hora de irse.

En el trayecto de autopista que los sacaba de la ciudad de Vigo ninguno de los dos hablaba. Solo la majestuosidad nocturna del puente, visto a medida que se acercaban a él, deshizo la tensión.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo él.

—No tanto como el de San Francisco.

—Nunca he estado.

—Claro, porque preferís iros a Tailandia o a saber a qué sitios raros más. Un día cogeréis alguna enfermedad. Verás después...

—También hemos venido a España, ¿es raro para ti este lugar?

Victoria lo miró con aire de fastidio. En su mente seguía siendo un chiquillo inocente, aunque se esforzaba por no tratarlo así. Pero era el único de su familia que había sabido mantener el pulso con ella sin darla por imposible. Era como una extensión de su ser, reencarnado en un joven que la entendía e incluso tenía la habilidad de terminar alguna discusión con un aire de humor.

—He visto vuestras miraditas, Ethan. ¿Crees que soy tonta?

—¿Acaso no te gusta como novia para mí?

—Es mayor que tú.

—Solo un par de años o tres.

—Y es abogada.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que te hará papilla en cuanto se tuerzan las cosas.

—¿Qué cosas?

—Las de la vida... Calla y mira hacia delante.

Poco después Ethan conducía por las carreteras comarcales entre las casas de un pueblo.

—Vete despacio, esto no es la autopista.

—Es que ya sé el camino.

—Pero a mí no me da tiempo a mirar.

—No hay nada interesante aquí, fíjate..., aquella es la pista que sube hacia el monte, donde está la casa.

El chico aminoró la velocidad hasta que entró en la otra pista asfaltada y aceleró en la subida.

De pronto, unas luces se encendieron a sus espaldas. Un jeep se había incorporado a la carretera desde un sendero transversal y los alumbraba con las luces largas, molestándolos con sus destellos en los espejos retrovisores.

—¿Es la policía? —preguntó Victoria.

—No lleva las sirenas.

Las luces se apagaron, y el vehículo quedó oculto en la oscuridad.

—Detén el coche y bajemos.

—Ni de coña, esto me da muy mal rollo —dijo Ethan, circulando despacio y mirando la oscuridad por los retrovisores, sin divisar a nadie.

—Pues da la vuelta en cuanto puedas y nos enfrentamos a él.

Victoria miraba ansiosa a través del cristal trasero.

—No hay donde dar la vuelta hasta llegar a esa casa abandonada. Seguiremos esta carretera hasta el final y saldremos al otro lado de la montaña, en la misma carretera por la que veníamos.

Victoria recuperó su posición y orientó el espejo a su conveniencia para vigilar la retaguardia. Las farolas no existían en aquel tramo serpenteante, monte arriba.

—Tal vez fuera algún bromista, ¿queda mucho para llegar?

—Creo que un poco.

Ethan recuperó la tranquilidad y se centró en seguir una trayectoria adecuada, sin querer mirar hacia las tenebrosas sombras que proyectaban las luces de su coche entre los pinos del monte.

Hasta que algo los embistió por detrás.

—¿Qué ha sido eso? —gritó el chico.

—¡Acelera!

Ethan dio un volantazo, incapaz de controlar el coche que, con la inercia del impacto, estuvo a punto de salirse de la carretera.

Unas potentes luces se encendieron tras ellos. El jeep los seguía de cerca y el chico consiguió acelerar antes de que se les echara encima.

—¿Quiénes son? —gritó.

Victoria se clavó en el asiento y miró las luces por el retrovisor, sujetándose con fuerza al asa de la puerta.

—¡Vamos, Ethan! ¡Salgamos de esta ratonera!

El todoterreno los golpeó de nuevo, esta vez por un lateral, haciendo añicos el foco trasero.

—¡Ahí está! —gritó Ethan cuando llegaron a la cima de la colina, donde estaba la casa abandonada y sin rastro en su interior.

Sus perseguidores quisieron adelantarlo en ese tramo ancho de la carretera, pero Ethan se echó encima del carril contrario en la curva para cerrarles el paso, haciendo chirriar las ruedas, y después aceleró para introducirse en la parte del monte más frondoso, donde el asfalto volvía a estrecharse. El fondo del coche emitió un crujido hueco cuando pasaron por encima de unas ramas gruesas que el viento había dejado a su suerte cruzadas en el asfalto.

—¡Cuidado!

El jeep se les echó encima de nuevo y para cuando llegaron a la parte en la que iniciaban el descenso, en un tramo menos sinuoso, pegó su defensa delantera en la trasera del coche de Ethan con un impacto brutal, haciendo que el vehículo derrapara y se descontrolara momentáneamente, lanzándolos hacia el borde estrecho de la pista.

El chico recondujo su trayectoria con las luces del todoterreno deslumbrándolo en los espejos, afrontando el último tramo en un trayecto descendente en línea recta.

—¡Quieren matarnos! —gritó a su abuela.

—¡No! ¡Quieren asustarnos!

Ethan pisó a fondo y consiguió separarse un par de metros.

De pronto, la oscuridad se hizo de nuevo, produciéndoles una sensación de angustia, como si un abismo estuviera a punto de

tragárselos.

—¿Dónde están? —preguntó Victoria.

—Han apagado las luces. ¡No los veo!

El alumbrado público los iluminó a pocos metros de la carretera general. Las primeras casas estaban a la vista y el chico fue reduciendo la velocidad cuando comprobó que nadie los seguía. Poco después estacionaron en el arcén de una carretera transitada, bajo la luz de una farola.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí, abuela. ¿Tú estás bien?

—Perfectamente.

Se miraron por un instante y las palabras sobraron. Ethan, con una leve sonrisa de alivio, asintió. Victoria le devolvió la mirada, con su expresión firme, la de siempre, y con un destello de orgullo en los ojos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el chico, mirando a su alrededor.

—Ir a denunciar. Ya tengo excusa para que ese inspector me interroque.

Capítulo 19

1

Victoria avanzaba con paso firme. Sus tacones resonaban rítmicamente contra el suelo de la comisaría marcando un eco, casi militar, que se perdía en los largos pasillos. A su lado, Ethan seguía el mismo ritmo, solo que caminaba en silencio gracias a sus zapatillas, con las manos metidas en los bolsillos y la postura tensa.

El chico no podía evitar las miradas furtivas de los funcionarios que los observaban al pasar, pero Victoria apenas reparaba en esos detalles. Estaba concentrada en una sola cosa: la inminente reunión con Joaquín Aguilar.

Tania les había advertido de que el inspector jefe era un hombre conocido por su astucia y su carácter implacable, y ella sabía que aquel encuentro no sería una conversación amistosa. La llamada de Joaquín a primera hora del sábado había cumplido las previsiones de Victoria y su mente trabajaba ahora con precisión, repasando el argumento de la denuncia que habían puesto la noche anterior y barajando las posibles preguntas y respuestas que debía dar.

Cuando llegaron a la antesala del despacho, una secretaria los detuvo con un gesto.

—El inspector los recibirá en un momento. Por favor, tomen asiento.

Victoria hizo caso omiso de la invitación y se quedó de pie, ocultando la mano de dos dedos entre la solapa del abrigo, que sostenía doblado entre los brazos. Ethan, en cambio, se dejó caer en una de las sillas de plástico.

Victoria lo miró de reojo, su expresión era un enigma, pero el chico sabía que ese era el terreno en el que mejor se manejaba su

abuela y que incluso habría sido capaz de manipular a su marido fallecido a pesar de ostentar un alto cargo en el FBI.

—Si estuviera aquí el abuelo, este caso estaría cerrado, ¿verdad?

—Si tu abuelo viviera, no habría hecho falta ni venir a este país, hijo.

—El abuelo era poderoso...

Victoria le acarició el pelo y le sonrió.

La puerta del despacho se abrió. Joaquín Aguilar apareció en el umbral con la camisa planchada que contrastaba con sus ojos profundamente hundidos y las marcadas ojeras que delataban el peso del cansancio. A pesar de ello, su mirada calculadora permanecía afilada, evaluándolos con precisión.

—Señora Hudson... Joven —los saludó con autoridad—. Vengan por aquí, por favor.

Victoria fue la primera en moverse, estirando ligeramente la cabeza al pasar junto al inspector, y Ethan la siguió.

El despacho era sobrio y funcional, con una mesa de línea moderna aunque de madera maciza que contrastaba con archivadores que parecían contener secretos del mundo antiguo, y una ventana que ofrecía una vista parcial de las calles de la ciudad. Sobre la mesa descansaba una grabadora, lista para registrar cada palabra.

Joaquín cerró la puerta detrás de ellos y los invitó a sentarse. Victoria lo hizo apoyándose en el borde de la silla, sin que su espalda tocara el respaldo, mientras que Ethan se dejó caer de manera más cómoda.

El inspector se acomodó tras su escritorio con las manos entrelazadas.

—Gracias por venir. Tengo algunas preguntas que espero que puedan responder con claridad —dijo Joaquín, mirando de reojo a la grabadora—. Pero antes de empezar, señora Hudson, debo advertirle que cualquier inconsistencia en sus respuestas no jugará a su favor.

Victoria sostuvo su mirada sin pestañear.

—Inspector, no estoy aquí para jugar. Estoy aquí para ayudar.

—Entonces, no le importará que grabemos la conversación —dijo haciendo ademán de accionar el dispositivo.

—Tratándose de una entrevista informal, lo considero innecesario.

—¿Informal? ¿Es consciente de que su hija podría enfrentarse a una pena de cárcel?

—Lo soy, por eso quiero hablarle del suceso acontecido ayer por la noche, supongo que tendrá copia de la denuncia...

—Sobre eso también hablaremos —señalando hacia la grabadora.

—Con que tome notas creo que es suficiente, inspector. Estos asuntos me ponen más nerviosa y, como le digo, vengo a ayudar. De lo contrario..., tendría la sensación de que yo soy la acusada, y eso no es así, ayer estuvieron a punto de matarnos a mi nieto y a mí. Le agradezco su pronta llamada, espero que la investigación sobre eso ya esté abierta.

—Por eso mismo, la grabación es importante.

Ethan observaba la conversación como un partido de tenis, esperando el primer fallo.

—¿Sabe, inspector? Tienen unos agentes muy competentes en esta comisaría. Ya les gustaría a muchos pueblos de Estados Unidos. Todo lo importante ya está recogido en el texto de la denuncia.

—Entonces, se niega a dar su consentimiento para realizar la grabación.

—Como le dije, puede tomar las notas que considere oportunas.

Ethan sonrió para sus adentros y Joaquín se echó hacia atrás, golpeando el respaldo de su sillón, y cogió un papel que tenía en una carpetilla.

—Su familia ha sido investigada por la muerte de Jason Parker hace un par de años. ¿Qué tiene que decir sobre eso?

—Que ya hemos demostrado nuestra inocencia, no sé si sabe que nosotros hemos sido las víctimas de aquella mafia. ¿No pone eso en su informe?

—Resulta curiosa la coincidencia. Iván, el novio de su hija, aparece muerto en extrañas circunstancias en su dúplex, como aquel tal Jason, que estaba muerto en su chalet.

—Es una extraña coincidencia, sí. Como le digo, la exhaustiva investigación determinó nuestra inocencia.

—A pesar de que el dinero robado en criptomonedas nunca llegó a aparecer y se sigue gastando con tarjetas anónimas imposibles de localizar.

—¿Insinúa que hemos sido nosotros los ladrones?

—No insinúo nada, señora Hudson..., pero son extrañas coincidencias.

Victoria se inclinó hacia delante y apuntó con su afilado mentón hacia el inspector.

—¿Y qué extraña coincidencia ve con esto? —Levantó su mano de dos dedos, girándola lentamente para que pudiera ver cada detalle.

Joaquín dio un leve sobresalto en el sillón y permaneció inmóvil observando el muñón.

—Nuestra familia ya pagó las consecuencias de aquella nefasta coincidencia. Maldigo a esos ladrones que se quedaron con todo el dinero, nosotros pagamos por ello. Ahora, si le parece, hablemos del intento de asesinato que sufrimos mi nieto y yo en el día de ayer.

Ethan se relamió los labios, observando la expresión de Joaquín.

—¿Qué hacían en esa carretera secundaria a esas horas de la noche?

—Creo que esa pregunta procedería más hacerla a los desgraciados que intentaron echarnos de la carretera, ¿no cree?

Joaquín se acarició el mentón recién afeitado.

—No los tengo aquí para preguntarles, usted debe explicar qué hacía allí —dijo, alterándose.

—Supongo que la investigación se iniciará de inmediato. ¿Sabe? Mi marido era un alto cargo del FBI, todavía conservo buenas amistades...

—Sé perfectamente lo de su marido, señora. ¿Qué coño hacían en esa carretera la pasada noche?

Victoria guardó silencio unos instantes, recorriendo con su mirada cada detalle del rostro del inspector.

—¿Sabe que una de las empresas de Iván Monteagudo tiene la sede en una casa en medio de ese monte?

Joaquín se incorporó bruscamente del sillón.

—¿Qué están haciendo? ¿Una investigación por su cuenta?

—La que deberían estar haciendo ustedes, desde todos los ángulos, pero tienen el foco puesto en mi hija.

—No diga sandeces, señora.

—Es una casa abandonada, ¿no le parece eso una extraña casualidad? ¿O es que solo le interesa centrarse en la hipótesis de mi hija?

—¿Que me interesa el qué? Oiga, soy un profesional con una trayectoria impecable...

—¿Han hablado con el vecino de pasillo de Iván?

—Hemos hablado con todos, y nadie sabe nada.

—¿Nadie sabe nada? ¿O nadie quiere decir nada?

—Está poniendo en duda la efectividad de un cuerpo de seguridad ejemplar...

—¿Ejemplar? Ayer casi nos matan a mi nieto y a mí, tiene una denuncia puesta. ¡Y usted sigue empeñado en mirar hacia un caso que el mismísimo FBI ha resuelto!

Joaquín permaneció inmóvil, respirando hondo mientras su mirada se fijaba en los dos extranjeros frente a él. Una mujer sexagenaria que, con firmeza inesperada, conseguía desquiciarlo, y su joven nieto, cuyo semblante reflejaba más entretenimiento que respeto ante la discusión.

—Ese vecino... —comenzó a explicar Victoria— nos ha confesado que la noche en la que asesinaron a Iván lo vio salir del piso y regresar más tarde con alguien más.

El inspector miró a través del cristal de la ventana. El ambiente era diferente al de un día cualquiera entre semana. La gente caminaba a un ritmo más lento, disfrutando del buen tiempo, haciendo sus compras, sus recados, sus cosas...

Pero él estaba allí, un día más.

Exasperado.

—Ya le he dicho que los vecinos, y ese especialmente, no han visto nada. Entiendo que quiera ganar tiempo, señora, pero su hija sigue siendo la principal sospechosa.

—Tendrán que demostrarlo.

—Lo haremos.

Victoria se levantó y sujetó el bolso con su tenaza.

- Llevaré a ese viejo a rastras al tribunal, si es necesario.
—Si le sirve para demostrar algo, estará bien verlo...

2

Ethan y Victoria paseaban por las calles de Vigo. El sol de media mañana, suave y brillante, les resultaba agradable comparado con el calor asfixiante de su tierra. La ciudad respiraba un ambiente animado: parejas en bicicleta, familias que paraban a comprar fruta en los comercios, niños que correteaban por la acera.

—El inspector no quiere saber nada del testimonio de los vecinos, abuela. ¿Has visto su actitud?

Victoria ralentizó el paso y se fijó en una pastelería antigua con un pequeño toldo azul, con la gente entrando y saliendo.

—Sí, hijo. No le interesa lo que pueda librar a tu madre de culpa.

—Es como si ya tuviera su juicio sentenciado.

Avanzaron hasta una plaza peatonal. El canto de las palomas y el murmullo del agua en la fuente creaban una atmósfera pacífica.

Victoria se detuvo y miró a Ethan directamente.

—¿Por qué crees que el inspector actúa así?

—Porque podría estar involucrado en algo turbio con Iván.

Victoria asintió con un leve ademán.

—Exacto.

—¿Crees que moverá un dedo para descubrir quién nos empujó fuera de la carretera anoche?

—No lo hará si fue él quien dio esa orden.

El chico se quedó boquiabierto un instante.

—¿Crees que es cosa suya?

—¿Quién crees que echó la nota por debajo de la puerta de la habitación de tu madre? —Ethan pensaba—. ¿Cuántos saben cuál es el hotel en el que nos hospedamos? Ese papel llegó desde el juzgado o desde esta comisaría.

—¿Por qué haría semejante cosa?

Victoria se puso en marcha otra vez.

—Habrá que averiguarlo.

3

En la habitación del hotel la indignación de Tania aumentaba a medida que le contaban la conversación mantenida con el inspector.

—Puedo hacer algunas llamadas que lo confirmen, pero siempre he escuchado de ese inspector que era muy tosco. Creo que entre los miembros del cuerpo no es muy apreciado.

—No hace falta que llames a nadie, ya lo hemos comprobado nosotros mismos. Pero, además, no tiene interés en buscar otras opciones de culpa —dijo Victoria.

Ethan vigilaba a su madre, que estaba muy callada.

—Mamá, no estés preocupada. Hemos avanzado mucho en el tiempo que llevamos aquí. Daremos con la solución a este embrollo.

Casandra salió de su estado pensativo y negó.

—Necesito irme, tomar el aire. Me va a explotar la cabeza, llevo muchas horas aquí metida.

—Tengo un sombrero con el que pasarías desapercibida —comentó Victoria.

—Me da igual que me reconozcan.

—Igual no es, Casandra —intervino Tania—. No conviene que te graben y que vuelvas a ser la comidilla de la prensa. Ya sabes que con las redes sociales se extendería muy rápido.

Casandra la miró con el semblante serio y propuso el lugar de salida.

—Vayamos a Sanxenxo.

—¿Adónde? —preguntó su madre.

—Es un pueblo turístico muy acogedor. Allí me sentiré segura.

—Esa villa está muy poblada los fines de semana, Casandra... —sugirió Tania.

—Me pondré ese sombrero. Vayamos, es el lugar donde nos reuníamos con los amigos de Iván. Tengo buenas sensaciones de allí..., tal vez recuerde algo más.

Victoria dio un paso al frente.

—Tenemos que seguir con nuestra investigación, hija. No podemos perder el tiempo.

—No será perder el tiempo. Necesito aire fresco, salir de entre estas paredes, ¿es que no lo entiendes?

Tal vez nadie lo entendiera. La prioridad era seguir pensando, seguir hilando y seguir investigando con cualquier mínima idea que pudiera surgir.

—No seas caprichosa, hija. Tenemos mucho que hacer aquí.

Casandra caminó decidida hacia su armario y cogió ropa para cambiarse.

—Si no venís conmigo, me iré sola.

—¡Casandra! ¿Es que no escuchas?

—¡Tengo que salir de aquí, mamá! ¿Qué es lo que no entiendes? ¡Vayamos a Sanxenxo! ¡Mañana por la tarde regresaremos!

La voz de Casandra retumbó y los miró a todos respirando profundamente. Afuera, el servicio de limpieza faenaba en la habitación de al lado.

—Hijo, reserva hotel —Victoria sacó una tarjeta bancaria de su cartera.

—Deberíamos comunicarlo a la policía.

—No comunicamos nada. Casandra tiene razón. Nos vendrá bien a todos, allí seguiremos pensando, y no quiero que nadie nos siga como la pasada noche.

—Estaremos incumpliendo...

—¡Niña! —Hizo una pausa—. Vete con tus padres si crees que vas a incumplir con la justicia. De lo contrario, haz tu maleta. Nos vamos enseguida.

Ethan dio un salto para ir a su habitación a disponer de sus cosas y cuando pasó al lado de Tania, acarició levemente el brazo de la abogada sacándola de su estado de asombro y le sonrió.

Antes de que el servicio de limpieza llamara a la habitación, ya se habían ido.

Capítulo 20

1

El encanto de Sanxenxo los atrapó desde su llegada al hotel. Después de comer, el pueblo respiraba con calma y las terrazas se mantenían animadas, con turistas disfrutando de largas sobremesas y lugareños que compartían cafés, sin prisa. El sol brillaba alto, reflejándose en las aguas tranquilas de la playa. Los pocos bañistas de antes del verano disfrutaban de la tranquilidad y de la ligera brisa marina que atenuaba el calor de las calles.

El paseo era una forma de estirar las piernas y dejarse llevar por la serenidad del lugar. Casandra disfrutaba del ambiente relajado: niños jugando en la arena, parejas caminando de la mano, las embarcaciones balanceándose suavemente en el muelle. Todo parecía en equilibrio, como si nada pudiera alterar esa paz.

Hasta que una melodía emergió de un local cercano, filtrándose entre el murmullo de la tarde y anclándola de golpe en un recuerdo que no esperaba.

Casandra se detuvo en seco.

No era la canción en sí, sino la sensación que le provocaba, algo lejano reptaba desde el fondo de su memoria.

La tarde cálida y la brisa salina desaparecieron de su vista.

De pronto estaba allí, en el dúplex de Iván.

La madera de la balconada todavía crujía.

Observó sus manos, temblorosas.

¿Acababa de empujarlo?

Desde luego es lo que quería.

Su pulso se aceleró. La piel erizada.

Pero un flash de otro recuerdo la golpeó: una figura en el umbral de la puerta.

No era Iván.

No era ella.

Había alguien más.

Fue un detalle fugaz, enterrado en lo más profundo de su mente, que ahora luchaba por emerger.

Se acercó a la balaustrada de piedra, al borde de la arena de la playa, y se sentó sobre ella.

Sintió como si el suelo cediera bajo sus pies. Su respiración se volvió errática. Volvió a la imagen de la noche del asesinato.

Sus manos estaban sobre la espalda de Iván.

Un empujón.

La caída.

Su cuerpo impactando contra el suelo.

—No... —murmuró sin darse cuenta.

Ethan la tomó por el brazo.

—Mamá, ¿qué pasa?

Sus ojos reflejaban el pánico. La música seguía sonando, implacable, avivando los fragmentos dispersos de su memoria. Si había alguien más aquella noche, significaba que no estaba sola en la escena del crimen.

Victoria se acercó y puso la mano de manera delicada sobre su hombro.

—¿Has recordado algo?

Cassandra miró a su madre como si no la reconociera.

—Ese inspector..., Joaquín Aguilar —dijo mientras Tania se situaba frente a ella, en cuclillas—. ¿Y si supiera quién estuvo allí esa noche?

—¿Te refieres a que pueda ser un cómplice?

Cassandra asintió, mirándolos a todos, como si estuviera pidiendo clemencia.

Caminaron por todo el paseo que rodeaba la zona marítima de la playa y el puerto deportivo. Se detenían en los escaparates de las tiendas de lujo, observaban los quehaceres de la tripulación de un gran yate atracado en la parte más lejana del puerto. Pero Casandra estaba lejos de allí. Apenas respondía con monosílabos y caminaba cogiendo el brazo de su madre, como si fuera ella la que necesitara un apoyo por el desgaste de la edad.

La imagen de sus manos empujando por la espalda a Iván, y la caída al vacío, se repetían en bucle una y otra vez en su mente.

Hasta que Casandra tembló, sujetando el sombrero y mirando a su madre como si se despidiera.

—Ethan, quedaos vosotros dando una vuelta —dijo levantando la voz, al ver que su nieto se había adelantado conversando con Tania—. Nosotras regresamos al hotel.

—¡Vamos todos! —respondió, acercándose.

—No os preocupéis. Disfrutad del atardecer, divertios y despejad la mente. Todos necesitamos desconectar unas horas. Aprovechad...

—Pero..., mamá, ¿estás bien?

Casandra los observó, pero su mirada estaba perdida y su mente buceaba en sus recuerdos.

—Está cansada. Yo me ocupo, no os preocupéis. Si necesitáis cualquier cosa, me llamáis.

Victoria sujetó por la cintura a Casandra y se dieron la vuelta hacia el hotel que habían reservado a pie de playa, en el otro extremo del paseo marítimo.

Cuando se aseguró de que perdían de vista a su nieto y a Tania, detuvo la marcha y se sentaron al borde del murete que separaba el paseo de los bloques de escollera que los protegían del oleaje en los días de invierno.

—¿Lo has matado tú, hija?

—Mamá... —susurró y asintió, a punto de llorar.

—No pasa nada, Casandra. Buscaremos la manera de salir de esta.

Casandra miró todo lo lejos que pudo, pero solo veía personas acercándose hacia ella en unas aceras cada vez más concurridas.

Después se levantó y se dio la vuelta hacia el mar. La brisa le secó una lágrima.

Victoria se levantó, la rodeó con sus brazos y le dio un beso en la mejilla.

Las lágrimas desbordaron a Casandra y Victoria la abrazó con más fuerza.

Las dos se dejaron llevar. Habían pasado muchos años desde la última vez que se habían dado un abrazo sincero. Demasiados años.

—Nunca voy a dejarte sola, hija.

—Gracias, mamá —dijo mirándola a los ojos, acariciando su mano de dos dedos—. Pero hay una cosa.

—¿Cual? —Le apartó un mechón negro de la cara.

—No voy a consentir que me trates otra vez como si fuera una mierda de persona.

Victoria se echó hacia atrás y Casandra respiró de manera entrecortada.

—No lo voy a permitir más, mamá. Lo siento, pero no... Se acabó.

—Hija mía...

Se fundieron en un abrazo todavía más fuerte y, como si sus energías se unieran en una sola persona, una paz inesperada se deslizó por Casandra. No era solo calma, era alivio. Sintió la protección real de su madre, y esta vez no era como una red que la asfixiaba, sino como un escudo real. Durante años Victoria había usado ese instinto para moldear la vida de su hija a su antojo, pero ahora Casandra lo entendía: haría lo que fuera por ella y por Ethan.

Lo que fuera.

Capítulo 21

1

El agua reflejaba el sol de la tarde en los cascos brillantes de los yates de lujo, alineados como monumentos flotantes. En el paseo, turistas transitaban entre las tiendas exclusivas, observando escaparates donde el lujo se exhibía sin pudor.

Ethan y Tania caminaban sin rumbo, dejándose llevar por el ambiente. No era parte del plan, pero tampoco había prisa.

Tania se detuvo ante un escaparate donde los relojes costaban más de lo que muchos ganaban en un año. Ethan sonrió a su lado.

—¿Te gustan?

A ella le daba igual, no eran las cosas en las que pensaba gastar dinero.

—Supongo que tienen su encanto. Pero prefiero un reloj que pueda perder sin sentirme culpable.

—Parece un pensamiento bastante práctico.

—Viene con la profesión.

Siguieron andando a lo largo del puerto. Los yates amarrados eran espectaculares, con cubiertas relucientes y banderas extranjeras ondeando en la brisa.

Ethan apoyó los codos en la barandilla, mirando las embarcaciones. Podía comprarse uno como esos. Pero no podía decirlo. No con ese dinero.

Tania se apoyó a su lado. Cerca.

—Imagino que no puedes evitar pensar en qué harías si tuvieras uno —dijo con una sonrisa.

Si ella supiera...

—¿Y tú? —preguntó él.

—No lo sé. Nunca he pensado en tener tanto dinero.

—¿No crees que serías buena millonaria?

Tania lo miró. Y le sonrió.

—Soy abogada. Por definición, no soy millonaria.

Ethan la miró de reojo. Por definición, él no era un delincuente. Y ahí estaban.

Un hombre pasó a su lado con dos bolsas de una boutique cara y dejó tras de sí el aroma de un perfume agradable.

Tania suspiró. Se giró hacia el puerto, con la brisa despeinándola.

Ethan la observó. Le resultaba fácil estar con ella.

—¿Te gustaría? —preguntó.

—¿El qué?

—Vivir sin preocupaciones. No tener que pensar en cuánto cuestan las cosas.

Tania lo pensó un segundo. Sus labios húmedos se curvaron en una sonrisa.

—Supongo que todo depende de cómo se consiga el dinero.

Ethan desvió la mirada hacia los yates. Debía cambiar de tema.

—No necesitas un yate para ser feliz —añadió tras un silencio.

—¿Ah, no? Pensé que era el sueño de cualquier hombre con dinero.

—El problema de los sueños es que, una vez los consigues, necesitas otros nuevos.

Tania inclinó la cabeza, observándolo con algo más que curiosidad.

—Y tú, ¿ya has cumplido los tuyos?

—Digamos que aún tengo una lista pendiente.

—Espero que no incluya un yate.

—Tal vez te sorprendería.

Se apartaron de la barandilla.

—Vamos, te invito a un café. O un cóctel. Lo que prefieras.

Tania sonrió.

—¿Siempre te gusta impresionar a las chicas?

Ethan no hizo caso, seguro de que ya estaba impresionada, y caminaron juntos, con la tarde cayendo sobre Sanxenxo.

La brisa del atardecer envolvía la villa mientras Victoria y Casandra caminaban sin prisa por la acera que bordeaba la playa. El resplandor de las luces de las terrazas de los restaurantes teñía la piedra de las fachadas con un tono dorado y el murmullo del oleaje les llegaba amortiguado entre las conversaciones de los lugareños en el paseo marítimo.

El alivio de Casandra era palpable. Sentía que, por primera vez en mucho tiempo, su madre estaba realmente de su lado. Había prometido protegerla, sin importar qué, sin cuestionarla, sin juzgar su posible asesinato.

Y eso lo cambiaba todo.

—Vi algo más —dijo Casandra de repente. Su voz sonó firme, casi animada. Victoria ladeó la cabeza, atenta—. En ese flash... en medio del caos... recuerdo una sombra. Alguien estaba ahí, bajo el dintel de la cocina. No estaba sola con Iván esa noche.

Victoria frunció el ceño.

—¿Un hombre? ¿Una mujer? ¿Alguien que conocieras?

Casandra negó con la cabeza.

—No sé. Es como algo fugaz, pero creo que había alguien. Eso lo cambia todo, ¿no? No soy la única que estuvo allí.

—Cambia mucho, hija.

Casandra se detuvo un instante, dejando que una idea cobrara forma en su mente. Ya no se sentía una víctima, sino una pieza clave en una partida que podía ganar. El pánico que la había atenazado desde la muerte de Iván se diluía con cada paso.

¿Y si no necesitaba justificarse?

¿Y si, en el fondo, había hecho lo que debía?

Se había enfrentado a Iván. No muchas personas podrían decir lo mismo.

—Quedaría en libertad —afirmó con convicción, reanudando el paso—. Si esa sombra es real, si encontramos quién estaba allí..., complicaríamos el caso lo suficiente para que salpique a otro.

Victoria no respondió.

Ahora Casandra hablaba con una seguridad que le inquietaba. La miró de soslayo. Su hija ya no era la mujer aterrada de unos momentos antes. En su expresión había algo más: orgullo. Como si empezar a recordar la escena la hiciera sentirse poderosa en lugar de vulnerable. Como si el peso de haber deseado la muerte de Iván no la torturara, sino que la engrandeciera.

—No podemos confiarnos —murmuró Victoria, más para sí misma que para su hija.

Casandra no la oyó, o prefirió ignorarla. Su mente ya navegaba por otros derroteros.

—Podría haber sido un testigo... o un cómplice —prosiguió con entusiasmo—. Alguien más odiaba a Iván, alguien más quería verlo muerto. Tal vez Joaquín lo sabe, tal vez nos lo está ocultando...

Victoria la observó en silencio y pensó:

«Si tanto lo odiabas, ¿por qué no te fuiste?».

Había un brillo peligroso en los ojos de su hija, una chispa que la hizo estremecer. Se parecía demasiado a sí misma, y nunca lo había visto tan claramente. Victoria había entendido, muchos años atrás, que en esta vida se vive manipulando o siendo manipulado. Casandra empezaba a comprenderlo también.

Llegaron al hotel y Victoria aminoró el paso antes de entrar. Miró a su hija de reojo. Casandra sonreía, más confiada que nunca. Y eso, lejos de tranquilizarla, la llenó de una sensación incómoda.

Algo estaba cambiando en ella. Algo que tal vez no podría controlar.

Capítulo 22

1

Las luces del paseo de Sanxenxo comenzaban a iluminar las calles cuando Ethan y Tania regresaban del puerto deportivo y se dirigieron, guiados por el murmullo de conversaciones y el tintineo de copas hacia la zona de restaurantes. Desde la terraza de «A Taberna da Madama», parecía que la estatua con el mismo nombre observaba con su pose regia, en medio del mar, la actividad de la villa turística.

Eligieron dos taburetes junto a una mesa de madera maciza de forma irregular que conservaba los nudos originales de la madera que el artesano respetó en su fabricación, situada al borde de la terraza y demasiado cerca del bullicio del interior del local, aunque les pareció un lugar discreto donde no llamarían la atención.

Tania pidió un albariño y Ethan, siguiendo su ejemplo, aceptó otra copa, aunque solo daba pequeños sorbos. Desde sus asientos podían observar el ir y venir de los clientes, pero su atención se centró en un hombre enclenque de mirada vidriosa, que apuraba su vaso de vino con el codo apoyado sobre la barra, elevando demasiado su tono de voz.

—Ese lleva más de una —murmuró Tania, ladeando la cabeza con discreción.

El camarero, un hombre corpulento con el delantal anudado a la cintura, le servía otra copa sin necesidad de que la pidiera.

—¿Y qué te voy a decir? ¡Si Iván también venía por aquí! —soltó mientras guardaba la botella en la pequeña nevera expositora.

Ethan y Tania intercambiaron una mirada. No era extraño que la muerte de Iván Monteagudo siguiera siendo tema de conversación.

Pero aquel hombre tenía un tatuaje en la mano, cerca de la muñeca, con el símbolo de la criptomoneda más codiciada, el bitcoin.

—Yo conocía a Iván —dijo, arrastrando las palabras—. Y no solo lo conocía a él..., también a peces gordos de su entorno que ni os imagináis. —Dio un trago largo, disfrutando del efecto de sus palabras sobre quienes le rodeaban.

—¿Ah, sí? —replicó otro cliente con sorna—. A ver, ¿quién más? Que aquí todos somos de confianza.

El hombre ebrio dejó la copa en la barra con un golpe sordo y bajó la voz, como si estuviera a punto de revelar un secreto prohibido.

—Policías. Empresarios. Todos metidos en los mismos negocios. Pero Iván... —se interrumpió, lanzando una carcajada—. Iván creyó que podía jugar a dos bandas. Y mirad cómo acabó.

Tania se quedó inmóvil con la copa a medio camino de sus labios. Ethan, sin apartar la vista de la escena, se inclinó ligeramente hacia ella.

—Hablemos en inglés —susurró.

Tania tardó un segundo en captar su intención, pero cuando Ethan habló con acento americano sobre una supuesta anécdota en un pueblo de Misuri llamado Blue Valley, se obligó a responder en el mismo idioma. Lo hacía con fluidez, aunque su acento español era más marcado.

Ethan sonrió. Le gustó verla nerviosa.

—What are you doing? —preguntó ella en voz baja, devolviéndole la sonrisa.

—Camouflage —murmuró, acercándose al oído.

Tania notó la mirada de Ethan fija en ella por un instante y desvió la suya, concentrándose en la conversación del hombre, medio borracho.

—Siempre hay que saber con quién se hacen negocios —decía con la lengua cada vez más suelta—. Iván pensó que podía pasarse de listo. Pero con esa gente no se juega. Él tenía contactos dentro y fuera..., pero, al final, alguien se cansó de su jueguito.

Ethan se encorvó, como si así pudiera escuchar mejor. Lo que el hombre estaba insinuando encajaba demasiado bien con lo que ya sospechaba. Miró de reojo a Tania, que lo observó con una mezcla de inquietud y asombro. El inspector Joaquín Aguilar podría haber tenido más que un simple interés profesional en la muerte de Iván. Quizá, después de todo, no solo era un policía cumpliendo con su deber, sino alguien que tenía sus propias razones para quererlo muerto.

El camarero calmó la euforia del cliente, distrayéndolo con una conversación sobre fútbol, pero la información ya estaba dicha.

Ethan apoyó los codos sobre la mesa y fingió continuar con su conversación en inglés, mientras su mente hilaba con rapidez lo que acababan de descubrir.

—Esto es grande —murmuró Tania en español.

—Y apenas estamos escarbando la superficie.

Tania agarró el bolso y saltó del taburete.

—Llamaré a tu madre, debemos reunirnos.

2

Tania se alejó de la terraza con el móvil pegado al oído. Ethan demoró su salida solo para observar la barra donde el hombre seguía bebiendo entre conversaciones intrascendentes.

La noche en Sanxenxo estaba en su punto álgido. El bullicio de la calle, el sonido del cristal chocando en brindis despreocupados y el olor a comida recién servida. Todo parecía normal, pero no había nada normal en lo que acababan de escuchar.

Cruzó los brazos para disimular, sin perder de vista al hombre del tatuaje de bitcoin. Aquel tipo sabía cosas. O quizá solo era un charlatán con ganas de llamar la atención. Pero, si lo que decía era cierto..., Joaquín Aguilar tenía algo más que una simple conexión con Iván.

Un taxi se detuvo delante de la tapería.

—Acaba de llegar mi carroza. Ya nos veremos otro día.

El hombre achispado se fue caminando con pasos inseguros y se subió al vehículo. Ethan dejó un par de billetes sobre la mesa y se fueron.

—Una pena no poder seguirlo —murmuró.

En ese momento regresó Tania.

—Tu abuela quiere vernos. Ahora.

Caminaron juntos entre la gente por la concurrida calle que bordeaba la playa. Tania estaba inquieta. Se notaba en su manera apresurada de caminar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ethan.

—Solo intento procesar todo esto —dijo al fin—. ¿Te das cuenta de lo cerca que estamos de descubrir algo realmente peligroso?

—Pensé que te gustaba el peligro.

Tania lo miró de reojo, pero no quería admitir que aquella sensación de estar pisando terreno peligroso le provocaba un cosquilleo que le agradaba. Ethan se pasó la mano por el cabello, despeinándolo aún más, mientras la observaba.

—¿Quieres que te diga algo? —murmuró.

—¿Algo útil o una de tus bromas?

—Algo real. Tienes más agallas de las que crees.

Tania apartó la mirada, fingiendo desinterés, pero Ethan percibió un leve rubor en ese gesto.

Poco después el hotel apareció frente a ellos, con las siluetas de Victoria y Casandra esperándolos fuera, en una parte donde el paseo adquiriría la forma de un mirador sobre la playa. Ethan se adelantó a todos cuando llegó a su altura.

—Se fue en un taxi.

—Así que un borracho ha contado cosas que no debería, entre otras el que alguien de la policía estaría metido hasta el cuello en una mafia —resumió Victoria.

Casandra sonreía, con las manos en los bolsillos.

—Y parece que alguien se ha tomado muchas molestias para que parezca que fui yo.

Ethan cruzó los brazos, apoyándose en la barandilla.

—Es peligroso, mamá. No sabemos cuánta gente está involucrada en esto.

—Está claro que quien lo mató no actuó solo por venganza. Fue un movimiento calculado. Si te querían dentro del caso —dijo Victoria hacia su hija—, es porque alguien necesitaba que cargaras con todo.

La abogada miró a su cliente. Había en su postura algo que le resultaba diferente.

—Aún sigues siendo sospechosa, Casandra.

—Lo que más me inquieta —dijo Ethan sin hacer caso al comentario— es el inspector. Le dimos demasiada información cuando fuimos a su despacho.

Victoria asintió con lentitud.

—Y si es cierto que estaba metido en negocios con Iván, fuimos unos idiotas al mostrarle nuestras pistas.

Ethan la miró con atención, presintiendo la instrucción que llegaría un momento después.

—Cariño —dijo su abuela—. Mañana tú y yo espiaremos a ese inspector. Quiero saber qué hace fuera de comisaría.

Casandra sonrió orgullosa.

—Muy bien, y hasta entonces disfrutemos de este pueblo y salgamos a cenar. ¡Yo invito!

Tania dio un paso atrás y Victoria se quedó mirando a su hija, incrédula y sorprendida.

Capítulo 23

1

La mañana dominical amaneció con un cielo limpio y una brisa suave que llegaba desde el Atlántico hasta la terraza acristalada del hotel. El sol iluminaba la playa, donde el oleaje apacible resplandecía en destellos fugaces, como chispas danzando sobre el agua cristalina. Victoria, Casandra, Ethan y Tania ocupaban una mesa junto al ventanal. Habían descansado bien y disfrutaban de un desayuno tardío mientras la conversación giraba inevitablemente hacia la noche anterior.

—No puedo creerlo —murmuró Casandra, removiendo el café con aire ausente—. Ese hombre no tenía filtro. Si no hubiera estado tan borracho, supongo que no habría dicho algo así en público. ¿Quién será? Su descripción no coincide con ninguno de sus socios ni amigos que conocí.

—No solo eran confesiones de un borracho —apuntó Ethan, entrelazando los dedos—. Lo que dijo sobre los negocios sucios y la policía... lo dijo convencido.

Victoria tomó un sorbo de café.

—Si el inspector Joaquín Aguilar estuviera metido en algo con Iván más allá de lo profesional, su actitud en este asunto explicaría muchas cosas.

Tania, que había permanecido pensativa, dejó la taza sobre el platillo con un leve tintineo.

—A mí lo que me preocupa es que, si Joaquín está implicado, es posible que haya encubierto pruebas o que tenga su propia versión de los hechos. ¿Qué pasará cuando se dé cuenta de que nosotros sabemos demasiado?

Se quedaron pensando con el sonido lejano de las olas. Cada uno procesaba la magnitud de lo que habían descubierto, midiendo las implicaciones y los riesgos.

Tania sacó el móvil cuando sintió la vibración en su bolso. Alzó las cejas levemente al ver el número en la pantalla.

—Puede que sea de la comisaría. —Elevó la mirada hacia los demás.

Respondió la llamada y la voz grave del inspector resonó al otro lado.

—Tania, necesito verte. Hoy. ¿Puedes reunirte conmigo para un café?

La abogada tragó saliva y apartó un mechón de cabello de su rostro.

—Claro, inspector. ¿Dónde y a qué hora?

—En una hora, en la cafetería del puerto. No tardes.

La llamada se cortó antes de que pudiera responder. Tania bajó lentamente el móvil y levantó la vista hacia el grupo.

—Quiere verme ahora. A solas.

Nadie habló al principio. Después Victoria se inclinó hacia ella con expresión seria.

—Ten cuidado con lo que dices y aún más con lo que insinúes.

—Iré contigo —se apresuró Ethan, levantándose.

Su abuela lo agarró con su tenaza y el chico notó la fuerza de sus dedos.

—No, iré sola.

Tania asintió y dio un último sorbo.

—Ethan, dame las llaves del coche. Estaré de vuelta lo antes posible.

Tania entró en la cafetería después de haber caminado un buen trecho. Victoria le había dado instrucciones precisas, y una de ellas era que no la viera en el coche que habían alquilado hacía unos días.

Eso daría a entender que no se separaba de ellos y que su investigación particular seguía su curso sin descanso.

Joaquín la esperaba en la mesa más al fondo de aquel viejo bar de marineros.

—Llegas tarde, letrada.

—Perdone, una urgencia familiar.

—El móvil, apagado.

Joaquín esperó paciente a que Tania lo sacara del bolso y lo manipulara bajo su supervisión. Después hizo una señal al camarero y en cuanto los atendió miró detenidamente a la abogada. Las ojeras marcadas acentuaban la profundidad de sus ojos hundidos, parecía que el insomnio hubiera excavado en su rostro. Su tez había adquirido un aspecto más oscuro que le confería un aire demente, como si la fatiga minara su cordura. Tania ya se había fijado en la existencia de dos sobres de azucarillos usados en un viejo cenicero.

—¿Cómo vas con el caso? Me habías prometido pruebas y no tengo nada.

—Necesitamos más tiempo. Siento no poder cooperar más, es un asunto complejo.

Joaquín agitó el azucarillo. Lo rompió de manera mecánica y vertió su contenido en el café. Después dejó el sobrecito con los otros.

—Su madre y su hijo son pretenciosos. Ayer en mi despacho no ayudaron a la investigación.

—Le ruego que disculpe a mis clientes. La noche anterior sufrieron un suceso desagradable, ya sabe, hay una denuncia... Tiene que entender que estén nerviosos.

El inspector dio un sorbo.

—¿Y tú, letrada? ¿No estás nerviosa?

—Es mi primer caso mediático, no es un caso fácil.

—Yo en tu lugar estaría intranquilo. Te estás jugando mucho. Si este caso te sale mal, y no tiene pinta de lo contrario, no vas a levantar cabeza en tu carrera profesional. Ni aunque tengas siete vidas.

Tania removía el líquido de su pocillo.

—En esta profesión hay que tomar riesgos.

—Eres muy joven para hacerlo. Este caso te viene grande. Si fueras mi hija te aconsejaría que te retirases... Por cierto, ¿cómo están tus padres?

Un escalofrío sacudió a la abogada.

—Bien, ¿por qué lo pregunta?

—Porque seguro que se esforzaron para que su hijita sacara la carrera de Derecho, ¿no es así?

Tania asintió.

—Sería una pena que todo ese esfuerzo finalmente valiera de poco. Aunque, bueno..., siempre hay otras cosas.

La abogada detuvo el movimiento de su cucharilla. Joaquín percibió su expresión aterrada y prosiguió.

—Me refiero a que si todo sale mal y finalmente Casandra es culpable, tu moral acabará por los suelos. —Joaquín cogió de nuevo el sobrecito usado y jugueteó con él entre sus dedos—. Yo me pensaría seguir con este caso. Creo que abandonarlo sería la única manera de que sea bueno para tu carrera. Según me han contado, te expulsaron del bufete donde trabajabas.

—No fue exactamente así y... tampoco estoy tan segura de que vaya a salir mal. Mi cliente tiene un testigo importante, han hablado con un vecino que...

—Ya me habló de él esa vieja..., la madre de Casandra. Ese hombre no estaba bien.

«¿Estaba?».

Tania se quedó inmóvil, esperando la siguiente explicación del inspector.

—Apareció muerto esta mañana. En su sofá. Se quedó como un pajarito viendo el fútbol de anoche.

La abogada agarró la tacita, pero no pudo levantarla.

—En fin, son cosas que pasan. La autopsia aclarará lo sucedido. Esperemos que no haya más muertes en este caso. —Fijó la mirada en la suya.

—No sé para qué me ha llamado, inspector —dijo con voz temblorosa.

Joaquín dio el último sorbo y echó la silla para atrás.

—Para ponerte al tanto de cómo están las cosas y para saber si tenéis algún avance. La familia Monteagudo presentará cargos contra Casandra la próxima semana y el juez tratará de agilizar el proceso cuanto antes, ya sabes..., son muy influyentes en la zona. Si no vas a salirte del caso, hazles ver a tus clientes que una negociación con la justicia será la mejor opción para rebajar la pena que salga en la sentencia.

Joaquín Aguilar se levantó y se dirigió a la barra. Cuando recibió el cambio en monedas regresó a la mesa donde Tania seguía sumida en sus pensamientos, con todo el café en su pocillo.

—Me voy a comisaría, letrada. Te recomiendo que trabajes sin descanso como lo hago yo si quieres ser alguien en la vida... —Hizo una pausa, adrede—. Escoge bien los casos de aquí en adelante. Y recuerda, negociar con la justicia es vuestra mejor opción.

3

Tania se quedó a solas con el café que ni siquiera llegó a probar. El ajetreo de los habituales clientes que frecuentaban el local, con sus voces graves para hacerse notar, pasaba desapercibido para ella.

De pronto, sintió el impulso de llamar a sus padres.

—¿Mamá? ¿Cómo estáis?

—Bien, hija. ¿Qué ocurre, estás bien?

Tania se quedó callada, como si saboreara la voz de su madre en su oído, en su mente.

—Estoy bien, es solo que...

—Hija, ¿dónde estás? —oyó a su padre.

—Acabo de hablar con el inspector, papá. Me ha hecho dudar de si es conveniente seguir con el caso.

—¿Y eso?

—Nuestro principal testigo, un vecino que vio a más gente entrar en el dúplex esa noche, acaba de aparecer muerto.

Al otro lado, silencio.

—Entiendo, era vuestra esperanza.

—La única, papá. El inspector apunta a Casandra, la tiene entre ceja y ceja.

—Escucha hija —dijo su madre—, eres fuerte y sabrás qué hacer.

—Además, pase lo que pase, siempre estaremos aquí para apoyarte —zanjó su padre.

Tania agarró la cucharilla y la sacó del café. Una gota se resbaló y cayó sobre la mesa blanca. Era una mancha marrón. Una mancha como la que podría quedar en su vida profesional. Como la muerte de ese vecino, que tal vez siguiera con vida si no se hubiera sabido de su conversación con Victoria.

Tal vez habría más manchas.

—Esa familia te pagará lo que mereces por la dedicación que les estás prestando, ¿verdad, hija?

—Sí, mamá. Ya me han transferido un adelanto que cubre más de lo que cobraría trabajando con Marcos Fuentes en los próximos dos años.

—Bien, ese jefe tuyo era un explotador —dijo su padre.

Tania dejó la cucharilla en el platillo y pasó su dedo por encima de la gota de café, haciéndola desaparecer con facilidad.

—Está bien, os llamaré pronto.

—Claro hija, estamos para lo que necesites.

Tania guardó el móvil en su bolso y observó la mesa blanca, sin la mancha de café.

Y entonces recordó la dulce sonrisa de Ethan.

Capítulo 24

1

Después de que Tania les transmitiera la noticia del fallecimiento del vecino de Iván, la comida en la terraza acristalada del hotel transcurrió en una desesperante parsimonia por parte del personal del restaurante.

—Nadie tomará postre ni café, ¿verdad? —dijo Victoria, llevándose uno de los últimos trozos del asado a la boca.

El silencio de todos fue suficiente respuesta.

—¿Muerto en su sofá? —repitió Casandra en voz baja, removiendo la comida en su plato sin apenas tocarla.

—Lo encontraron esta mañana. La autopsia dirá que murió de un infarto. —Hizo una pausa, apretando los labios antes de añadir—. ¿Alguien se lo cree?

—Nadie —dijo Ethan, dejándose caer contra el respaldo de la silla—. Es demasiada casualidad que ayer le dijéramos al inspector la existencia de ese testimonio y ahora aparezca muerto.

Victoria dejó su copa de vino sobre la mesa con un leve golpe.

—Casualidad no es —afirmó mirando a los ojos a su hija—. Joaquín está limpiando el camino. Ya no es una hipótesis, es una realidad, y eso juega a nuestro favor.

Casandra había perdido la euforia de la tarde anterior.

—Vienen a por mí... ¿Qué vamos a hacer?

—Tal vez sea el momento de pedir ayuda. Hablaré con mi antiguo jefe, tiene socios muy cualificados, esto se nos puede ir de las manos y...

—Solo es un pequeño obstáculo, Tania —dijo Victoria con un tono seco, cortándola antes de que avanzara en su propuesta—.

Hasta ahora no hay pruebas contra Casandra. Llegado el caso de tener que preparar un juicio largo, lo valoraríamos, ¿entendido?

Ethan miró a su abuela, temeroso de que pudiera soltar algún comentario afilado, pero Victoria sostuvo la mirada de su nieto con un leve movimiento de sus párpados. El chico reconoció aquel gesto sutil. Era una señal silenciosa de entendimiento. Era la misma complicidad que habían desarrollado juntos en Blue Valley semanas antes, cuando aprendieron a entenderse sin necesidad de articular palabra.

—De momento, vamos a caminar. Necesitamos despejarnos antes de regresar a Vigo —dijo finalmente, dando por terminada la conversación.

Casandra y Tania fueron las primeras en levantarse saliendo del hotel con paso apurado. Ethan y su abuela los siguieron de cerca y cuando estuvieron fuera Victoria sujetó a su nieto del brazo y lo retuvo unos pasos atrás.

El chico la miró con seriedad, prestándole toda su atención.

—No podemos seguir esperando —susurró Victoria, clavándole los ojos—. Joaquín no se va a detener. Si no hacemos algo, terminará destruyendo pruebas, eliminando testigos... y puede que hasta tenga al juez de su lado. Por algún motivo, necesita que tu madre sea la culpable de asesinato.

Ethan tragó saliva.

—¿Qué quieres decirme, abuela?

Victoria no titubeó.

—Tenemos que deshacernos de él antes de que él lo haga con nosotros.

El joven sintió un vértigo repentino. Sabía que su abuela era capaz de tomar decisiones extremas, y aquello le resultaba familiar, solo que nunca se lo había planteado a él con semejante seguridad, como si fuera su confidente.

—¿Matarlo?

—Más bien asegurarnos de que ya no sea un problema —respondió Victoria sin pestañear—. Cuando lleguemos a Vigo, iremos a las inmediaciones de la comisaría. Necesitamos saber sus

movimientos. Saber cuándo está solo. No podemos permitirnos errores.

Por primera vez, Ethan comprendió la verdadera magnitud de la situación. Aquello iba más allá de una simple acusación o un juicio sin pruebas. Joaquín no solo los estaba acorralando, sino que estaba construyendo un caso en el que Casandra sería la culpable indiscutible, condenándola a años de prisión. Si querían salir de aquella pesadilla, tendrían que actuar. Y tendrían que hacer algo que hasta ahora no habría imaginado.

No había vuelta atrás.

—Está bien.

Su abuela le apretó el brazo con firmeza antes de soltarlo.

—No podemos fallar.

Victoria apresuró sus pasos hacia Casandra y Tania, como si nada hubiera ocurrido. Pero en el interior de Ethan, la confianza que su abuela depositaba en él hizo que algo cambiara para siempre.

Un depredador había despertado. Y la caza acababa de comenzar.

2

La noche caía lentamente sobre Vigo y la ciudad comenzaba a recogerse. Las personas volvían a sus casas y el sonido del tráfico se iba apagando. En las calles cercanas a la comisaría, la actividad se reducía a pasos apresurados y miradas cansadas, ajenas a la presencia de Ethan y Victoria, que pasaban desapercibidos como si fueran parte del paisaje urbano.

Ethan se situó en una esquina estratégica, con una vista clara de la puerta principal de la comisaría. Se apoyó contra una farola, fingiendo revisar el móvil. Llevaba puesta la capucha de la sudadera, lo justo para ocultar parte de su rostro sin parecer sospechoso.

Cien metros más abajo, Victoria vigilaba la entrada y salida de vehículos desde una posición más discreta. Estaba sentada en un banco, con una revista en su regazo. De vez en cuando, pasaba una

página con movimientos pausados, como si realmente leyera. Nadie prestaría atención a una mujer mayor que parecía estar matando el tiempo antes de regresar a casa. Pero sus ojos, ocultos tras la lectura, seguían cada vehículo que atravesaba la puerta trasera de la comisaría, analizando cada matrícula y cada rostro tras los parabrisas.

Ethan y Victoria se veían a lo lejos. A simple vista, eran dos desconocidos en mitad de la ciudad, separados por una calle en pendiente y un tráfico cada vez más escaso. Sin embargo, la complicidad existía con un lenguaje silencioso construido a base de miradas.

Ethan cruzó los brazos sobre el pecho y echó un vistazo rápido a su coche. Lo había estacionado con suerte en una zona azul de pago, a pocos metros de él. Después miró hacia su abuela. Ella agitó ligeramente la revista. Un mensaje sutil, solo para él. No había novedades. Todo estaba en calma.

El tiempo pasaba con lentitud y, aunque la temperatura por la tarde había sido muy agradable, el fresco nocturno se hacía cada vez más presente.

Un Peugeot negro asomó por la acera de acceso al sótano y se detuvo en la verja principal a la espera de que el automatismo la abriera. Victoria se levantó y caminó dándole la espalda hacia la oscuridad del portal de un edificio.

—Ethan, está saliendo, recógeme ya.

—Voy, abuela. ¿Seguro que es él? —dijo con la respiración agitada por la carrera que ya había iniciado hacia el coche.

—¡Date prisa!

Cuando Ethan frenó en seco, el semáforo se había puesto en verde y el inspector rodaba calle abajo, por el centro de la ciudad.

—¡Vamos! ¡Corre antes de que se ponga en rojo!

El chico aceleró haciendo chirriar las ruedas, lo que hizo que un coche que estaba a punto de salir del arcén para incorporarse a la calle de dirección única frenara, facilitándole el paso cuando el disco ya estaba en rojo.

—¡Es aquel coche negro! —gritó señalando con su tenaza mientras agarraba el cinturón de seguridad con la otra mano.

—¡Lo vamos a perder! No puedo saltarme todos los semáforos.

—¡Sáltatelos todos! ¡Vamos!

Ethan aceleró y esquivó varios coches cambiándose de carril hasta que se situó a una distancia prudencial como para no perder de vista a Joaquín.

El inspector continuó bajando por las calles de la ciudad y se dirigió a la zona portuaria. Un lugar donde Ethan tuvo que distanciarse más para no llamar la atención de los escasos operarios que transitaban por las instalaciones.

Joaquín se alejó aún más, avanzando hacia el extremo más separado del espigón, donde apenas quedaban coches estacionados y las sombras se alargaban devorando la luz.

—Aparca detrás de esa nave, no podemos acercarnos más.

Salieron del coche y observaron como el Peugeot llegaba al extremo final del muelle y apagaba el motor.

—Esto no tiene buena pinta —dijo Ethan.

El teléfono de Victoria vibró en el interior del bolso.

—Ahora no, hija —susurró cuando cogió la llamada.

—¿Dónde estáis?

—Siguiendo al inspector.

—¿Cómo? Me dijisteis que ibais a por... ¿Adónde me dijisteis que ibais?

—Nos fuimos mientras te duchabas.

Cassandra murmuraba al otro lado.

—Tania me dice que dijisteis que ibais a por comida japonesa.

—Pues ya ves que no. Te llamo en un rato.

3

Mientras Joaquín caminaba hacia el final del espigón, Victoria y Ethan aprovecharon para aproximarse entre la oscuridad que había por la distancia de la iluminación deficiente de aquella zona. Cuando Joaquín se dirigió a las escaleras de bajada al pantalán, ya caminaban próximos a él.

El inspector andaba con seguridad, a pesar del pequeño oleaje que movía con un vaivén la estructura flotante, y se detuvo en una de las primeras embarcaciones amarradas. El barco se balanceaba suavemente contra las defensas del pantalán con la pintura blanca de su casco resquebrajada. La pequeña cabina, con las ventanillas empañadas por la suciedad, parecía más un vestigio de tiempos mejores que un refugio real.

La dirección del viento hacía que la conversación pudiera llegar a los oídos de Victoria y Ethan.

—No te esperaba hoy —dijo una voz temblorosa.

—Creo que esta madrugada tampoco dormiré —respondió el inspector—. Ya hace un par de noches que no pego ojo.

—Deberías ir a un médico.

El inspector puso un pie en la cubierta y se impulsó.

—Te he traído un bocadillo, toma.

—No necesito de tu clemencia. Un bocadillo..., un bocadillo.

—Te traería un plato de sopa caliente, pero aquí es imposible.

Desde detrás de una montaña de redes donde se habían escondido, Ethan y Victoria no los podían ver, así que salieron hacia un lado y se acercaron a oscuras a la barandilla. Allí había un hombre hundido en una silla de playa, con la cabeza ladeada y los codos apoyados en las rodillas, como si el peso de su propio cuerpo le resultara insoportable. Su ropa y su cabello grisáceo y enmarañado le daban un aspecto tan ruinoso como aquel barco.

—¿Por qué no vienes conmigo a casa? No es vida que duermas aquí.

—Al menos yo duermo, y en paz. No tengo remordimientos de nada.

—¿Qué tal está Joel? —dijo poniéndose en cuclillas ante él, esperando una respuesta—. Mi sobrino. ¿Qué tal está?

El otro se encogió de hombros.

—¿Cuánto hace que no vas a verlo?

No hubo respuesta.

—No puedes seguir aquí malgastando tu vida. Vamos, puedes rehabilitarte, ya estuviste a punto de conseguirlo una vez. Yo te ayudaré, pagaré tu estancia en el mejor centro. Hazlo por tu hijo.

—¡Eh! Cuidado con lo que dices, listo. Soy tu hermano mayor. Mientras tú te cagabas en los pañales yo ya me besaba con chicas, ¿te enteras? No te necesito.

—No digas eso... Todos necesitamos ayuda en alguna ocasión.

—Sí, y yo te la presté, ¿recuerdas? Para salvar tu culo de inspector, cargué con las culpas en aquel alijo y estuve en la cárcel.

—Yo te saqué enseguida.

—Pero el culpable fui yo.

—También te llevaste tu pellizco.

—¡No me hables así! —dijo levantándose de repente. Por un momento se tambaleó pero consiguió mantener el equilibrio—. ¿Crees que todo lo haces bien, verdad? Papá y mamá siempre te apoyaron, pero claro, para mí no hubo respaldo. Yo era el desastre, el mal estudiante, el vago y el adicto. Tú eras perfecto.

—Te quisieron hasta el final.

—Sí, claro, como a ti... Lárgate de aquí.

—No estás bien... No me voy a ir.

—¡Que te largues! —gritó.

Joaquín se mantuvo en su posición, con la mirada a escasos centímetros de su hermano.

Hasta que lo empujó.

El inspector trastabilló hacia atrás y golpeó con el talón el borde de la cubierta.

Su estómago se encogió en un instante.

Su hermano, con los reflejos entorpecidos por el alcohol, tardó en reaccionar, pero cuando vio que Joaquín estaba a punto de caer, se lanzó hacia adelante y lo agarró del brazo con un manotazo torpe. Durante un instante, se sujetaron manteniendo un equilibrio frágil. Joaquín inclinado hacia atrás, con los brazos buscando algo a lo que aferrarse, y su hermano sujetándolo con todas sus fuerzas, con los pies resbalando sobre la cubierta.

—¡Joder, Joaquín, no!

El agua se veía negra, sucia y profunda. Y Joaquín no sabía nadar. Se aferró con desesperación a su hermano y su respiración se aceleró mientras los pies buscaban apoyo.

—¡Sujétame bien, coño! —espetó, con la voz crispada por el miedo.

El hermano gruñó, flexionando las rodillas, y con un último tirón logró devolverlo a la cubierta.

Se desplomaron, agitados. Nadie habló. Solo se oía el chapoteo del agua contra el casco del barco y el jadeo entrecortado de Joaquín.

Su hermano soltó una carcajada ronca, entrecortada.

—Casi te mato de un susto —balbuceó, limpiándose la frente con el dorso de la mano—. Menuda mierda de inspector estás hecho...

Joaquín, recuperando el aliento, lo miró de reojo y negó con la cabeza.

—Eres un imbécil —murmuró, sin rabia en la voz.

Su hermano sonrió de medio lado y asintió. Sabían que se querían, aunque casi nunca lo dijeran en voz alta.

—Tendremos que compensar esto... —continuó el borracho, apoyándose en el casco del barco para levantarse—. ¿Qué te parece si mañana vamos a pescar como en los viejos tiempos?

Joaquín lo miró en silencio por un instante. Aún podía sentir el vértigo en el cuerpo, pero su hermano había tendido un puente entre ellos que no estaba dispuesto a rechazar.

—Mañana por la noche —asintió, poniéndose en pie—. Pero como vuelvas a empujarme, te mato yo antes de que lo haga el mar. —Su hermano volvió a reír—. Me voy, a ver si consigo dormir. Cómete el bocadillo.

Ethan y Victoria, bien escondidos entre las redes, pasaron desapercibidos cuando el inspector salió del pantalán. Esperaron a que su coche se alejara y se asomaron de nuevo. El hombre sobre la cubierta devoraba el bocadillo haciendo cortes de manga hacia el coche de su hermano. Después gritó:

—¡Que te jodan inspector! ¡Me arruinaste la vida metiéndome en tus mierdas de drogas! ¡Vete al infierno!

Y siguió agitando su dedo, a punto de perder el equilibrio.

—Me da pena —susurró Ethan.

—Ese hombre nos allanará el camino.

—¿Cómo?

Victoria miró a su alrededor, como olfateando cualquier pista que pudiera llegar de cualquier parte.

—Vámonos, tu madre está preocupada.

4

Cassandra prestaba toda su atención al relato de Ethan, mientras Victoria rebuscaba en su mente algún plan. El silencio se apoderó de la habitación, mientras asimilaban la revelación de que el inspector endurecido por los años de una profesión implacable, un ejecutor de verdades incómodas y vidas truncadas, guardaba un resquicio de humanidad.

—¿Y qué vamos a hacer, mamá?

Victoria la miró:

—¿Tania está en su habitación?

—Sí, se fue unos minutos antes de que llegarais.

Ethan permanecía atento a los movimientos de su abuela, que paseaba lentamente por la habitación. Victoria levantó la vista hacia él.

—Mañana vendrás conmigo al banco.

—¿Al banco, para qué? —preguntó Cassandra.

—Necesitamos dinero en efectivo.

—¿Qué tramas, mamá?

—Ese hombre..., el hermano del inspector, vamos a hacerle una prueba de fidelidad.

—Tal vez deberíamos hablar con Tania, por si esto nos puede jugar en contra.

—No es asunto suyo, así que ni una palabra —dijo levantando un dedo, y después se dirigió a su nieto—. Mañana, conmigo al banco. Temprano. Ahora, cada uno a su habitación. Ya basta de relax este fin de semana. Mañana os quiero centrados y despejados.

Capítulo 25

1

Victoria agarraba el bolso con las dos manos y observaba las calles en toda su extensión, en busca de algo.

—Abuela, ¿veinte mil euros? ¿En serio? ¿Para qué?

—Ahora eres mi guardaespaldas. Vigila que no nos atraquen y no preguntes tanto.

Caminaron hacia abajo por la empinada calle hasta que Victoria encontró lo que buscaba.

—¿Al supermercado? No irás a gastarte toda la pasta ahí.

Poco después salieron del bajo comercial con dos bolsas de comida, una manta enrollada bajo el brazo de Victoria y un cuchillo de cocina envuelto en su embalaje de plástico.

La avenida hervía con el tráfico de la mañana.

Ethan caminaba a su lado, esquivando a los peatones con movimientos rápidos mientras sujetaba las bolsas. Victoria, con su paso seguro, apenas se inmutaba ante el caos de la calle.

A medida que avanzaban, la amplitud de las avenidas se fue estrechando hasta llegar a la zona más antigua de la ciudad con calles más angostas y empedradas. La humedad de la madrugada todavía se percibía en la calzada, donde el sol tardaría en calentar.

Fue en uno de esos callejones, cerca de la entrada de un local abandonado con persianas cerradas, donde se encontraron con un bulto inmóvil entre cartones. Un indigente dormía acurrucado contra la pared, envuelto en harapos y con los pies asomando descalzos bajo una manta raída.

Victoria se detuvo un instante, mirándolo en silencio.

—¡Espera! —ordenó a su nieto.

Ethan se fijó en los restos de pan duro y una botella de agua volcada a su lado.

Sin decir nada, su abuela apartó la manta y el cuchillo y dejó las bolsas al lado del mendigo. Después siguió su camino seguida de Ethan, al que le costaba entender la situación.

—Abuela, ¿qué pasa? —dijo poniéndose a su lado.

—¡Vamos! Estas calles no son lugar para detenerse a estas horas de la mañana.

Y como si conociera Vigo como la palma de su mano, salieron a las vías principales de la ciudad donde reinaba la normalidad de un día laborable.

—Cojamos el coche en el hotel y vayamos al puerto.

—¿Al puerto para qué?

—A hablar con el hermano del inspector.

Ethan apresuró el paso.

—Al menos cuéntame de qué va todo esto.

—De momento, solo lo justo.

—¿Y eso? ¿No confías en mí? ¿Acaso no lo hice bien en Blue Valley?

—Tengo miedo de que puedas actuar por tu cuenta de nuevo. Esta vez lo haremos a mi manera.

Y se detuvieron junto al semáforo que daba paso a los peatones que cruzaban cuatro carriles, frente a su hotel.

—¿Y por qué compramos esa comida? ¿Conoces al mendigo?

—La comida fue para no llamar la atención.

—¿Por la compra del cuchillo?

—¿Qué cuchillo?

—El que escondes entre la manta.

—Shhhh... —dijo mirando a su alrededor, vigilando a los peatones que se acercaban para cruzar.

Poco después, Ethan conducía por los túneles del puerto en dirección a la zona pesquera. Ese lunes por la mañana el movimiento era muy distinto al de la madrugada anterior. Los almacenes estaban a tope de trabajo, las chispas de las soldaduras saltaban entre los cascos de los barcos del astillero y los tráileres salían cargados

haciendo cola en el control de pesaje. Pero ellos accedían a la parte más apartada para pequeños marineros, lejos de aquel bullicio.

—Aparca ahí, iremos caminando.

—Estamos muy lejos todavía, puedo acercarme más.

Victoria abrió la puerta con el coche en movimiento.

—Veo que estás en modo ataque, abuela. ¿Quieres contarme de una vez qué es lo que tramas?

—Luego.

Caminaron por la zona de pesca. Algunos marineros los vieron sin prestarles atención entre redes y aparejos mientras faenaban en sus pequeñas embarcaciones.

—Bien, desde aquí vemos el barco del hermano del inspector. Vas a quedarte por aquí —dijo Victoria, asegurando el bolso en su hombro y poniendo la manta sobre el brazo, tapando su mano de dos dedos.

—¿Dónde tienes el cuchillo?

—En el bolso.

—¿Vas a utilizarlo?

—Solo si es necesario.

—No podrás con él, necesitarás mi ayuda.

—Por eso vas a quedarte cerca.

—No me dará tiempo, ese cuchillo...

—Sé manejar un cuchillo mejor de lo que piensas —dijo, dándose la vuelta—. En este país no se consigue una pistola fácilmente. Así que...

—Pero ¿qué vas a hacer abuela?

—Después te lo cuento, quédate ahí.

Victoria caminó hacia el pantalán y bajó después de forzar la portezuela de aluminio con facilidad. Dos marineros que faenaban con unas redes en una embarcación la miraron.

Al principio, tuvo una sensación de vértigo por el vaivén de las aguas que movían la madera sobre la que caminaba. Se tomó unos segundos y después caminó hacia la embarcación.

Allí parecía que no había nadie, pero Victoria recorrió la pasarela que transcurría por un lado del barco para inspeccionarlo mejor.

Después levantó ligeramente el pantalón y puso un pie en el borde, justo al lado del escalón de cubierta.

Ethan la observaba avanzando unos metros con las manos en los bolsillos, pegado a la barandilla que lo protegía de caer al mar.

—¿Sois familiares? —Una voz grave lo sorprendió a su espalda.

Un marinero con el rostro curtido por la salitre y los años lo miraba molesto por la claridad del sol, con un jersey oscuro de punto deshilachado que marcaba su barriga.

Ethan vio sus manos gruesas, encallecidas por la faena, pero percibió bondad en su presencia, así que solo asintió con un leve gesto, sin pronunciar palabra para no descubrir su acento americano.

—Pobres... Ese hombre está muerto en vida. Las drogas lo consumen y acabarán con él. No creo que tenga solución. Suerte, amigo.

El hombre se fue con la misma rapidez con la que había llegado y Ethan volvió a centrarse en su abuela, que ya estaba metiendo su cuerpo en la cabina.

Allí dentro el aire viciado la golpeó. Un hedor a rancio y tabaco, sudor y alcohol derramado impregnaba el reducido espacio. En una pequeña mesa, latas abandonadas junto a pequeños envoltorios de plástico y una tarjeta descolorida con rastros de polvo blanco.

Bajó unos pasos hacia un pequeño compartimento donde el hermano del inspector estaba tendido hecho un ovillo, entre botellas vacías y periódicos amarillentos que lo rodeaban.

Aquel lugar apestaba a abandono, a un hombre que ya no tenía nada que perder.

Desde el estrecho hueco bajo la cubierta de proa, el hombre abrió los ojos con dificultad. Parpadeaba con lentitud mientras su mente drogada intentaba descifrar si lo que veía era real o un sueño confuso. Sus pupilas temblaban al mirarla. Su respiración era

pesada, entrecortada y, por un momento, pareció a punto de volver a cerrar los ojos, convencido de que la imagen desaparecería con la próxima exhalación.

Pero aquella señora seguía allí, y eso lo desconcertaba aún más.

—¡Despierta de una vez! —gritó Victoria, cansada de aquella pocilga.

Después de varios intentos, consiguió erguirse y sacar medio cuerpo escalera arriba.

—Quién coño...

—Sí, sí, venga. No tengo todo el día. ¡Espabila!

Victoria salió a cubierta y agradeció el aire fresco aún cargado de salitre y gasoil. Esperó paciente a que el moribundo saliera, consciente de que Ethan no le quitaba ojo.

El hombre empujó con fuerza la puerta de la cabina. Guardaba cierta similitud con Joaquín Aguilar, sus ojos hundidos, la forma de su barbilla y la envergadura parecían sacados del mismo molde.

No dijo nada, solo observaba a la visitante, como esperando a que abriera la boca para tirarse encima y noquearla.

—Tengo algo para ti —dijo, desarmándolo.

Después, abrió el bolso. Allí estaban los veinte mil euros. El hombre se alejó mirando hacia todas partes.

—¿Quién me envía ese dinero?

—Quien menos piensas.

—¿Por qué? ¿Quién te envía?

Victoria se acercó y abrió la puerta de la cabina.

—Mejor dentro.

El hombre pasó por su lado con la mirada baja.

—Aquí tienes veinte mil. —La bolsa crujió—. Si cumples tu misión te daré un millón en una cuenta bancaria a tu nombre para que puedas disponer de él de manera legal.

—¿Qué misión, señora? —dijo con voz suave.

—Matar al inspector Joaquín Aguilar.

—¿Mi hermano? —preguntó alzando la voz.

—No te hagas el leal, ese hombre merece la muerte por varios motivos. Es el culpable de todo esto que ves a tu alrededor.

El hombre alzó la vista. Todo apestaba a derrota. ¿En qué momento se había convertido en eso?

—Un millón si lo matas esta noche —continuó Victoria—. Te estaré esperando cuando regreses a puerto. Si vuelves solo y me demuestras que lo has matado, te daré el dinero prometido para tengas la vida solucionada el resto de tus días.

Victoria observaba cómo recibía la propuesta. Su cabeza intentaba despertar al mundo real para calibrar semejante atrocidad, pero las drogas lo ataban a una realidad que no existía.

—Los veinte mil puedes quedártelos. Celebra con ellos lo que quieras. —El hombre estiró el brazo y acarició la bolsa—. Ahora, si no cumples con tu misión y no me los devuelves, reza para que no te encuentren mis hombres.

Victoria salió a cubierta aliviada por el olor y salió del barco, caminando decidida por el pantalán.

Poco después, se reunía con su nieto.

—Ni una palabra de esto a tu madre y a Tania. Vamos y comamos todos juntos.

Capítulo 26

1

La familia caminaba despacio hacia el ascensor por la moqueta recién aspirada de los pasillos del hotel. Habían dejado los teléfonos en sus habitaciones y prestaban atención a Tania.

—Sí, fue el propio inspector el que me lo dijo hace un par de horas. Mañana a las diez habrá una vista ante el juez. Será como un interrogatorio más —dijo, hablando hacia Ethan—. La familia ha puesto una demanda, pero no aportan pruebas al caso. Me temo que tratarán de presionar a Casandra, hay que estar preparados.

Ethan, con las manos en los bolsillos, miró de reojo a su abuela, que caminaba mirando hacia el suelo, siguiendo el ritmo pausado de los demás.

Casandra, en el centro de la comitiva, estaba impaciente.

—¿Qué opinas, mamá? ¿Crees que debería decir que recuerdo haber visto algo más?

—No, eso pondría todo patas arriba. Tal vez más adelante.

—¿Más adelante? Pero ¿cuánto va a durar esta pesadilla?

Tania no supo qué contestar. El caso se extendería durante meses, y todos sabían que no podían seguir con el plan actual mucho más tiempo. La abogada estaba con ellos, por un precio justo, como respaldo a Casandra, pero en algún momento el caso explotaría y habría que tomar decisiones.

—Es importante permanecer unidos —dijo Victoria acariciando el hombro de su hija, tratando de no parecer hipócrita—. Tal vez pronto demos con una prueba que esclarezca el caso.

—Nos hemos quedado sin el testimonio del vecino, mamá —se detuvo en medio del pasillo—. No sé cómo vamos a salir de esto.

A Casandra se le agotaba la esperanza. Su mente había reproducido el empujón final con el que Iván cayó del piso superior, rompiendo la balaustrada y matándose contra el suelo.

Aunque había algo más.

El cráneo hundido.

No recordaba haberle dado golpe alguno.

Pero ahora no tenían nada que pudiera esclarecer el caso. La palabra «culpable» se manifestaba en su mente, como un rótulo luminoso en medio de una noche oscura.

Bajaron al restaurante del hotel. La iluminación agradable y las mesas elegantemente dispuestas les proporcionaron un respiro a la realidad que los rodeaba. Victoria se tomó un instante para asegurarse de que no hubiera periodistas en las mesas cercanas. Solo un par de ejecutivos y una familia con niños comían en el fondo del salón. Era seguro.

Tomaron asiento en un rincón apartado. Un camarero se acercó de inmediato. Pidieron sin pensar demasiado: vino para Victoria y Casandra, agua para Ethan y Tania.

El silencio duró lo que tardó el vino en servirse. Fue Casandra quien rompió la calma, removiendo su copa con lentitud.

—Espero que la familia no sea tan imbécil como lo era Iván.

—¿Perdón? —respondió Victoria, inclinándose hacia delante.

—Que era un payaso..., un imbécil.

—Míranos, Casandra. Sentados aquí, planeando cómo evitar que termines en prisión. Todo porque decidiste involucrarte con otro imbécil. ¿Vas a presumir ahora de que lo sabías y no hiciste nada por evitarlo?

Casandra soltó una risa breve, casi cínica.

—Lo dices como si hubiera tenido opción —respondió, inclinándose hacia su madre—. Como si no hubiera sido Iván quien me buscó, quien me convenció, quien preparó cada pieza de este maldito juego.

Ethan la miró de reojo, notando un tono diferente en su voz. Había algo en su actitud, en su lenguaje corporal. No era la Casandra miedosa en esas situaciones y Victoria recordó la advertencia de su hija en Sanxenxo.

«No voy a consentir que me trates otra vez como si fuera una mierda de persona ».

—Pareces bastante cómoda con esto, hija.

—Quizá vaya siendo hora de cambiar.

—Pues no sé si ese cambio te servirá de algo cuando mañana estés frente al juez.

Casandra bajó la vista y dio un sorbo a su copa de vino.

2

Por la tarde, Tania y Casandra prepararon la vista del día siguiente. La joven se esforzaba por ensayar diferentes escenarios con preguntas agresivas para las que su cliente debía estar preparada.

—Imagina que el fiscal te pregunta directamente: señorita Hudson, la noche del crimen usted y el señor Monteagudo discutieron acaloradamente. Testigos aseguran haber oído gritos. ¿Es cierto que llegó a amenazarlo?

Casandra sonrió y se cruzó de brazos.

—Amenazar es una palabra muy fuerte. Digamos que tuve la paciencia de decirle en su cara lo que todos pensaban de él y nadie se atrevía a decirle.

Tania exhaló despacio.

—No puedes responder así. Tienes que mostrar control, no superioridad.

—Tania, seamos realistas. Iván era un cabrón con dinero. Y si el fiscal pretende convertirlo en un mártir, deberíamos desmontar esa mentira.

Tania dejó caer el bolígrafo sobre el bloc de notas.

—Casandra, estás acusada de asesinato. No puedes permitirte ironías. Tienes que parecer una víctima de la situación, no alguien que lo celebra.

—Claro, claro. Algo más de drama entonces. Algo así como: pobrecita de mí, ese hombre pretendía hacerme la vida imposible,

pero nunca quise que muriera.

Tania se levantó y entreabrió la ventana.

—¿Te das cuenta de que si dices algo así en la sala el juez te va a mirar como si tuvieras un cuchillo escondido bajo la blusa?

—Vale, me ceñiré a tu guion. Seré la viuda doliente que nunca fue viuda.

Victoria y Ethan observaban sin interrumpir el trabajo de la abogada. Tania había intercambiado alguna mirada fugaz con el chico, pero él, absorto en una dimensión distinta, parecía más interesado en descifrar los pensamientos de su abuela que en la conversación que los rodeaba. Para Casandra, en cambio, la mera presencia de su familia era un ancla que le infundía seguridad en cada una de sus respuestas.

Al atardecer, Victoria, cansada de escucharlas, se llevó a su nieto.

—Volveremos un poco tarde.

—¿Pero es necesario que vigiléis de nuevo al inspector? —preguntó Tania.

—Por intentarlo no va a quedar, nunca se sabe dónde puede estar una buena pista —dijo Ethan, sonriéndole y encontrando complicidad con la abogada.

—Tened mucho cuidado —suplicó Casandra besando a su hijo cuando su madre ya salía por la puerta.

El chico la siguió apresurado.

—Espero que no te estés enamorando. Estoy cansada de escucharla toda la tarde, no tengo ganas de tenerla en la familia.

—Al menos le pone ganas, abuela. Aunque yo sé que tú tienes otro plan.

—Por supuesto.

—¿Y por qué mantenemos a Tania todo el día con nosotros?

—Porque su compañía mantiene en equilibrio a tu madre —dijo, pulsando el botón del ascensor.

—Sí, desde que estuvimos en Sanxenxo... es como si la culpa ya no fuera con ella.

—El dinero la ha cambiado, hijo. Debes tener cuidado de que no te ocurra lo mismo.

Ethan se quedó observando el número del ascensor en el panel luminoso, ascendiendo con lentitud.

Lo había sentido también. Esa seguridad arrogante en la voz de su madre en la comida, ese destello en la mirada que antes solo había visto en su abuela.

—¿Crees que se le pasará?

—El dinero no solo cambia a las personas. Las desnuda. Lo que ves en tu madre ahora, Ethan, siempre ha estado ahí. Solo necesitaba un empujón para salir a la superficie.

El ascensor llegó y las puertas se abrieron con un suave tintineo. Victoria entró primero, seguida de su nieto que apoyó la espalda contra la pared metálica.

—¿Y si le da por ir más allá? ¿Y si se cree intocable?

—Ocurrirá algo que la ponga de nuevo en su sitio.

Victoria pulsó el botón para descender al sótano y Ethan bajó la mirada.

—¿Qué hacemos entonces?

Su abuela le sonrió con esa calma inquietante que tenía cuando ya había calculado todos los escenarios.

—Tenemos que sacarla de este embrollo como sea, así que déjala mientras no nos moleste.

El ascensor se frenó en un piso intermedio para recoger a alguien que lo había solicitado. Antes de que se detuviera, Ethan le dijo:

—¿Llevas el cuchillo?

Victoria asintió, las puertas se abrieron y un matrimonio y dos niños pequeños se subieron al ascensor.

Capítulo 27

1

La mayoría de los barcos estaban amarrados y ya no quedaba nadie faenando. Había anochecido y, aunque pasaban desapercibidos entre las sombras de las farolas, se aseguraron de que nadie los observara hasta que llegaron al pantalán.

Y allí estaba su hombre, tambaleándose sobre la cubierta con una vieja radio en la cabina que sonaba con una melodía distorsionada. Bailaba de manera torpe y desacompasada, como si su cuerpo estuviera demasiado ebrio para seguir el ritmo, pero demasiado obstinado para quedarse quieto. Sostenía una botella de whisky que oscilaba derramando hilos de licor sobre la cubierta con cada giro errático.

—Quédate aquí, enseguida vuelvo.

—¡No! ¿Vas a matarlo? Voy contigo.

—No voy a matarlo —dijo su abuela, extrañada—. Relájate, hijo. Nos queda mucha noche por delante.

Victoria bajó al pantalán flotante, donde la música se oía con más nitidez. Cuando el hermano del inspector la vio llegar, levantó la botella en señal de brindis.

—¿Usted también viene a celebrarlo? —balbuceó con una sonrisa ladeada y los ojos vidriosos.

Victoria subió al barco con calma, evaluando el desastre que tenía ante sí. Unas botellas vacías rodaban por la cubierta y, sobre la mesa del interior de la cabina que seguía apestando a alcohol y sudor, un puñado de billetes desordenados. Entre ellos, dosis de polvo blanco sin abrir en sus envoltorios de plástico dejaban claro en qué se había gastado parte del dinero.

—No era esto lo que tenías que hacer con el adelanto. Si no puedes controlarte, no vales. Debería ofrecer el millón de euros a otra persona.

El hombre soltó una risa ronca y se dejó caer sobre el banco de madera junto a la cabina.

—Usted me dijo que me lo gastara en lo que quisiera.

—También te dije que, si no cumplías con tu misión, tendrías que devolverme los veinte mil.

—No se preocupe por mí, señora. Haré mi parte... Por un millón de euros, lo que sea.

Victoria se inclinó ligeramente, aunque su plan transcurría exactamente como lo había previsto, lo miró con severidad.

—Quiero que te quede claro cómo va a ser esto. No puedes aparecer como un despojo, o Joaquín sospechará. Vas a apagar esa radio ahora mismo, a ordenar esta pocilga y a recomponerte. Esta noche, cuando salgáis al mar, debe parecer un accidente. Nada de errores.

El hombre gruñó, pero entró y apagó la radio con un golpe torpe. De repente, el silencio se sintió denso. Victoria sostuvo su mirada unos segundos más, asegurándose de que el mensaje calaba en su mente embotada.

—Esconde ese dinero si no quieres darle explicaciones a tu hermano. Y recuérdalo bien. Es tu única oportunidad o mis hombres vendrán a por ti.

La cabeza del hombre oscilaba al compás de su propio delirio, con los ojos vidriosos y una sonrisa torcida en los labios que no era capaz de borrar.

2

La noche en el puerto era apacible. La brisa marina se deslizaba entre los amarres y el murmullo del agua acariciaba los cascos de los barcos. El cielo estrellado danzaba con la tranquilidad del oscuro mar, que desprendía reflejos plateados sobre su superficie. Victoria y

Ethan, ocultos entre montones de redes secas y apiladas al azar, observaban en silencio cómo el hermano de Joaquín caminaba por la pequeña cubierta de su barco, tambaleándose ligeramente, sumido en pensamientos que solo él conocía.

—Abuela, tenías que haberme consultado este plan.

Victoria observaba moviendo los ojos con curiosidad, prestando atención a su nieto, pero sin mirarlo.

—No va a matar a su hermano. ¿Quién haría eso?

—Una persona que tiene el cerebro dañado.

—¿Hasta ese punto?

—Te asombraría lo que el ego de una persona es capaz de susurrar cuando tienes la dopamina alterada.

Se quedaron en silencio cuando el Peugeot negro se acercó despacio por el espigón.

—¿Crees que lo matará?

—No lo sé, Ethan. Pero es una opción muy buena que tenemos para deshacernos de nuestro enemigo.

—Nuestro enemigo...

Victoria se giró hacia su nieto.

—Se han cargado al vecino, Ethan. Y lo hicieron la noche siguiente de enterarse que lo teníamos como testigo. Son gente peligrosa.

—Y fueron a por nosotros en aquella persecución por el monte.

—Está claro —dijo Victoria, prestando atención al vehículo— que desde el primer momento a Joaquín le ha interesado inculpar a tu madre. Lo vi claro en su despacho, quiere el foco de la investigación sobre ella, por el motivo que sea...

—Entonces, si él muere...

—El foco se dispersará.

Joaquín salió dando un portazo. Llevaba con él una bolsa pesada con comida y su hermano lo recibió haciendo aspavientos con una alegría exagerada que al inspector le sirvió para relajarse.

—¿Por qué no lo matamos nosotros mismos?

—¿Seríamos capaces de hacerlo sin dejar rastro?

—No sé...

—Es un inspector de la policía nacional, aquí no podemos comprar armas de fuego. Si lo puede hacer su hermano con antecedentes y drogadicto, mucho mejor.

—¿Y si no lo hace?

—Tendremos que pensar cómo hacerlo con este cuchillo —dijo, abriendo parcialmente la cremallera de su bolso.

Capítulo 28

El motor rugió con un bramido ahogado y la embarcación se deslizó lentamente lejos del pantalán rompiendo la quietud de la ría. Las luces de la villa de Cangas, al otro lado, dibujaban un reflejo tembloroso en el agua oscura, desvaneciéndose a medida que la embarcación avanzaba mar adentro.

Desde el puerto, Ethan y su abuela salieron de su escondite y observaron en silencio al barco alejándose en la distancia. Victoria entrecerró los ojos, calculadora, siguiendo la silueta mientras se fundía con la negrura de la ría.

—Ahí van —murmuró.

A bordo, Joaquín permanecía en la pequeña cubierta, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el horizonte. Su hermano gobernaba desde la cabina con un cigarro permanente en sus labios.

El inspector hizo un gesto de repugnancia al oler el interior de la cabina.

—¿Cuándo vas a hacer limpieza en esta pocilga?

—De hoy no pasa, hermanito. Coloca las sillas en cubierta, enseguida saco las cañas.

El barco continuó deslizándose por las aguas en dirección a cualquier parte no muy lejos de la costa. Pescar era lo de menos en las pocas noches en que lo habían hecho. Se trataba más bien de pasar un par de horas juntos, hablar de cualquier tema y, a ser posible, regresar sin haber discutido.

Poco después, Joaquín se asomó de nuevo a aquel cuchitril.

—¿Por qué te alejas tanto de la costa?

—Un marinero me ha contado que hay buena pesca de lubinas estos días, ¿no te apetece uno de esos manjares?

—Me conformo con el clásico sargo, además, no tengo tiempo para cocinar.

Su hermano dio una calada al cigarro.

—Pues a mí me apetece una lubina, ¿vale?

—Como quieras, pero he traído comida...

—¡Y dale con tu comida! ¡Siempre traes comida! ¡Métetela por donde te quepa!

Joaquín retrocedió y volvió a la cubierta conteniendo su frustración. Estaba agotado del comportamiento errático de su hermano, de sus cambios repentinos de humor, de su mirada perdida y su habla entrecortada por el exceso de sustancias.

Hacía meses que lo veía consumirse, cada vez más atrapado en un abismo del que ya no podía salir. La adicción había erosionado lo poco que quedaba de él, convirtiendo cualquier intento de conversación en un ejercicio inútil de paciencia. Relacionarse con él ya no era solo difícil, sino completamente insoportable.

Alzó la vista hacia el cielo estrellado y la brisa nocturna le despejó la mente. Era hora de soltar lastre. No podía seguir cargando con su hermano y con su desastre autodestructivo, con la sombra de lo que fue alguna vez. Le deseaba lo mejor, sí, pero desde la distancia. Si algún día encontraba algo a lo que aferrarse, algo que lo sacara del pozo, lo recibiría con los brazos abiertos. Pero ahora lo único que necesitaba era alivio. Y el único alivio posible era desentenderse de él.

El motor disminuyó las revoluciones hasta apagarse con un susurro grave. El silencio absoluto en medio de la ría, con los luceros de la ciudad al fondo, alivió su mente.

Hasta que su hermano golpeó la puerta de la cabina.

—¡Mira lo que hago con tu comida! —gritó, levantando la bolsa—. ¿Quieres verlo, hermanito? ¿Eh?

Joaquín sintió la punzada del cansancio. Ese maldito ciclo sin fin. Drogas, alcohol, reproches. Siempre lo mismo.

—Me tienes hartos... —susurró, dando un paso atrás hacia la popa, manteniendo la distancia entre ellos.

Su hermano dejó caer la bolsa en la cubierta y la aplastó con un puntapié violento. Los envases de aluminio reventaron, desparramando restos de comida como si fueran vísceras calientes sobre la sucia madera.

—¿Qué haces? ¡Es comida de uno de los mejores restaurantes de Vigo!

—Por supuesto, de un restaurante caro. Porque mi hermanito pequeño puede permitírselo, ¿verdad? ¡Porque él es inspector! —La palabra sonó como un insulto—. El gran Joaquín Aguilar. El policía de éxito, con su sueldazo y sus chanchullos de mierda con la mafia, porque ni siquiera eso te basta, ¿verdad?

—¡Cállate ya! ¡Estoy harto de ti!

—¡Yo sí que estoy harto! —rugió su hermano, abalanzándose sobre él con los ojos encendidos de furia.

Joaquín apenas tuvo tiempo de reaccionar. Sintió el impacto de su cuerpo brutalmente contra el suyo, un empujón que lo hizo trastabillar. Golpeó la barandilla contra las piernas y perdió el equilibrio cayéndose hacia atrás.

Pero se agarró al pasamanos con ambas manos, con el corazón martilleándole el pecho.

—¡Para, joder! —gritó, con el miedo trepando por su garganta—. ¡No sabes lo que estás haciendo!

Pero su hermano ya no escuchaba. Su respiración era errática, sus pupilas dilatadas por el alcohol y la droga. Se inclinó sobre él, apretándole los dedos hasta hacerle perder el agarre de la barandilla.

—Claro que sé lo que hago. Te voy a quitar del medio para empezar una nueva vida. —Joaquín no comprendía—. Me espera un millón de euros, hermanito.

Un último empujón.

Joaquín perdió el equilibrio y el vértigo lo engulló antes de que el mar lo hiciera.

El golpe contra el agua fue un mazazo helado en el pecho. El frío del Atlántico le robó el aliento al instante. Su cuerpo, incapaz de reaccionar, comenzó a hundirse antes de que su instinto de supervivencia se activara. Pataleó desesperado, sacando la cabeza

unos segundos para tomar una bocanada de aire, antes de volver a hundirse, tragando agua salada.

—¡Ayuda! —suplicó con su voz ahogada por el suave oleaje—. ¡Joder, ayúdame! ¡No sé nadar!

Su hermano se quedó en la borda, observándolo con una mezcla de satisfacción y algo más. Algo que Joaquín no alcanzaba a comprender entre el pánico y la desesperación.

El agua lo tragaba. Su cuerpo pesaba, sus ropas se convertían en un ancla que tiraba de él hacia la oscuridad del fondo. Su corazón latía como un tambor de guerra dentro de su pecho.

Desde arriba, su hermano encendió un cigarro con manos temblorosas. Su expresión ya no era de ira, sino de calma.

—No te preocupes, hermanito. Ahora sí que estás libre de tus problemas. Y de los míos.

Joaquín pataleó con todas sus fuerzas, sus manos arañando la superficie, luchando por una bocanada más de oxígeno.

Pero el mar era implacable.

Su última visión fue la brasa incandescente del cigarro reflejándose en el agua oscura.

Entonces, se hundió para siempre.

Capítulo 29

La espera se hacía insoportable. Victoria y Ethan permanecían ocultos en la oscuridad entre redes de pesca y contenedores de madera con la vista fija en el horizonte oscuro. Habían pasado un par de horas desde que vieron partir la embarcación del hermano de Joaquín, y el mar seguía igual de vacío.

Ethan sacó el móvil por enésima vez. El muelle estaba desierto, solo la luz lechosa de las farolas reflejándose en el agua negra. Victoria, junto a él, revisaba la hora en su reloj de pulsera. Su plan dependía de un hombre volátil, inestable y alcohólico.

—Ya debería haber vuelto —murmuró Ethan, sin apartar la vista del mar.

—Tal vez aún no.

La brisa les daba en la cara, impregnándolos con el olor a salitre y el tufo agrio de los restos de pescado.

El móvil de Ethan vibró. Era su madre.

—¿Qué hacéis?

—Investigando un poco.

Al otro lado de la línea, Casandra dejó escapar un leve suspiro.

—¿Algo que nos pueda ayudar?

—Tal vez.

Ethan miró a su abuela, que seguía observando el agua.

—Tania y yo ya hemos cenado y ella se ha ido a su habitación. Mañana repasaremos temprano. ¿Queréis que os pida algo de cenar para cuando volváis?

Victoria tomó el móvil de las manos de su nieto y habló con calma.

—No nos pidas nada, hija. Descansa y no nos esperes despierta. Te informaremos cuando lleguemos.

El silencio al otro lado fue suficiente para confirmar que Casandra estaba conforme y Victoria cortó sin más explicaciones. Era lo único que podían hacer.

Ethan se sentó sobre una pila de cajas.

—Empiezo a pensar que nos hemos equivocado. ¿Y si dieron el chivatazo y vienen a por nosotros?

—¿No crees que eso ya habría pasado desde hace tiempo?

Ethan la miró y no respondió.

—¿Y si lo ha hecho pero ha decidido quedarse en el mar? —sugirió él—. Tal vez necesitaba tiempo para pensar.

—O para drogarse.

La idea no era descabellada. El hermano de Joaquín no era precisamente un hombre con una mente sólida.

—¿Nos iremos si no vuelve?

Victoria no apartó la vista del mar.

—Volverá a por su millón de euros. Si no lo hace, buscaremos otro modo de limpiar esto.

Ethan no replicó. El problema era que había muchas maneras de que algo pudiera haber salido mal.

Pasó otra hora. Luego otra más. El cansancio empezaba a hundirse en sus músculos.

Ethan se frotó el rostro con ambas manos, resoplando.

—Esto es un desastre.

Victoria, en cambio, no se movió. Seguía con los ojos entrecerrados, como si pudiera ver a través de la oscuridad.

Y entonces, el sonido de un motor lejano rompió el silencio.

Ethan se puso en pie de inmediato. Un punto de luz oscilante apareció en el horizonte. Se acercaba lentamente, el sonido del motor a intervalos, como si el piloto dudara en volver.

Después de cuatro horas, el barco regresaba. Pero aún no sabían qué traía consigo.

Capítulo 30

1

El barco apareció entre las sombras de la madrugada, deslizándose lentamente sobre la ría. Habían pasado cuatro horas desde que Joaquín desapareciera bajo el agua y su hermano, en lugar de regresar de inmediato, se había quedado mar adentro, perdido en su propia niebla de drogas y alcohol.

Tal vez para asimilar lo que había hecho.

Tal vez para olvidarlo antes de tiempo.

Ahora la embarcación volvía al puerto con el motor ahogado en un ronroneo irregular.

A Victoria y Ethan el fresco del puerto se les había metido en los huesos, y el silencio de la madrugada les había hecho suponer que el barco jamás regresaría. Pero ahora, con la silueta de la embarcación recortándose contra la escasa luz del puerto, la fatiga quedó en segundo plano. No había un alma en el muelle. Todo estaba a su favor.

Era el momento de actuar.

—Ven conmigo, hijo.

—¿Adónde, abuela?

—A matar a ese hombre.

La certeza con la que Victoria había dado la orden hizo que el cuerpo del chico temblara. La miró buscando alguna explicación, pero no la encontró.

Victoria, acostumbrada al balanceo del pantalán, se acercó con seguridad hacia la embarcación que acababa de atracar, mientras que los pasos de su nieto eran vacilantes.

—¿Cómo sé que lo has matado? ¿Lo has grabado?

El hombre levantó la vista bruscamente, como si el sonido de la voz de Victoria hubiera atravesado el torbellino que tenía en su mente. Se pasó la mano por la nariz con un gesto inquieto, sorbiendo con fuerza, mientras terminaba de atar el cabo con movimientos bruscos y torpes.

—¿Grabarlo? ¿Te crees que soy un jodido cineasta?

Victoria no parpadeó.

—Quiero pruebas.

El hombre sorbió otra vez.

—No hay cuerpo. Se hundió como un maldito saco de piedras.

Victoria lo evaluó con frialdad.

—¿Cómo sé que no está escondido en esa pocilga donde duermes?

El hombre movió la cabeza de un lado a otro con un tic involuntario y, con la mirada triste, observó a Ethan.

—Que vaya tu guardaespaldas a comprobarlo. Después quiero mi dinero.

—Mejor entremos todos en esa cabina y, si no está, te explico cómo obtendrás lo prometido —dijo, abriendo la cremallera de su bolso.

Ethan percibió un escalofrío ardiente que le subía por la piernas y sus ojos se abrieron, expectante.

El hombre avanzó cabizbajo hacia la cabina y ambos lo siguieron.

—Comprobad lo que os dé la gana.

—No, bajarás tú y nosotros te seguiremos —dijo Victoria, pidiendo con un gesto el móvil del chico, que encendió rápidamente la aplicación de la linterna.

El hombre rugió y se introdujo en el agujero, bajando hacia su mugriento colchón con pasos torpes y una confianza inflada por la droga. La luz del móvil proyectó sombras en las paredes de madera envejecida. Victoria lo siguió con calma, descendiendo un escalón a la vez, sin apartar la vista de su presa. Ethan se quedó arriba, sosteniendo la luz, con el pulso acelerado y los ojos fijos en el espectáculo que estaba por venir.

El hombre se inclinó sobre un arcón desordenado, removiendo las botellas vacías y la ropa hecha un amasijo.

Fue su error fatal.

Victoria deslizó la mano dentro del bolso con la misma naturalidad con la que sacaría un pañuelo.

Y no dudó.

En un movimiento preciso, alzó el cuchillo y lo hundió con fuerza en el costado del hombre.

El impacto fue seco, acompañado por un jadeo ahogado. Quedó paralizado, como si su cerebro tardara en registrar lo que acababa de ocurrir. Después soltó un gruñido y trató de girarse, pero Victoria no se lo permitió. Torció el cuchillo dentro de su cuerpo, desgarrando carne y cortando cualquier intento de resistencia.

Ethan observaba desde arriba, sin pestañear. Algo dentro de él se encendió en aquel instante, algo que no había sentido antes. No era miedo. Era fascinación. El filo de la hoja entrando en la carne y la expresión de incredulidad en el rostro del hombre le provocaron un sentimiento que no fue de terror, sino de puro instinto.

Un placer oscuro, como un fuego lento extendiéndose por su pecho.

El hombre intentó levantar un brazo, quizá para defenderse, quizá para suplicar, pero Victoria giró el cuchillo una última vez y lo retiró con un tirón certero. Un borbotón de sangre caliente manchó la blusa, pero ni siquiera parpadeó.

El cuerpo cayó hacia un lado, golpeando la madera con un sonido sordo. Victoria respiró hondo y miró a Ethan por primera vez desde que había empezado. Sus ojos se encontraron en la penumbra.

Ethan tragó saliva. No tenía miedo. Quería más.

Ethan conducía por las calles de Vigo y las luces de la ciudad pasaban desapercibidas a su visión. Su mente estaba atrapada en el instante en que la hoja del cuchillo se hundió en la carne. Aquel

sonido húmedo aún vibraba en su cabeza. Algo había despertado en su interior.

Un sentimiento primitivo.

El poder.

Victoria le hizo presenciar la muerte de cerca, no como un accidente, sino como una decisión.

—¿Cómo estás, hijo?

—Bien, abuela...

Lo había hecho con la precisión de alguien que no temía las consecuencias. Y él... él no había sentido repulsión.

—¿Qué pasa si el inspector sigue vivo?

Su abuela no respondió, ni siquiera lo miró.

—Me refiero a que no sabemos qué pasó en medio del mar. Tal vez su hermano se lo haya contado y decidieron hacer un trasbordo a otro barco.

—Si fuera así, Joaquín estaría poniendo en juego la vida de su hermano, porque, en cuanto eso se supiera, mis supuestos hombres irían a por él.

—Tal vez pensaron en ponerle escolta.

—¿Tú has visto a algún policía en el puerto a su regreso?

Ethan se quedó callado y sujetó con fuerza el volante.

—¿Cómo sabías que iba a salir bien?

—No cantemos victoria.

—Ya, pero... ¿cómo lo sabías?

—No lo sabía, hijo. Pero cuando tratas con personas que tienen la mente trastocada, las posibilidades aumentan.

—Pero... ¿y si no hubiera salido bien?

Ahora fue Victoria la que guardó silencio.

Ethan giró en una calle secundaria, rumbo al hotel, y observó su propio reflejo en el espejo retrovisor. ¿Cómo podía algo tan brutal generar esa especie de fascinación?

—Buscaremos un aparcamiento fuera del hotel y cogeremos el ascensor en el garaje. De ahí a las habitaciones sin pasar por recepción.

—¿Para que no nos vea nadie?

—Exacto.

—Informaremos a mamá por Ghostline de que ya estamos de vuelta.

—Sí, e insístele de nuevo en que ni una palabra a Tania de lo que ha pasado esta noche, ¿de acuerdo?

—Vale.

—¿Me has oído tú también? Ni una palabra.

—Sí, abuela.

Capítulo 31

1

Al día siguiente, el desayuno transcurrió con aparente tranquilidad. Tania removía el café sin saber que la tensión en la mesa no tenía nada que ver con la vista judicial que Casandra tenía para ese día, sino con los cadáveres de los cuales uno se balanceaba en las profundidades de la ría.

Victoria y Ethan apenas hablaban, mientras Casandra mantenía el tipo, disimulando su inquietud con bocados lentos y mecánicos. Los dos asesinatos seguían frescos en sus mentes, pero ahora les preocupaba lo que vendría después. ¿Y si Joaquín no estaba realmente muerto? ¿Y si habían dejado alguna huella o pista que los pudiera inculpar? ¿Habrían sobrepasado un límite cuyo riesgo excedía a la salvación de Casandra?

El teléfono de Tania sonó y cuando descolgó la cara de asombro al escuchar a su interlocutor supuso una esperanza para los demás.

—El juez ha suspendido la citación de hoy.

—¿Y eso? —dijo Casandra.

—Joaquín Aguilar ha desaparecido.

Victoria miró a su hija y tomó la palabra antes de que siguiera hablando.

—En algún sitio estará —dijo, con un tono que le quitaba importancia a la noticia, como experta manipuladora que era.

—Eso dicen. No saben nada de él desde ayer y no está en su piso, pero su coche ha aparecido en el puerto.

Tania deslizaba la mirada entre ellos, tratando de calibrar su atención. A falta de confirmación oficial, el inspector estaba en paradero desconocido.

—¿Sabéis algo más?

Victoria dejó el cubierto sobre el plato con un movimiento calculado.

—Han inspeccionado todos los barcos y han encontrado el cadáver de un hombre en uno de ellos. Al parecer un drogadicto vivía allí día y noche.

—Bueno, eso a nosotros poco nos importa, pero nos viene bien que se suspenda —continuó Victoria.

Tania dejó el tema ante la poca trascendencia que la familia le dedicó al suceso. Al salir del comedor y cruzar el vestíbulo del hotel, un recepcionista se dirigió a Casandra.

—Señorita Hudson, esta mañana un repartidor dejó esto para usted.

Le tendió un sobre acolchado. Casandra miró el remitente. Nada. Ni un sello, ni un apelativo, ni una dirección. Solo su nombre escrito en rotulador negro. Se miraron entre ellos y subieron a la habitación.

—No me gusta esto —susurró Ethan a su abuela mientras caminaban por los pasillos.

Victoria cerró la puerta tras de sí, tomó el sobre y lo rasgó sin ceremonias. Dentro, un pendrive plateado.

Ethan encendió el portátil y conectó el dispositivo.

En la pantalla apareció un vídeo de mala calidad grabado desde una posición oculta. Joaquín Aguilar sentado en una mesa, rodeado de dos hombres trajeados.

—Los reconozco —dijo Casandra, casi gritando—. Eran socios de Iván en la conservera.

La imagen parpadeó y las voces se hicieron audibles:

—El caso está resuelto antes de que empiece. Tenemos la escena, tenemos una sospechosa. Si la dejamos caer, el juez hará su parte...

Tania se inclinó hacia la pantalla, con el rostro pálido.

—¿Qué diablos es esto? —susurró.

El vídeo continuó. Joaquín, relajado, hablando con la seguridad de quien cree tener el control absoluto. Explicando cómo manipular pruebas, cómo presentar el caso para que Casandra quedara como

la única culpable. Era una bomba. Suficiente para desmontar toda la farsa y liberar a Casandra de toda culpa.

Pero entonces la imagen cambió. Otro fragmento del vídeo apareció, grabado desde otro ángulo, en plena oscuridad. Dos siluetas acercándose a una embarcación que atracaba en el puerto.

Victoria y Ethan.

Tania se llevó una mano a la boca, aturdida. Y entendió demasiado rápido lo que aquello significaba. Su respiración se aceleró.

—No... No puede ser...

Casandra cerró los ojos. La situación acababa de volverse aún más peligrosa.

Victoria, impasible, apagó el vídeo con un clic y miró a Tania con frialdad.

—Ahora tienes dos opciones, querida. O terminas lo que empezaste o, si sales por esa puerta, no tendrás tiempo para contar lo que acabas de descubrir.

2

Las imágenes que acababa de ver socavaron la moral de Tania. La habitación se volvió más pequeña y el aire más denso. Todo había cambiado en cuestión de segundos. La Victoria calculadora y manipuladora, la Casandra que ahora hablaba con la frialdad de su madre, y Ethan... El chico que hasta hacía unas horas le parecía más que un amigo sincero, alguien en quien quizá podría confiar, pero que ahora se apartaba en un mutismo inquietante. Como si no quedara rastro del chico con el que había compartido sonrisas y miradas.

Ahora sabía demasiado. Si se alejaba, sería sospechosa. Todo se estaba desmoronando y ella estaba justo en medio. Encerrada en una habitación con una familia capaz de cualquier cosa.

—No puedes dudar ahora —intervino Casandra, dando un paso hacia ella—. Estamos juntos en esto. Confiamos en ti desde el

principio. Ahora tienes que confiar en nosotros.

Tania estaba arrinconada. Casandra, su casi amiga a la que prestó apoyo como si fuera psicóloga en lugar de abogada, la miraba con la misma determinación de Victoria. Como si realmente creyera en lo que decía. Como si aquella unión no fuera una jaula, sino un refugio.

—La familia es lo único que importa —añadió Victoria, cruzando los brazos—. Y cuando tienes que protegerla, haces lo que sea. Es lo que hacemos. Es lo que harás tú también.

Tania sintió vértigo. Victoria no estaba pidiendo, estaba dictando sentencia.

El silencio se extendió como una losa hasta que Ethan se acercó y, sin mirarla directamente, dijo:

—Necesito hablar con Tania. A solas.

Casandra y Victoria intercambiaron una mirada, pero no discutieron. Su abuela confiaba en Ethan y salieron de la habitación.

Cuando se quedaron solos, el chico cerró la puerta con calma y la miró.

—No quiero que te metas más en esto —dijo en voz baja, acercándose a ella—. Te prometo que saldrás indemne, pero tienes que confiar en mí.

—¿Confiar? —Tania soltó una risa amarga—. En menos de un minuto pasé de ser vuestra abogada a tiempo completo a estar acorralada por tu abuela, por tu madre... y por tu silencio.

Ethan apretó los labios.

—Pero estoy aquí ahora. Y lo arreglaremos.

Tania sintió que sus ojos se humedecían. No podía confiar en Casandra. No podía confiar en Victoria. Pero Ethan...

—¿Habéis matado a ese hombre? ¿Eres tú el asesino?

Él lo negó. La mirada de Tania era desesperada.

—¿Qué ha sido del inspector?

Ethan ladeó la cabeza con una expresión de indiferencia, dejando claro que no tenía una respuesta. Y, aun negando lo evidente, a Tania le parecía el único sincero en medio de toda aquella locura.

El chico alzó la mano y le apartó con delicadeza un mechón de cabello. Tania no se movió.

—Quiero salir de esto —susurró—. No quiero saber nada de tu abuela ni de tu madre cuando todo acabe.

Ethan asintió. Lo entendía.

—Solo ayúdanos a llegar hasta el final. No tienes que implicarte más allá de representarnos legalmente. Con las pruebas que consigamos y con el dinero suficiente... podemos hacer que esto no te arrastre.

Las lágrimas rodaron por el rostro de Tania, pero esta vez no las ocultó. Ethan era lo único real que tenía en ese momento y se abrazó a él.

El chico la estrechó contra su pecho, y Tania sintió alivio. Un instante de paz. Una esperanza piadosa de que todo saldría bien.

—Y tú... —susurró, con la voz temblorosa—. Tú también tendrás que desaparecer de mi vida.

Ethan deslizó la mano por su espalda en un gesto de comprensión. Pero no respondió.

En su lugar, inclinó el rostro y la besó. No fue un beso impulsivo ni torpe, sino lento, contenido, transmitiéndole con ese roce todo lo que no alcanzaba a decir con palabras. Tania lo correspondió, aferrándose a él con una urgencia desesperada, buscando en ese instante una certeza de que todo saldría bien.

Cuando se separaron, Ethan apoyó la frente contra la suya, respirando con calma, como si quisiera grabar aquel momento en su memoria.

Pero no dijo nada. No hacía falta.

Capítulo 32

1

Ethan y Tania bajaron en el ascensor cogidos de la mano. Ella se aferraba a él, como si su única certeza en aquel repentino caos fuera la calidez de su contacto. Su mente era un torbellino de dudas y miedos, pero en el fondo albergaba una esperanza de que Ethan haría lo que fuera por protegerla. Lo veía en su mirada. Quería interpretarlo así.

Cuando el ascensor llegó a la planta baja, se separaron antes de que los vieran. Caminaron juntos hasta la cafetería, donde Victoria y Casandra los esperaban en una mesa apartada, con vistas a la calle.

Ethan tomó la palabra, sin rodeos.

—Tania se apartará de la investigación. Solo nos representará en el juicio y no tendrá nada que ver con lo demás.

Victoria lo miró fijamente, no dijo nada, pero ese gesto bastó para dejar claro que estaba de acuerdo.

Casandra, por su parte, se inclinó hacia Tania con una sonrisa ensayada.

—Me alegra que sigas con nosotros... No tienes que verlo como algo malo, Tania. Podemos apoyarnos mutuamente.

La abogada la miró con frialdad.

—No estoy con vosotras. Solo voy a cumplir un pacto.

Casandra desvió la vista y jugueteó con la cucharilla del café, como si hubiera esperado aquella respuesta.

Justo en ese momento, un recepcionista se acercó a la mesa con un sobre blanco en la mano.

—Señorita Hudson —dijo dirigiéndose a Casandra—. Otro repartidor dejó esto para usted hace un momento.

Antes de que pudiera reaccionar, Victoria ya había estirado su mano «tenaza» y le arrancó el sobre de los dedos. Con un solo movimiento de su pulgar e índice, lo rasgó y extrajo una nota.

—Espera —interrumpió Ethan antes de que pudiera leer en voz alta—. Tania no tiene por qué saber lo que hay ahí.

La abogada, que observaba la escena con inexpresividad, negó.

—No importa. Estoy bien.

Victoria leyó el mensaje. En el papel, solo una frase escrita:

"Todo tiene un precio. Hablemos."

Debajo, una dirección:

"Escaleras del Museo de Arte Contemporáneo, cinco de la tarde".

—Está en la calle Príncipe —apuntó Tania—. Es la calle peatonal más concurrida de la ciudad.

La familia intercambió miradas.

—Quiere dinero —concluyó Ethan.

—A cambio, el vídeo del puerto tendrá que desaparecer —añadió Casandra, inquieta.

Victoria deslizó la nota entre los dedos, pensativa.

—Iré yo —afirmó con voz firme—. Y me aseguraré de que no haya más cabos sueltos.

Ethan la observó con cautela. Sabía exactamente lo que significaban esas palabras. Victoria no entregaría dinero sin garantías. Si veía un resquicio de traición, actuaría en consecuencia. Sus miradas se cruzaron y, en ese instante, ambos entendieron lo que el otro estaba pensando.

—Está decidido —sentenció Victoria—. No tenemos más pistas que seguir. No hay nada más que investigar.

Ethan desvió la mirada hacia Tania.

—Nos iremos un rato y comeremos fuera. Necesitamos alejarnos de todo esto.

Victoria asintió. Casandra pasaría la tarde con Tania. Ethan la acompañaría a la reunión.

El destino ya estaba trazado. Ahora solo quedaba jugar bien las cartas.

2

Un trasatlántico gigantesco descansaba en el muelle del puerto comercial, con sus cubiertas llenas de turistas que observaban la ciudad desde las alturas. En tierra, empleados portuarios cargaban mercancías y turistas de diversas nacionalidades bajaban en busca de comida y distracción.

—No es tan distinto a Sanxenxo —comentó Tania, deslizando los dedos por la barandilla metálica mientras miraba otros barcos atracados.

—No. Pero es menos... perfecto.

Se detuvieron en la entrada de un restaurante con grandes ventanales que daban al puerto. Mesas con manteles blancos, copas brillando bajo la luz natural y camareros moviéndose con elegancia.

—¿Aquí? —preguntó Tania.

—Sí. Comeremos bien y seguro que el vino es decente.

Tania estaba demasiado cómoda con él. Y eso era peligroso. Pero ¿qué otra opción tenía? Necesitaba un respiro.

Se sentaron en una mesa con vistas al mar. Tania respiró hondo, dejándose llevar por el murmullo de conversaciones y el tintineo de las copas.

Pidieron marisco y una botella de albariño. Ethan observó cómo Tania jugueteaba con la servilleta, evitando su mirada.

—¿Sigues pensando en lo que descubriste esta mañana?

—¿Tú qué crees?

Ethan la dejó beber un sorbo antes de responder.

—Creo que una parte de ti ya sabía que no somos santos. Solo que ahora lo tienes delante y duele más procesarlo.

Tania levantó la vista, clavando sus ojos en él. No había rabia, solo cansancio.

—Lo que más me jode es que no sé si me importa.

Ethan apoyó los codos en la mesa, inclinándose un poco más hacia ella.

—Confías en mí.

Tania soltó una risa irónica y negó con la cabeza.

—Eso es lo peor de todo. Que sí.

—No tienes por qué luchar contra eso. Yo cumplo mis promesas, Tania. No te vamos a arrastrar con nosotros.

Ella bebió otro sorbo de vino, manteniendo la copa entre los dedos.

—Eres peligroso, Hudson.

Ethan se apoyó en el respaldo, con esa sonrisa que tanto la desconcertaba.

—Lo sé. Y aun así, aquí estamos.

Tania respiró hondo. La tensión no se disipaba, pero había algo en Ethan que la anclaba, que la hacía querer quedarse un poco más. Y por ahora, eso era suficiente.

Capítulo 33

1

Victoria y Ethan llegaron a las escaleras del museo a la hora acordada. Habían elegido presentarse juntos, como en el vídeo, para que el chantajista no tuviera dudas de que no había trampa y para dar la sensación de que iban de cara en esa negociación.

—Ten el móvil grabando en el bolsillo —murmuró Victoria mientras se acercaba a una de las barandillas—. No hace falta vídeo, solo audio.

Ethan deslizó una mano al bolsillo de su vaquero y activó la grabadora antes de devolverla a su lugar.

Se quedaron allí, observando el ir y venir de la calle Príncipe.

El reloj avanzaba y el tipo no aparecía.

—¿Se habrá echado atrás? —murmuró Ethan, mirando a un lado y a otro de la calle.

Victoria no respondió. Su paciencia tenía límites, pero no los mostraría todavía.

Fue entonces cuando salió del museo con las manos hundidas en los bolsillos de una chaqueta arrugada y desgastada, con el rostro marcado por el descuido. Era un hombre de mediana edad, con el aspecto de alguien que había pasado demasiado tiempo solo. Sus zapatos estaban gastados, la barba crecida sin llegar a desaliñada del todo y su andar era lento pero firme. No necesitaba presentaciones. Él sabía quiénes eran.

Se les acercó por la espalda, sin saludar.

—Apaguen los teléfonos. Ahora.

Victoria no preguntó. Sacó su móvil del bolso y, sin dejar de mirarlo, pulsó el botón hasta que apareció la opción de apagado y lo

accionó. Ethan hizo lo mismo, aunque se aseguró de que el chantajista no se percatara de que el minúsculo símbolo de grabación estaba activado.

El hombre sacó las manos de los bolsillos y Victoria se fijó en el tatuaje de su mano. Un símbolo de bitcoin marcado en la piel. Pequeño, pero visible.

—Para un tipo como tú, un tatuaje en la mano es un error de camuflaje —soltó con frialdad.

El hombre esbozó una sonrisa, como si aquello no le afectara en absoluto.

—Es el símbolo del bitcoin —respondió—. Amo esa criptomoneda.

La mente de Ethan ataba cabos a velocidad de vértigo. Ese tatuaje. Esa voz. Lo había visto antes.

Sanxenxo.

La tapería de la otra noche. El tipo que hablaba pestes de Iván mientras se ahogaba en alcohol. Era él. No cabía duda.

El chantajista se cruzó de brazos con aire de superioridad.

—¿Cómo está Casandra? —preguntó con sorna.

Ethan no se inmutó. Era su oportunidad para cambiar el juego y lo fulminó con la mirada.

—Cuidado con pasarte de listo —dijo con voz baja y firme—. Sabemos quién eres. Y si caemos, tú caes con nosotros.

El hombre frunció el ceño, sin creérselo, y Victoria se esforzó por disimular su sorpresa.

—¿Ah, sí? —ladeó la cabeza con una sonrisa burlona.

—Sanxenxo —soltó Ethan con fingida indiferencia. Y ese nombre fue suficiente.

El hombre parpadeó y la sonrisa se le desdibujó. Victoria vio la grieta y se metió en ella sin titubear.

—Ahora dime, ¿cómo conseguiste esas grabaciones? Porque si no estás metido hasta el cuello en todo esto, me cuesta creer que hayas conseguido ese material sin ensuciarte las manos.

El hombre miró a un lado y al otro, como si calculara rutas de escape.

—Yo no maté a nadie —soltó—. Solo trabajaba para Iván.

—¿Como enlace? ¿O como carroñero que guardaba «seguros digitales» para cuando las cosas salieran mal?

—No sé de qué hablas.

—Sabes perfectamente de qué hablo. Y ahora que Joaquín no está..., dime, ¿quién te protege de que alguien más decida que sabes demasiado? Estás solo en esto. —Victoria saboreó el momento inclinando la cabeza lentamente.

La postura de dominio del chantajista se derrumbaba.

—Yo solo... guardaba lo que me decían. No pensaba usarlo. Pero ahora esto se ha ido de las manos.

Victoria asintió, fingiendo comprensión.

—Claro. Y ahora que tus reyes han caído, como peón has decidido ganar la partida tú solo. Coger una buena suma de dinero y apartarte del negocio para siempre. ¿No es así, chantajista de conveniencia?

Él sintió el golpe de la verdad y, sin pensarlo demasiado, soltó su última carta.

—Tengo un vídeo. —Le tembló levemente la voz—. Un vídeo de cómo murió Iván. Eso... eso me libera a mí de cualquier acusación.

—Y también a Casandra.

—Pero no a ustedes del asesinato del hermano del inspector.

Silencio.

Ethan y Victoria intercambiaron una mirada.

—¿Cuánto quieres?

En la mente del chantajista la cifra que había pensado al principio se desdibujó tras el giro inesperado de la conversación. Ahora dudaba, inseguro de cuánto exigir, mientras sus ojos recorrían el ir y venir de la gente en la calle.

—Mañana aquí a la misma hora, les indicaré un importe justo para todos y la manera en que quiero que me lo transfieran.

El hombre bajó las escaleras, apresurado, mezclándose entre la gente en pleno horario comercial.

Ahora la partida estaba abierta.

Victoria y Ethan regresaron recordando en silencio la conversación que habían tenido con el chantajista. Al abrir la puerta de la habitación encontraron a Casandra y Tania sentadas frente al televisor, sin hablar, con los rostros tensos.

—¿Pasa algo? —preguntó Victoria con la mirada afilada.

Ninguna respondió al instante. Casandra mantuvo la vista en la pantalla unos segundos más antes de suspirar y girarse hacia ellos.

—Nada, ¿qué tal vosotros? ¿Qué ha ocurrido?

Victoria y Ethan intercambiaron una mirada rápida antes de tomar asiento y el chico sacó el móvil de su bolsillo.

—Es el tipo que dejó el vídeo —explicó Victoria—. Ethan tiene grabada su voz.

El chico accionó su teléfono y buscó el archivo de audio.

—Grabé el principio. Solo se escucha una frase, pero... mamá, dime si esta voz te suena de algo.

Accionó el audio. El sonido era algo amortiguado, con interferencias, pero la voz grave del hombre se distinguió con claridad.

«—Apaguen los teléfonos. Ahora».

Casandra se inclinó ligeramente hacia adelante, con el ceño fruncido. Algo en esa voz le resultaba familiar, pero no lograba ubicarla del todo.

—Sube un poco el volumen —pidió, concentrada.

El tono engreído, la cadencia pausada, la forma en la que el hombre se expresaba... Casandra sintió una punzada en la memoria.

—Espera. Esa voz...

Victoria y Ethan la observaron atentos.

—¿Qué aspecto tenía?

—Un hombre de mediana edad, desaliñado, con barba de varios días —dijo Victoria, entrecerrando los ojos—. Y en su mano... un tatuaje reciente con el símbolo de bitcoin.

La imagen empezaba a encajar en la mente de Casandra.

—Es el contable de Iván —soltó finalmente, como si el nombre hubiese estado atrapado en su mente todo este tiempo.

Tania parpadeó, sorprendida. Victoria apoyó su tenaza en el hombro de su hija.

—¿Estás segura? —preguntó.

Cassandra asintió con firmeza.

—Iván confiaba en él —dijo—. Pero nunca le delegaba nada importante. Lo tenía cerca, pero no le dejaba manejar los hilos.

Ahora todo encajaba en la cabeza de Ethan. Aquellos comentarios resentidos de un hombre borracho en la tapería de un local turístico, haciéndose notar.

—Pues es el mismo tipo que escuchamos en Sanxenxo, ¿te acuerdas, Tania?

La abogada abrió los ojos de par en par.

Y algo cambió en su expresión. El desconcierto dio paso a una chispa de interés genuino. Hasta entonces, el caso había sido un torbellino de confusión y peligro que la arrastraba sin poder hacer nada, pero por primera vez sentía que tenía una pieza clave entre las manos. Algo sólido. Algo con lo que podía trabajar para acabar con aquello lo antes posible.

—¿Y qué pasó? —preguntó con una energía renovada en la voz.

—Ethan lo arrinconó con ese dato y ahora tenemos una negociación abierta, de tú a tú —explicó Victoria con una leve sonrisa—. Mañana nos veremos a la misma hora y tal vez podamos hacer un buen trato.

Capítulo 34

1

Tania y Ethan se fueron a la habitación del chico. Los rayos de sol del atardecer se colaban entre las cortinas de la habitación del hotel, tiñendo las paredes de tonos anaranjados. La abogada necesitaba un respiro, un momento de privacidad, lejos de las miradas de Victoria y Casandra. Llevaba las últimas dos horas sintiéndose asfixiada y solo quería hablar con sus padres sin que nadie escuchara cada palabra.

Ethan se sentó en el borde de la cama, encendió la televisión a poco volumen y abrió el portátil sobre las piernas. Reproducía el vídeo que les habían dejado por la mañana, y el chico avanzaba y retrocedía repasando cada detalle.

—Haz lo que necesites —dijo sin apartar la vista del ordenador.

Tania asintió y se alejó hacia la ventana, buscando algo de aire antes de encontrar el contacto de sus padres. Cuando escuchó la voz de su madre al otro lado, un nudo de emoción le atenazó la garganta.

—Estoy bien, mamá...

Les explicó lo que pudo sin revelar demasiado, asegurándoles que el caso avanzaba y que pronto se resolvería. Evitó entrar en detalles, en las amenazas y en su desesperación. Sus padres ya sufrían bastante con su ausencia, no necesitaban saber en qué callejón sin salida estaba metida.

Cuando cortó, respiró hondo y miró a Ethan, que parecía estar en otro mundo.

Se subió a la cama y se inclinó para ver la pantalla. A su lado, la ansiedad disminuía.

—¿Sigues viendo eso?

Ethan no respondió de inmediato. Estaba concentrado en cada segundo del vídeo.

Tania lo observó un momento y después miró la pantalla.

Algo llamó su atención.

—Espera —dijo apoyando la mano en el brazo de Ethan—. Retrocede un poco. Justo al inicio.

Ethan obedeció, deteniéndose en los primeros segundos del metraje.

—Ahí —susurró Tania.

En la esquina del encuadre, apenas perceptible, había una mano ajustando la cámara. Un gesto fugaz, un par de fotogramas antes de que comenzara la reunión que habían mantenido con Joaquín. Ethan pausó el vídeo y agrandó la imagen.

Contuvieron la respiración.

—No puede ser... —murmuró Ethan.

En la mano había un tatuaje. El mismo símbolo de bitcoin que habían visto esa tarde en la piel del chantajista.

—Él la colocó —dijo Tania—. Seguro que es el contable quien puso la cámara en casa de Iván.

Ethan apoyó los codos en sus rodillas.

—Entonces... no solo trabajaba para Iván —murmuró—. Estaba allí.

Ese hombre no solo había chantajeado a Victoria, no solo les vendía información. Podía ser mucho más. Podía ser el asesino de Iván.

Antes de que pudieran continuar, la voz del presentador en la televisión los interrumpió.

—Última hora. Un barco de pesca ha recuperado el cuerpo sin vida de un hombre atrapado en sus redes mientras faenaba en la ría...

Ethan y Tania alzaron la vista hacia el televisor.

—Según las primeras descripciones, el cadáver podría corresponder al inspector Joaquín Aguilar, desaparecido esta mañana...

Tania se cubrió la boca con una mano.

Ethan exhaló despacio. Era cuestión de tiempo. Todo iba a cambiar.

2

La noticia de la muerte de Joaquín Aguilar había estallado en la habitación como una bomba. La televisión seguía encendida, repitiendo las mismas imágenes de la zona acordonada del puerto con los rostros de los marineros de fondo, desconcertados. Una reportera de la televisión local acaparaba todo el protagonismo.

—Según nos acaban de apuntar, la persona encontrada muerta por apuñalamiento esta mañana podría tratarse del hermano del inspector Joaquín Aguilar.

Tania, con el móvil en la mano, miraba hacia la televisión sin quitarle ojo.

—¡No doy crédito! —susurraba para no ser oída afuera, con el rostro encendido de furia—. ¡Sois unos asesinos! Tendría que denunciaros ahora mismo...

Victoria la miró con frialdad, recostada en el sillón con la templanza de quien ha escuchado acusaciones toda su vida. No estaba ni remotamente alterada.

—No seas dramática, querida. Gracias a nosotros, avanzarás en tu carrera de letrada diez o quince años.

Tania soltó una carcajada amarga.

—¿En serio crees que esto es un favor? ¡Habéis asesinado a un inspector de policía! ¡Y después a su hermano! La policía ya estará atando cabos... ¿Durante cuánto tiempo creéis que vais a ocultarlo?

Ethan, apoyado en la pared con los brazos cruzados, levantó las manos en un gesto conciliador.

—Tania..., no sacamos nada con pelearnos entre nosotros.

—¡No estoy entre vosotros! —replicó ella, con los ojos encendidos—. Nunca lo he estado.

Cassandra permanecía en silencio, observando la escena, resignada. Había aceptado que su madre tomara el control, pero la

nueva actitud de la abogada en su contra la incomodaba.

Tania suspiró, como si se despertara de una pesadilla.

—Me voy a mi dormitorio —anunció, agotada—. No pienso seguir soportando esto.

Victoria se incorporó con calma.

—No te vamos a dejar sola. Podrías traicionarnos.

Tania se giró en seco, su rabia contenida transformándose en algo más. Por primera vez, su postura desafiante hizo que Victoria levantara la barbilla con interés.

—Os di mi palabra. Voy a representarla, solo a ella —dijo con firmeza, mirando a Casandra—. Pero también voy a mi dormitorio, le pese a quien le pese.

Victoria evaluó la situación.

—Eres más lista de lo que pensaba —musitó—. Pero no tan lista como para creer que puedes ponerte en mi contra sin consecuencia alguna.

Tania avanzó un paso, su expresión se endureció.

—Trescientos mil euros —exigió—. Esa es mi minuta por mi silencio. De lo contrario, cuando esto acabe y ya no estemos aquí, lo confesaré todo.

Ethan contuvo la respiración. Casandra abrió la boca, pero no dijo nada. Victoria dejó escapar una risa fría.

—Ya matamos a un inspector y a su hermano —susurró—. Tenemos experiencia suficiente para matar a una joven letrada.

Se cruzaron las miradas. Tania no apartó los ojos. Finalmente, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Nadie la detuvo. Nadie dijo nada.

Capítulo 35

1

En el desayuno de la mañana siguiente, apenas intercambiaron palabras. Tania, con la mirada fija en su café, solo se dirigió a ellos para concretar que en cuanto el juez diera alguna señal sobre el procedimiento, ella sería la primera en informarlos. Era su manera de marcar distancia para dedicarse solo a lo estrictamente profesional. Había cumplido su parte al no denunciarlos, pero no era una más de la familia.

—¿Y ahora qué pasará, Tania? —preguntó Casandra, cuando la abogada estaba a punto de levantarse.

—Ahora hay dos opciones. O se intensifica la acusación contra ti, y parece que no porque ya deberías estar detenida, o la muerte de Joaquín abre una brecha en la investigación y nos deja un margen de maniobra.

Victoria meditó, tomando un sorbo de té, y observó como la abogada se alejaba en dirección a los ascensores.

—Tania cree que el caso puede dar un giro. Que la lupa se desplace hacia algo más grande. Es posible que la policía se divida entre los que quieren cerrarlo con tu culpabilidad y los que realmente quieran llegar hasta el fondo.

—Lo cual nos da ventaja —apuntó Ethan—. Siempre que movamos bien las piezas.

Victoria dejó la taza en su platillo con un leve tintineo.

—Entonces, movámoslas.

Por la tarde, en las escaleras del Museo de Arte Contemporáneo, el chantajista llegó puntual y con la misma ropa desaliñada, el mismo aire de desgaste, pero un brillo diferente en la mirada. La urgencia.

—Apaguen los teléfonos —ordenó apenas estuvo lo suficientemente cerca.

Victoria y Ethan ya lo habían hecho. El contable también, tras comprobarlo mutuamente.

—Debo felicitarte por el giro que ha tomado el caso —dijo Victoria con calma—. Que Joaquín apareciera muerto ha cambiado el tablero por completo.

El contable cruzó los brazos.

—Yo no tuve nada que ver con eso, sois vosotros los que...

—¿No? —interrumpió Ethan, ladeando la cabeza.

—¡No! ¿Acaso creen que me beneficia esto? Al contrario, ahora quiero desaparecer lo más rápido posible. Necesito acabar con este trato y largarme o enviaré a la policía el vídeo donde suben a ese barco.

Victoria se inclinó ligeramente hacia él.

—Bueno, en ese caso, pongamos las cartas sobre la mesa. Dinos tu precio.

El contable sonrió satisfecho.

—Estoy en posición ventajosa. Si me descubren, ustedes también estarán en problemas. Habría que demostrar que estas grabaciones son mías, que yo estuve en esa reunión..., y eso les costaría demasiado.

Los miró con satisfacción antes de lanzar la cifra:

—Un millón de euros.

Victoria y Ethan se rieron al unísono.

—Eres un maldito chiste —soltó Ethan—. Sabes que no vamos a pagarte eso.

—Es el precio justo para asegurarme de que puedo desaparecer para siempre.

—No, el precio justo —intervino Victoria— son cien mil euros. Es todo cuanto tenemos disponible en efectivo. Un trato equilibrado: tú nos entregas el vídeo del asesinato de Iván y nosotros no te inculpamos.

El contable resopló.

—No. Eso no me garantiza nada. —Se inclinó hacia ellos con una media sonrisa—. Porque, como ya les digo, no me cuesta nada enviar el vídeo a la policía.

Ethan, imitándolo, respondió:

—Hay un par de fotogramas en el vídeo que nos enviaste donde se ve tu mano colocando la cámara, así que estamos en el mismo barco —murmuró.

El contable se echó hacia atrás, extrañado. Ethan asentía en silencio.

—Es solo un vídeo de una reunión. Seguí las órdenes de Iván, él lo quería grabar siempre todo. Pero las imágenes de vosotros dos —miró primero a Victoria y después al chico— no tienen discusión.

Ethan se cruzó de brazos y lo miró con una nueva idea formándose en su mente.

—¿Cuántos años tienes?

El contable parpadeó.

—¿Qué?

—¿Cuántos años tienes? —repitió Ethan—. ¿Cincuenta y...?

—Cincuenta y siete...

—Te haré una propuesta mejor. Arregla tu vida.

El contable levantó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Te transferiremos cincuenta mil euros cada treinta y uno de diciembre. Una vez al año te contactaremos para asegurarnos de que sigues vivo para enviarte el dinero. Hasta que mueras.

El contable se quedó en silencio. Por primera vez, parecía realmente sorprendido.

Victoria miró extrañada a su nieto y le hizo un gesto para que se apartara. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, le susurró:

—¿Estás loco? En veinte años es un millón de euros.

Ethan sonrió con arrogancia.

—No vamos a pagarle veinte años —susurró—. Cuando nos entregue el vídeo, encontraremos la forma de matarlo. Y esta vez, quiero hacerlo yo.

Victoria sintió un escalofrío al ver la ambiciosa mirada de su nieto. No era una simple estrategia. Ethan lo estaba disfrutando.

Su abuela se dio la vuelta hacia el contable.

—Acepto —dijo él, con una mueca.

Victoria añadió:

—Pero hay una condición más. Tendrás que testificar en el juzgado, entregar todas las pruebas que incriminen al asesino y detallar los planes que tenía Iván.

—¿Estás loca? Si hago eso tendré que irme del país, esa mafia me perseguirá por traición.

—Exacto. Y por eso te pagaremos otros cien mil euros.

El contable dudó.

—Todo el dinero tendrá que ser en criptomonedas. Y necesitare una identidad falsa. No puedo correr el riesgo de que la mafia me encuentre.

Victoria sonrió, complacida.

—Eso también lo arreglaremos. Trabajarás con nuestra abogada desde esta misma tarde.

Ethan no dijo nada. Pero por dentro ya estaba calculando el momento exacto en el que pondría fin a ese trato de la manera más conveniente para ellos.

Capítulo 36

Victoria y Ethan entraron en la habitación, su centro de operaciones, acompañados de Carlos Montalvo. El contable se detuvo al ver a Casandra, como si se preparara para el impacto, pero ella no reaccionó hasta que sus ojos se encontraron. La tensión se apretó como una cuerda a punto de romperse.

Un segundo, dos... y la expresión de Casandra cambió. No era sorpresa. No era miedo. Su mirada lo perforó con un reconocimiento helado.

Victoria cerró la puerta con calma, sin apartar la vista del contable. El clic del cerrojo sonó. Nadie iba a salir de allí hasta que tuvieran respuestas.

—¡Maldito cabrón! —soltó, avanzando un paso con los puños apretados—. ¡Intentaste hacerme cargar con toda la mierda de Iván!

Victoria levantó una mano para detenerla.

—Viene a ayudar. Escucha antes de sacar conclusiones.

Casandra respiró hondo, pero no bajó la guardia. Carlos evitó su mirada y carraspeó antes de comenzar.

—Cuando descubrí en las cuentas lo que Iván estaba haciendo, me prometió que solucionaría mi vida si no lo comunicaba.

—¿Y qué hacía? Cuéntamelo —dijo Casandra, acercándose a él.

—Desviaba el dinero a un paraíso fiscal y solo me necesitaba para que todo pareciera limpio.

—¿Y para qué me quería a mí?

—Eras su vía de escape, una enamorada culpable, tú ibas a ser su excusa por las transferencias de dinero.

—¡Maldito cabrón! —Se abalanzó sobre él, y su hijo la apartó.

—¡Mamá, tranquilízate!

Cassandra respiró hondo y volvió a enfrentarse a él.

—¿Y cuando murió? ¿Decidiste culparme para salvar tu pellejo?

El contable retrocedió, pero Victoria le cortó el paso.

—Cuando Iván murió, Joaquín tomó el control. Me dijo que si seguía sus instrucciones todo saldría bien para mí.

—Entonces, ¿quién lo mató?

Carlos tardó en responder. Finalmente suspiró.

—Tengo un vídeo. Iván no cayó por accidente ni por un arrebato. Fue uno de sus socios.

Victoria se colocó a su lado.

—Un ajuste de cuentas...

Carlos asintió.

—Iván estaba vaciando todas las cuentas y dejándolos secos. Pero lo peor es que estaba metido en una mafia que pagaba a la policía, concretamente a Joaquín. Esa mafia se financiaba con dinero legal que llegaba a sus empresas domiciliadas en el paraíso fiscal.

—Y sus socios acabaron enterándose —dijo Cassandra cruzándose de brazos.

—No. Los socios estaban al tanto y eran partícipes de esos negocios, pero cuando se enteraron de que Iván no transfería a las empresas habituales sino a otra donde el dinero no llegaba a la mafia... decidieron matarlo.

Cassandra se alejó unos pasos, caminando hacia la ventana.

—¿Cómo se enteraron? ¿Quién fue el chivato?

—Joaquín Aguilar.

—¿El inspector? Pero... ¿no formaba parte de la mafia? ¿Qué sentido tiene?

—Iván los traicionó a todos. Parte de ese dinero lo acumulaba en cuentas de testaferros de las que la mafia no tenía conocimiento. Planeaba desaparecer para siempre y disfrutar del dinero el resto de su vida.

—Y dejar a cientos de familias en la ruina...

Carlos avanzó hacia el interior de la habitación.

—El negocio con la mafia se rompió, y con esa gente lo pagas caro.

—¿La mafia pidió su cabeza?

—No solo eso, la mafia eligió a Joaquín Aguilar como principal responsable para su asesinato y él pensó que lo mejor sería enseñar las cartas a sus socios y que fueran ellos quienes lo hicieran.

Ethan se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué papel jugaba mi madre en todo eso?

Carlos suspiró antes de contestar.

—Iván la iba a culpar de todo ese embrollo si la mafia le pedía explicaciones.

—¿Pero él no llegó a saber que se había enterado?

—No, y no contemplaba el desenlace que hubo en la última reunión con sus socios, en su casa. Esperaba que sería tensa por algún descubrimiento por parte de ellos, pero también pensaba usar a Casandra como excusa.

—¿Por qué no la mataron a ella también esa misma noche? —preguntó Victoria.

—A los socios ella les daba igual, y Joaquín necesitaba un culpable. Había demasiada gente implicada en todo el entresijo y tenía que dar seguridad a los socios de que ninguno se vería implicado.

Cada nueva revelación convertía el caso en algo mucho más grande y peligroso.

El contable continuó.

—Iván grababa todo. Era un obseso del control. Sabía que la reunión que tendría en su casa podía ser la última, así que me pidió que instalara la cámara. Quería pruebas de todo lo que fuera a pasar esa noche.

—¿Tú pusiste la cámara?

Carlos asintió.

—Él no tenía ni idea de tecnología. Siempre me pedía que lo hiciera por él.

Casandra estaba absorta en sus pensamientos.

—Me drogó —susurró.

Carlos bajó la mirada.

Casandra contuvo la rabia hasta que el peso de la verdad la quebró. Un sollozo escapó de su garganta y, sin poder evitarlo,

buscó refugio en su madre, dejando que el alivio y el dolor se mezclaran con sus lágrimas.

—Lo siento, yo también me vi arrastrado en una situación de la que no podía salir.

Ethan encendió su portátil y se giró hacia el contable.

—Vamos a hacer la primera transferencia. Veinte mil euros. El resto te lo enviaremos en los próximos días.

Carlos observó la pantalla con atención mientras Ethan tecleaba.

—Y recuerda, debes gastar ese dinero con tarjetas anónimas —le advirtió Ethan.

Carlos sonrió ansioso.

—Sé cómo manejarlo. No soy tonto.

Victoria apartó a su hija de entre sus brazos.

—Ve a buscar a Tania. Necesitamos que empiece a trabajar en tu defensa cuanto antes.

Capítulo 37

Carlos Montalvo, sentado frente al portátil con manos temblorosas, hacía clic y tecleaba de manera que ese leve sonido resonaba en el silencio como un eco metálico mientras todos lo observaban.

Victoria no pestañeaba, Ethan ponía las manos en la mesa con el rostro serio, Casandra no sabía si quería ver lo que estaba a punto de aparecer en la pantalla y Tania, atenta, auguraba que aquel archivo sería la pieza que lo cambiaría todo.

Carlos respiró hondo y tecleó la contraseña. La nube se abrió. Un único archivo de vídeo apareció en la pantalla.

Le dio al play.

La imagen era fija. La cámara, oculta en la balconada, ofrecía una vista cenital de la planta inferior y de parte del piso superior. Iván, de pie en el salón, daba vueltas como un animal enjaulado. Sus gestos bruscos y su mirada encendida dejaban claro que estaba furioso.

—¿Dónde demonios estás? —La voz de Iván resonó en la sala.

Casandra apareció en la planta baja, con un albornoz y descalza.

—No soy tu criada —se oyó su voz, desafiante—. Soy libre de hacer lo que quiera.

—¡Libre! ¿Libre para hacer lo que te dé la gana? Pero después no estás donde debes. Te necesito en la conservera, Casandra. El departamento de exportaciones no va a funcionar si no te esfuerzas más.

—No estoy aquí para expandir tu empresa, Iván. Me vine a España para dar una oportunidad al amor, y tu pareces querer

cargártelo.

—¿Cargármelo? Mis sentimientos no han cambiado desde que hablábamos por videoconferencia a miles de kilómetros.

—Pues yo no te reconozco —dijo, caminando despreocupada hacia el otro extremo.

—Menuda la que me estás montando... ¿Te vas a poner así cuando llegue mi socio? ¿Vas a hacer una demostración de quién manda en esta relación?

—No te preocupes, no te dejaré quedar mal delante de nadie —dijo, apartándolo de su camino—. Voy a secarme el pelo.

Mientras Casandra desapareció de la escena, Iván aprovechó para servir unas copas de vino y echar un líquido incoloro en una de ellas. La agitó disimuladamente y, cuando Casandra regresó, tomaron asiento en el sofá, como si de un ritual se tratara.

—Bebe y relájate, anda —dijo Iván.

Casandra, sin sospechar, bebió un sorbo y luego otro. Y murmuraron, sin que el micro de la cámara pudiera captar la conversación. Se quedaban en silencio, enfadados, y después volvieron a murmurar.

Poco a poco, la postura de Casandra perdía firmeza y la discusión volvió a elevar el tono.

—Andar todo el día por ahí no te llevará a ninguna parte. Necesitas una actividad que te llene. Trabajar conmigo es lo mejor.

—¡Y dale! —dijo, levantando la voz y dando otro trago—. Que no soy tu criada, no voy a hacer lo que a ti te venga en gana.

—Eres mi persona de confianza, no puedes dejarme tirado.

—¿Tirado? ¿Pero tú y yo tenemos algún contrato? ¿Cuándo me he comprometido a trabajar en esa fábrica?

—¡Me dijiste que sí!

—¡No te pases, Iván! Creo que te estás equivocando conmigo.

Casandra se levantó con la copa en la mano y subió al piso superior, apoyándose en el pasamanos.

—¿A dónde vas? Estoy hablando contigo.

—¡No te aguanto más por hoy! ¡Me voy a la cama! Ya puedes reunirte con tu socio tranquilo.

—¡No! ¡Espera!

Iván subió apresurado.

—¡Te estoy hablando! ¡A mí no me deja nadie con la palabra en la boca! —gritó Iván, empujándola hacia la habitación.

Cassandra lo apartó y se encaró con él. Primero dio el último trago a su copa y después se la tiró a los pies.

—¿Qué haces, loca? ¡Limpia eso!

—¡Límpialo tú, cerdo!

Y lo empujó con manos temblorosas.

Iván la agarró de los brazos y la arrastró hacia la habitación. Se escuchó el sonido de cajones abriéndose y cerrándose.

—¡Mira lo que hago con tu ropa! No vales más que para comprar, no vales para nada más.

—Valgo para lo que me da la gana, a mí no me regalaron una empresa como a ti... —decía arrastrando cada vez más las palabras—. Yo me lo he ganado con el sudor de mi trabajo.

—¡Tú no sabes lo que es trabajar!

El vídeo se cortó.

Cassandra, con los ojos totalmente abiertos, se tapaba la boca con la mano. Tania no quiso mirarla.

Un nuevo archivo comenzó. La imagen seguía desde la misma cámara. Iván discutía con un hombre que caminaba en círculos por su salón.

—¡Esa manera de andar! ¡Es el tipo que vimos en la casa abandonada, el socio! —dijo Ethan, esperando confirmación de Tania y de su madre.

Cassandra asintió en silencio, asombrada.

—¿Así que desviando fondos a una empresita tuya en Panamá? ¿Crees que puedes engañarnos? La mafia no tolera traidores.

—¡Eso no es cierto! —gritó Iván—. ¡No estoy desviando nada!

—¡Te hemos pillado, cabrón! ¡Vas a tener que devolver hasta el último euro! ¿Quieres que vengan a por todos nosotros?

—Que sí, que sí, anda, vete a tomar el aire.

—¡A tomar el aire vete tú, mamón! Devuelve toda la pasta.

—Esa pasta es por un momento puntual. ¿Cuándo te he fallado yo? Me ofende que vengas con esas, no me lo esperaba de ti.

—Con esta gente no se juega, Iván. Vendrán a por nosotros.

—No es tan fácil, hombre. Parece mentira en ti. ¿No ves que tenemos a la policía de nuestro lado?

El socio negaba.

—O no entiendes este juego o estás tramando algo para dejarnos tirados a todos. No me voy a ir de aquí sin que hagas las transferencias y lo devuelvas todo.

Iván subió la escalera apresurado.

—¿A dónde crees que vas?

—A donde me dé la gana, estoy en mi casa.

El socio lo siguió y salieron de la imagen del vídeo metiéndose en alguna habitación que la cámara no captaba. Se oyó un forcejeo. El socio apareció de nuevo en pantalla agarrando a Iván por la espalda y, en un empujón brutal, arrojándolo hacia la balconada.

La madera cedió con un crujido seco.

Iván se desplomó al piso inferior.

El socio echó un vistazo a las demás estancias, deteniéndose un tiempo en el dormitorio donde estaba Casandra. Después bajó las escaleras a toda prisa, sacando su móvil.

—Joaquín —dijo con voz temblorosa—. Creo que lo he matado. Está inconsciente. —Se acercó al cuerpo—. Creo que no respira... No puedo quedarme.

Al otro lado, el inspector continuaba con sus preguntas. El socio, cada vez más nervioso, respondía:

—Está dormida en la habitación, drogada para esta reunión, como había prometido —dijo, dando vueltas sobre sí mismo—. La puerta queda entreabierta... Haz lo que tengas que hacer. Me largo.

El socio salió del piso. La grabación hizo un breve corte.

Carlos, impasible, observaba cómo se miraban unos a otros, asombrados con lo que estaban viendo.

La imagen volvió, y esta vez apareció el vecino, el hombre mayor que tanto odiaba a Iván. Entró sigiloso, bastón en mano. Se acercó al cuerpo tendido. Murmuró y, sin dudar, descargó un golpe seco con la empuñadura en el cráneo. La sangre se extendió.

El hombre miró a su alrededor, nervioso, y se dispuso a salir. Justo en ese momento, Casandra apareció en la planta superior. La cámara registró su silueta, tambaleándose. Vio al hombre en la

penumbra. Él no la vio. Casandra, aturdida, se volvió a meter en la habitación.

El vídeo se interrumpió de nuevo.

En la habitación del hotel nadie pestañeaba. Nadie dijo nada.

Por último, apareció Joaquín. Entró con guantes. Se agachó junto al cadáver, palpó el cuello y asintió para sí. Subió las escaleras y miró a Casandra, dormida. Regresó a la planta de abajo despacio y abandonó el piso, cerrando la puerta suavemente.

La grabación finalizó.

Ethan fue el primero en hablar.

—Ahora lo sabemos todo.

Victoria respiró hondo.

—Y tenemos la llave para salir de este infierno.

Casandra apoyó las manos en la mesa.

—Soy inocente —susurró. Su voz sonaba segura—. Ahora entiendo por qué Joaquín no quería que me hicieran la prueba de alcohol y drogas.

Victoria la miró, esta vez con un atisbo de orgullo.

Ethan se puso de pie y caminó hacia la ventana, observando el tráfico lejano.

—Lo que más me sorprende es cómo todos contribuyeron a esa muerte. Iván no murió por accidente ni por un solo enemigo. Lo mataron entre todos.

Carlos asintió lentamente.

—Todos tienen parte en esto. La mafia, el inspector, el socio..., hasta el vecino.

—Espero que la policía lo acepte —susurró Casandra.

Tania sonrió.

—Esto... —señaló la pantalla—. Esto es demasiado grande para ignorarlo.

Carlos cerró el portátil y lo deslizó hacia Victoria.

—Ahora es vuestro. He cumplido mi parte.

Victoria le dedicó una mirada fría.

—Y nosotros cumpliremos la nuestra.

Capítulo 38

Una semana después.

Ethan y Tania tomaban un café en la cafetería del hotel. El ambiente era más ligero, casi irreal después de todo lo que había sucedido. En la televisión, un resumen del caso acaparaba la emisión. Las imágenes mostraban a Tania saliendo del juzgado, rodeada de periodistas que le lanzaban preguntas sin descanso.

—Mi cliente ha sido objeto de una acusación errónea desde el principio. Afortunadamente, con una investigación independiente, la justicia tomó el rumbo correcto.

Luego la imagen cambió a un reportero en plató:

—Las investigaciones sobre la muerte de Iván Monteagudo, el único heredero de Conservas Monteagudo, han dado un vuelco completo. La principal sospechosa hasta ahora, Casandra Hudson, ha quedado en libertad sin cargos al haberse demostrado que el asesinato fue llevado a cabo por personas muy cercanas a sus socios, donde también podría estar involucrado en esa mafia el inspector asesinado hace unos días, Joaquín Aguilar. Las autoridades no han ofrecido declaraciones oficiales, pero fuentes cercanas aseguran que hay nuevas líneas de investigación abiertas. Mientras tanto, la abogada Tania Martín ha tomado protagonismo en este mediático caso, consolidándose como una de las jóvenes promesas del derecho penal en el país.

Ethan sonrió, volviendo su atención a Tania.

—Mírate. La abogada más prestigiosa de España... y ahora con fama de investigadora.

Tania sonrió.

El televisor mostraba unas imágenes de la subinspectora Rebeca, que comparecía ante la prensa.

—La investigación ha tomado un rumbo decisivo y quiero trasladar mi firme compromiso con la transparencia y la legalidad —dijo, pasando la mano por el pelo desaliñado—. Este cuerpo no tolerará la corrupción, venga de donde venga, y se investigará hasta las últimas consecuencias la implicación del inspector Joaquín Aguilar en hechos delictivos. Lamentablemente, tanto él como su hermano han fallecido y no podrán responder ante la justicia. No obstante, mi responsabilidad es continuar trabajando para que todos los implicados rindan cuentas y que estas muertes no queden impunes.

La presentadora del telediario dio paso a otras noticias de actualidad y Tania se giró hacia Ethan.

—Tal vez me llamen para resolver crímenes en el futuro —bromeó.

—Seguro que sí. Aunque dudo que encuentres otro caso tan enrevesado como este.

Se miraron a los ojos. Sus sonrisas eran sinceras.

—¿Qué sabes del contable, Carlos Montalvo?

—Es un testigo protegido. La mafia se lo cargaría, estará en paradero desconocido mucho tiempo.

—Me habría gustado despedirme. Al fin y al cabo, sin él no habríamos salido de esta.

—A él también le habría gustado, pero tu abuela me dijo que era mejor acabar cuanto antes y se negó a recibirlo.

Ethan pasó la mano por su cabello ondulado y Tania lo miró un instante, saboreando aquel dulce momento.

—Me alegra haber conocido a un asesino —dijo con un deje irónico.

Ethan alzó una ceja.

—No lo soy. Al menos, de momento.

Tania lo escudriñó con la mirada y negó con la cabeza.

—No te engañes, Ethan. Tu familia...

Él exhaló con una sonrisa torcida y se encogió de hombros.

—Solo pertenezco a una. Y no puedo escapar de ella. De una manera u otra, siempre termino involucrado.

Se quedaron en silencio un instante, cada uno procesando sus propias emociones. Habían cambiado muchas cosas.

Tania miró la hora en su reloj y suspiró.

—Es momento de irme.

El chico se puso de pie al mismo tiempo que ella. La abogada dio un paso al frente, como si fuera a abrazarlo, pero se detuvo en el último momento. Ethan la observó con una mezcla de ironía y calidez que la desarmó.

—Cuídate —dijo ella, con la voz más suave de lo que pretendía.

Ethan se acercó.

—Tú también. Y no me extrañes demasiado.

Tania dejó escapar una risa breve, pero sus ojos decían otra cosa. Durante un segundo, solo un segundo, pensó en quedarse. En olvidar quién era y lo que representaba. Pero luego la razón se impuso, dándole la espalda a lo que nunca podría ser.

Con un último vistazo cargado de todo lo que no se dijeron, giró sobre sus talones y se fue.

Ethan la siguió con la mirada hasta que desapareció. Solo entonces soltó el suspiro que había estado conteniendo.

Capítulo 39

El aeropuerto bullía de actividad con el eco constante de anuncios por megafonía y el ir y venir de viajeros arrastrando sus maletas. Victoria, Casandra y Ethan aguardaban en la sala de embarque, esperando el vuelo que los llevaría de regreso a Nueva York.

Casandra estaba eufórica. Aún no asimilaba que hubiera salido de aquello sin terminar entre rejas. Se giró hacia su madre con una sonrisa de incredulidad.

—No puedo creerlo. De verdad pensé que no había salida. Que esta vez no había manera de salvarme. Mi mente fantaseaba con que había sido yo la que mató a Iván. Tal vez en algún momento desee hacerlo.

Victoria la miró con frialdad y suspiró cansada.

—Por suerte, no lo hiciste. Espero no tener que volver a salvarte —respondió seca—. Estoy agotada de sacarte de tus líos.

Casandra entreabrió la boca, pero su madre continuó, sin darle espacio a réplica.

—No me vengas con historias, Casandra. Ese dinero en criptomonedas puede disfrutarse desde la tranquilidad de un hogar. No hace falta salir a comerse el mundo.

Casandra asintió y no discutió. Se levantó de su asiento y anunció que iba al servicio.

Victoria la siguió con la mirada hasta que desapareció entre la multitud. Luego se volvió hacia Ethan.

—¿Por qué lo dejaste escapar? —preguntó él de repente, con los ojos clavados en su abuela—. Al contable. ¿Por qué dejarlo vivo si

ahora tendremos que pagarle cada año?

Victoria inclinó la cabeza, observándolo con atención.

—Antes dime algo —dijo con suavidad—. ¿Qué sentiste cuando maté al hermano del inspector?

Ethan se tensó. Desvió la mirada, indeciso. Dudó si debía decirle la verdad, si confesar lo que realmente había sentido. Pero Victoria esperó, con su paciencia inquebrantable.

El chico soltó aire y habló en voz baja:

—Me habría gustado estar en tu lugar. Con el cuchillo en la mano.

Victoria asintió despacio. Era lo que temía.

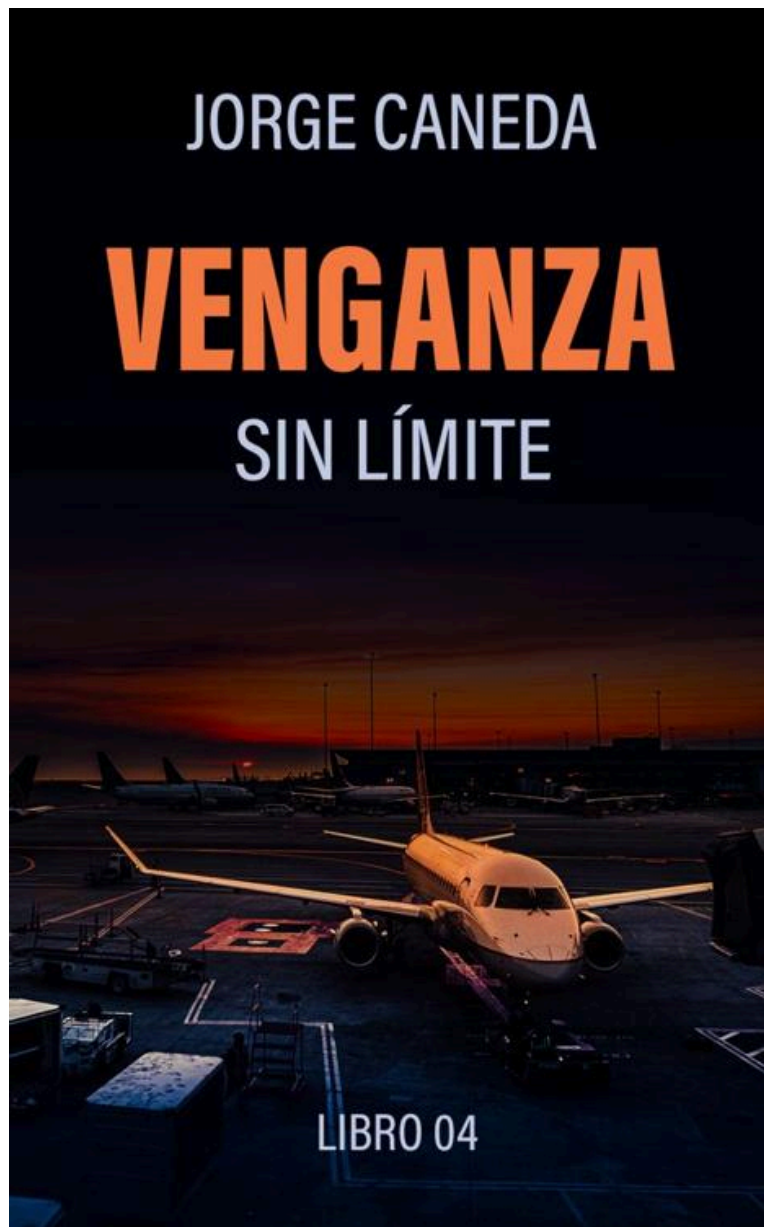
Miró a su nieto con una mezcla de orgullo y preocupación. Había salido a ella. Y también a su abuelo.

—Por eso lo dejé escapar —dijo al fin—. Porque no quiero que te conviertas en lo que yo soy.

Ethan la observó en silencio. No discutió, pero tampoco estaba seguro de estar de acuerdo.

Unos segundos después, anunciaron el embarque. Victoria se levantó con calma, alisándose la falda con sus dos dedos intactos. La vida seguía. Pero algo en Ethan había cambiado para siempre.

No te pierdas



El libro 4 de la Saga
[Resérvalo ahora](#)

Nota del Autor

Ambientar una novela tan cerca de mis raíces no ha sido fácil.

Es como jugar al escondite con nuevos amigos en un lugar que tú conoces como la palma de tu mano. Y claro, así no se juega. Hay que encontrar otra manera.

Volver a ciudades como Vigo o lugares como Sanxenxo, donde cada calle y cada rincón me traen buenos recuerdos, es algo que siempre me alegra. Pero transformar esa luz en escenarios de suspense, de incertidumbre... es otro cantar. Sobre todo cuando esos lugares siguen dándome momentos felices a menudo.

Quizá por eso, en esta historia, he preferido no cargar de descripciones los escenarios. Algunos detalles los he difuminado tanto que tal vez ya no se ajusten del todo a la realidad. Pero sí he querido que la energía, el alma de esos sitios, se sintiera viva en cada página.

Espero haberte transmitido las dos cosas: la belleza que guardan estos lugares... y la inquietud que, a veces, puede nacer incluso en los rincones más hermosos.

Quiero dar las gracias a [Jean Larser](#), mi maestro literario cuyos consejos mejoraron la estructura de esta novela.

Gracias a **Celia Corral** y a **Oscar Gómez**, por sus sugerencias y propuestas.

Gracias a mi hermano **Javier**, por la mejora final que siempre consigue con cada novela.

Gracias a **Victoria Vázquez** por la continuidad de las portadas y por la conexión milimétrica que mejoramos con cada nueva novela.

Gracias a **Fran**, amigo de juventud y compañero de tantas historias, con quien sigo compartiendo buenos momentos. Como aquellos cuando fundó «A Taberna da Madama», justo frente a la

escultura de «A Madama de Silgar», que se alza sobre las aguas de esa playa mágica. Para entender su nombre hay que mirar a la mitología gallega, donde se habla de las «Encantos», las «Mouras» o las «Madamas», mujeres ligadas a la noche, la luna y el agua. De ese pasado de leyenda nace esta estatua, un homenaje a toda la belleza que el mar guarda en silencio.

Y gracias **a ti, lector**, por acompañarme en esta historia. Puedes contactarme a través de la suscripción gratuita en [mi web](#) para decirme qué te ha parecido. No olvides dejar una valoración en la página donde lo has comprado o en otros portales de literatura.

Jorge Caneda
www.jorgecaneda.com
Abril de 2025



Entra en mi web y descarga gratis la
PRECUELA de esta historia y otros regalos

www.jorgecaneda.com



MI CATÁLOGO:

SERIE SIN LÍMITE PRECUELA



Mentira Sin Límite

Unos padres protectores. Una hija atrapada en una mentira mortal. Victoria y Raymond se enfrentan a decisiones extremas para proteger a su hija Casandra en este thriller lleno de giros inesperados. Un suspense de intriga que desafía los límites de la moralidad y mantiene la tensión hasta el final

SERIE SIN LÍMITE

LIBRO 01



Sospecha Sin Límite

Una madre luchando por su hija. Un hijo atrapado en un juego peligroso. Victoria se ve obligada a tomar decisiones extremas para salvar a su familia de una mafia implacable. Un thriller de suspense lleno de giros, donde la supervivencia tiene un precio que solo ella está dispuesta a pagar.

SERIE SIN LÍMITE

LIBRO 02

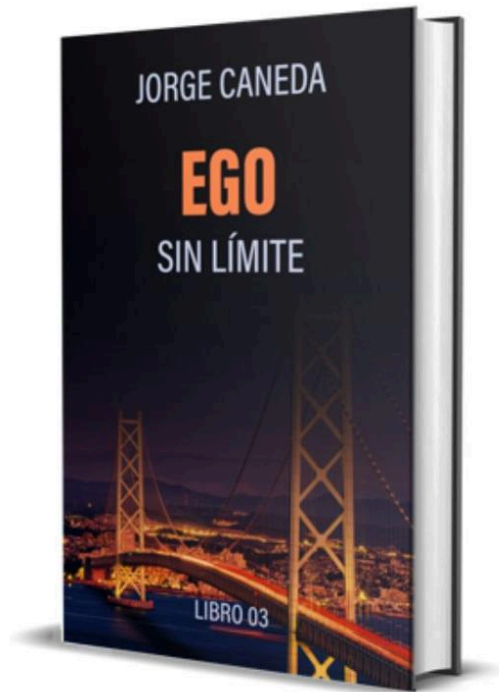


Codicia Sin Límite

En Blue Valley, una multinacional amenaza con despojar a Victoria de su vida tranquila. Entre chantajes, traiciones y secretos del pasado, la lealtad se pone a prueba. Un thriller de suspense donde la codicia y el poder crean un juego mortal. ¿Hasta dónde llegarás para proteger lo que amas?

SERIE SIN LÍMITE

LIBRO 03



Ego Sin Límite

Un crimen inexplicable y un ego desbordado. Victoria se ve atrapada en un misterio que desafía la memoria de su familia. Entre secretos oscuros y heridas no sanadas, luchará para desenmascarar la verdad. Un thriller cargado de tensión y giros que no podrás dejar de leer.

SERIE SIN LÍMITE

LIBRO 04

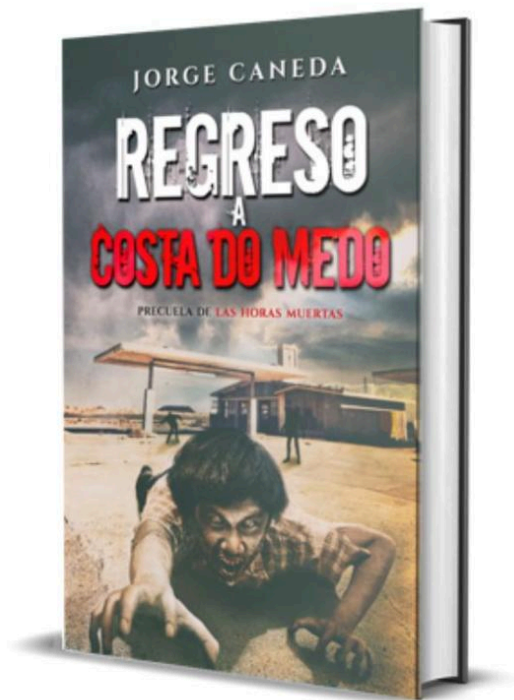


Venganza Sin Límite

Victoria se enfrenta a su peor pesadilla cuando un secuestro la arrastra a un peligroso juego de lealtades y traiciones. En una carrera contra el tiempo, deberá tomar decisiones extremas para salvar a los suyos. Un thriller de tensión imparable, donde el peligro acecha más cerca de lo que imagina.

SAGA SUPERVIVENCIA APOCALÍPTICA

LIBRO 1 - PRECUELA



Regreso a Costa do Medo

Samuel y su hija Leonor huyen de una infección que afecta a la humanidad, pero un error los llevará a descubrir la aterradora verdad detrás de su huida. Un thriller cargado de emociones, donde las decisiones más humanas pueden ser la clave para sobrevivir en un mundo al borde del colapso.

SAGA SUPERVIVENCIA APOCALÍPTICA

LIBRO 2



Las Horas Muertas

Samuel e Izan viven aislados, huyendo del apocalipsis y de los zombis, hasta que un cuaderno encontrado en un pueblo abandonado desvela secretos que podrían cambiar su destino. Un thriller de supervivencia donde cada decisión podría ser la última. ¿Estás preparado para descubrir lo que hay más allá del abismo?

SAGA SUPERVIVENCIA APOCALÍPTICA

LIBRO 3



Los Hijos de Las Fragas

En un mundo devastado, La Meiga lidera a un grupo que vive entre árboles, gobernados por el terror y el miedo. Pero la supervivencia no solo depende de esconderse. Un thriller apocalíptico donde los secretos del pasado podrían ser la clave para cambiar el destino... o sellarlo para siempre.

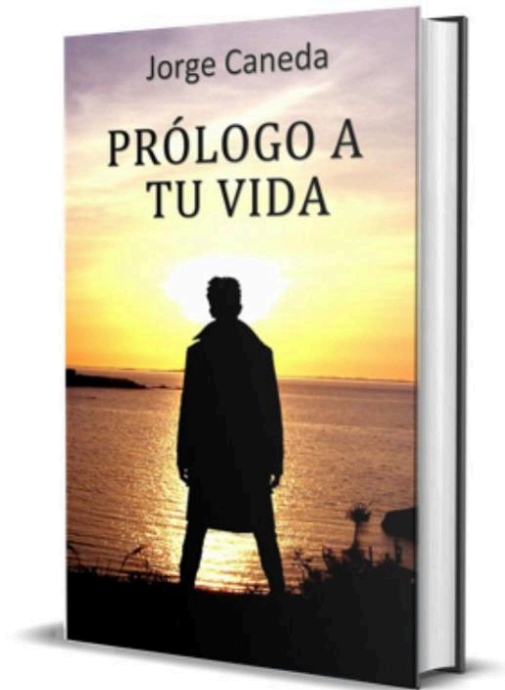
SUSPENSE Y FANTASÍA



El Camino del Perro

En un pueblo apartado, Maya recoge a un perro abandonado y se enfrenta a un misterio oscuro que los vecinos temen revelar. Un thriller psicológico donde la lealtad de un perro y el miedo oculto de un pueblo desafiarán todo lo que creías saber sobre el abandono. ¿Te atreves a descubrir la verdad?

NO FICCIÓN (AUTOAYUDA)



Prólogo a Tu Vida

Una historia que no solo entretiene, sino que revela los secretos para alcanzar el éxito y la prosperidad. A través de las experiencias de vida del protagonista, descubrirás las claves para desbloquear tu verdadero potencial. ¿Estás listo para encontrar la llave que transformará tu futuro?

Entonces, el teléfono del chico sonó.

Un número español.

—¿Hola?

Ethan se quedó paralizado al escuchar la voz al otro lado. Su expresión se tensó, como si hubiera recibido un golpe en el pecho. Victoria lo observó extrañada al ver la expresión de alarma en su rostro.

El chico tragó saliva.

La llamada se cortó.

—¿Quién era?

Ethan miraba a su alrededor, extrañado, como si necesitara atar los últimos cabos en aquel aeropuerto.

—¿Quién era, Ethan?

—¿Dónde está mamá?

—En el baño, ¿qué pasa?, ¿quién era?

—Silvia, está aquí y quiere la mitad de nuestras criptomonedas.

Victoria palideció. Sus ojos se abrieron con un pánico que nunca había mostrado.

—¡Corre! —le ordenó, agarrándolo del brazo—. Ve a buscar a tu madre ahora mismo. ¡Corre, Ethan!

